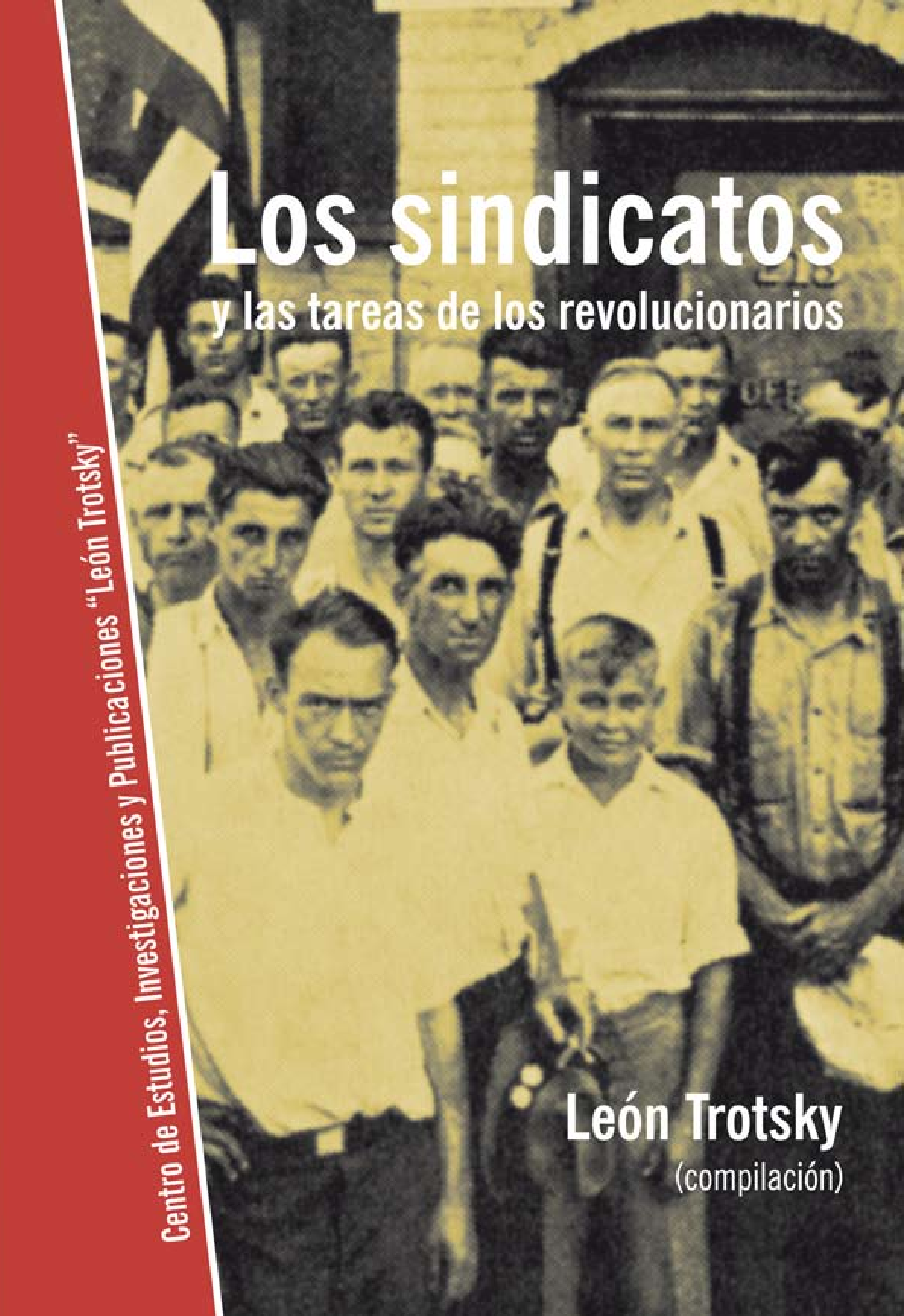


Los sindicatos

y las tareas de los revolucionarios

León Trotsky

(compilación)

Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones "León Trotsky"

Colección Clásicos



CEIP "León Trotsky"

León Trotsky

Los sindicatos

y las tareas de los revolucionarios

(compilación)



Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones
"León Trotsky"

Trotsky, León
Los sindicatos y las tareas de los revolucionarios / León Trotsky ; compilado por Gabriela Liszt; con colaboracion de Diego Lotito. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones IPS, 2010.
160 p. ; 15x22 cm. - (Clásicos CEIP León Trotsky; 1)
Traducido por: Rossana Córtez y Alejandra Ríos

ISBN 978-987-22717-9-4

1. Trotskismo. 2. Movimientos Obreros. 3. Sindicalismo. I. Lotito, Diego, colab. II. Gabriela Liszt, comp. III. Córtez, Rossana, trad. IV. Ríos, Alejandra, trad. V. Título

CDD 335.3

Imagen de tapa: Huelguistas frente al Local 574 de los Teamsters (sindicato de los camioneros) de Minneápolis (EEUU), dirigido por los trotskistas norteamericanos, rinden homenaje a Henry Ness, militante sindical asesinado durante la heroica huelga de 1934.

Diseño de cubierta e interior: Julio Rovelli

Edición general: Gabriela Liszt

Riobamba 144
Ciudad Autónoma de Buenos Aires | CD1025ABD
Buenos Aires | Argentina
TEL.: (54-11) 4951-5445
E-mail: info@ips.org.ar | ceiplt@fibertel.com.ar
www.edicionesips.com.ar
www.ceip.org.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

GABRIELA LISZT

Los artículos que abarcan esta compilación comprenden esencialmente las décadas de 1920 y 1930, un período muy particular de la situación mundial, signado por las consecuencias posteriores a la Primera Guerra Mundial[1]. Estos fueron años caracterizados por procesos revolucionarios y revoluciones en países imperialistas como Francia y España, la gran crisis económica norteamericana de consecuencias mundiales, el New Deal y el ascenso del movimiento obrero en EEUU, el ascenso del fascismo en Italia y Alemania, grandes pujas entre las potencias imperialistas, el surgimiento de fenómenos nacionalistas burgueses en las semicolonias como México y la posterior derrota y derechización del movimiento obrero que abrió el camino a la Segunda Guerra Mundial.

También serán los años de decadencia y desprestigio de la II Internacional (o Internacional Socialdemócrata), luego de haber apoyado la política guerrerista en cada uno de los países imperialistas donde se encontraba, entregando así a los trabajadores como carne de cañón para defender los intereses imperialistas. La III Internacional (o Internacional Comunista), tras ganar un gran prestigio por haber dirigido la triunfante Revolución Rusa de 1917, luego de la derrota de la Revolución Alemana en 1923 y de la muerte de Lenin en 1924, mientras atraía a sectores decepcionados con la socialdemocracia, comenzaba su proceso de degeneración que culminaría en 1933, con la negativa a impulsar un frente único para impedir el triunfo del fascismo en Alemania.

Los sectores más conscientes (los viejos revolucionarios y los nuevos sectores de vanguardia que surgían al calor de las luchas), gracias a la lucha emprendida inicialmente en la URSS y luego internacionalmente por León Trotsky, comenzaban a pelear por una nueva dirección revolucionaria que derrotara al fascismo y llevara al triunfo a la revolución socialista, la IV Internacional.

En este camino, la cuestión de cómo influenciar al movimiento de masas era una cuestión fundamental. Esto implicaba, indudablemente, discutir y plantear su posición frente a los sindicatos. Estas organizaciones habían sido creadas por el movimiento obrero en el siglo XIX para defender sus derechos frente a los capitalistas, que aún

[1] Esta compilación incluye todos los artículos publicados en *Sobre los sindicatos* que la editorial Pathfinder Press realizó en 1974 y fue traducida al español en Bs. As. por editorial Pluma. Sin embargo, hemos ampliado considerablemente dicha selección, en base a nuevas traducciones realizadas para esta edición y otras previamente hechas para otras publicaciones de nuestro Centro. La mayoría de los artículos fueron cotejados y modificados en base a versiones francesas o inglesas.

competían libremente entre sí y buscaban permanentemente mayores ganancias bajando los salarios obreros y degradando su nivel de vida y el de sus familias.

En esta época, y en la medida que se desarrollaba la industria, los sindicatos comenzaron a agrupar a sectores crecientes de la clase obrera. Muchos eran organizados y dirigidos por corrientes obreras como los anarquistas o los socialistas, que contaban con alas reformistas, que proponían reformar el capitalismo, como también con alas revolucionarias. También surgían sindicalistas independientes, que mantenían una relativa independencia de los Estados, los terratenientes y capitalistas.

El proletariado comenzaba a probar sus fuerzas como clase y hacerse consciente de la necesidad de una lucha amplia contra el capitalismo que lo llevaría a adoptar la huelga general como uno de sus métodos esenciales de lucha[2]. Así lo señala Lenin con relación al proletariado ruso cuando en 1899 plantea que las huelgas son una "escuela de guerra", aunque no la guerra misma[3], enfatizando que éstas son uno de los tantos métodos de lucha que el proletariado tiene que saber utilizar contra el capitalismo. En este período, los trabajadores lograrán incluso a asumir el poder del Estado, aunque por un breve lapso, como lo demostró la Comuna de París hasta su derrota en 1871.

Sin embargo, el advenimiento de la época imperialista, expresado en la Primera Guerra Mundial, también marcó un cambio en las organizaciones del movimiento obrero. Para garantizar su dominación en las colonias y semicolonias, la burguesía imperialista creó en sus países[4] una capa privilegiada y reducida de trabajadores, una "aristocracia obrera". Los sindicatos, pasaron a representar principalmente a estos sectores, dejando por fuera a los más explotados y oprimidos, llegando incluso a subordinar a los trabajadores a la burguesía dando su apoyo a la guerra imperialista. Sin embargo, aun dirigidos por corrientes reformistas, cada vez más alejadas de las masas y sometidas al Estado burgués, los sindicatos continuaban siendo las organizaciones que dominaban al conjunto del movimiento.

En la nueva época imperialista, las luchas económicas se convertirán cada vez más rápidamente en luchas políticas, planteando a los trabajadores la necesidad de unirse para la conquista del poder estatal. Serán entonces las revoluciones de este período, en primer lugar la Revolución Rusa de 1917, las que darán lugar al surgimiento de nuevas organizaciones que superaron a las direcciones reformistas, aglutinando a amplios sectores de las masas para este objetivo, como fueron los comités de fábrica y, especialmente, los soviets.

La III Internacional sacó estas lecciones durante sus cuatro primeros Congresos (en vida de Lenin) y, teniendo en cuenta las particularidades nacionales, tradiciones, organización y métodos de lucha de cada país, votó como una tarea central para los revolucionarios en todo el mundo la intervención (abierta o clandestina, según las

---

[2] Esta tendrá su primera manifestación de importancia en la huelga insurreccional durante la Revolución Rusa de 1905.

[3] Ver Anexo, "Sobre las huelgas", p. 135.

[4] Y en una medida significativamente menor en las semicolonias.

posibilidades) en los sindicatos, así como el impulso de los comités de fábrica y de toda organización que tendiese a superar los estrechos marcos de los sindicatos impuestos por las burocracias reformistas[5].

La vanguardia revolucionaria debía mostrarse ante las masas como la mayor impulsora de la unidad, demostrando que quienes realmente se negaban a ésta eran las direcciones socialdemócratas (reformistas) de los sindicatos. Al mismo tiempo no debía temer a las escisiones con las cúpulas, en la medida que éstas intentaban expulsar a los revolucionarios amparándose en la "autonomía" de los sindicatos y volvían imposible la unidad con los sectores más explotados. También se planteaba la necesidad de impulsar la práctica del internacionalismo proletario, llamando a los sindicatos a apoyar y centralizar las luchas de los trabajadores de todo el mundo.

Las posiciones planteadas por Trotsky –como dirigente de la IC– frente a los sindicalistas revolucionarios franceses (que inicialmente evolucionaron hacia el comunismo para luego girar a posiciones de derecha), que continuó desde la Oposición de Izquierda y luego la IV Internacional, son en sus líneas esenciales una continuidad de las resoluciones de la III Internacional. Sin embargo, se puede decir que éstas se enfrentaron a su mayor prueba, al tener que enfrentar nuevas revoluciones (España) y el avance y toma del poder del fascismo (Alemania).

A su vez, junto a la socialdemocracia se había erigido el stalinismo como el más potente y pérfido obstáculo en la dirección de la clase obrera, tanto en los sindicatos como en las organizaciones de desocupados, lo que dificultaba aún más la actividad de los revolucionarios. Durante el período de 1928-35, el stalinismo impulsó la creación de "sindicatos rojos" aislados de los socialfascistas (como llamaban a la socialdemocracia) que seguían dirigiendo la mayoría de los sindicatos. Aunque críticas del stalinismo, en la vanguardia surgían tendencias ultrazquierdistas que planteaban esta misma política o se amparaban en la "independencia de los partidos" para separarse de los revolucionarios. La mayoría de estos sectores, luego terminaron girando hacia la derecha, aliándose a la burocracia y el Estado, especialmente frente al nuevo giro del stalinismo hacia la política de los "frentes populares".

Trotsky planteará que esa es la gran disyuntiva de los sindicatos en la época imperialista: o son aliados directos del Estado burgués o se convierten en sindicatos revolucionarios, única forma de ser verdaderamente independientes. Por ello el partido revolucionario, la vanguardia más consciente del proletariado, debe intervenir en ellos (en la medida de lo posible, "a bandera desplegada") para construir fracciones revolucionarias que luchen inicialmente por dos puntos esenciales: la *independencia del sindicato del Estado burgués* y la *democracia sindical*.

En este marco y frente a las distintas situaciones, los revolucionarios deben plantear un programa de clase, que parta de la conciencia de las masas y sus

[5] Ver Anexo, documentos del II y IV Congreso de la Internacional Comunista, pp. 143 y 151.

reivindicaciones, para llevarlas a la conclusión de que sólo la conquista del poder del Estado permitirá cumplirlas; es decir, un programa transicional. Las consignas de la escala móvil de salarios y horas de trabajo y, especialmente, la de control obrero, son esenciales en este camino, así como todas las que tiendan a unir al movimiento obrero con el resto de los sectores explotados.

A lo largo de los artículos de esta compilación, León Trotsky planteará que la organización y los métodos de lucha deben ser variados, dando numerosos ejemplos de la relación entre sindicatos, comités de fábrica y soviets; partido y sindicatos; comités de fábrica y dualidad de poder; frente único obrero contra el fascismo; huelga y revolución; control obrero y nacionalismo burgués. Haciendo hincapié en la necesidad de no convertir en fetiches estas definiciones, Trotsky luchará en estos años tan convulsivos tanto contra las posiciones ultraizquierdistas como las oportunistas, que terminan cediendo a la burocracia sindical así como al régimen estatal (principalmente a la democracia burguesa decadente de la época imperialista). Trotsky consideraba que era incompatible con la IV Internacional toda organización que se negara a tener una política hacia los sindicatos[6].

Luego de la Segunda Guerra Mundial (y del asesinato de Trotsky a poco tiempo de su inicio), las tendencias de la burocracia sindical a estatizarse, incluso a convertirse en parte de los sectores empresarios, no ha dejado de profundizarse. Los sindicatos siguen representando a sectores pequeños de la clase obrera, y en la actualidad sus dirigentes burocráticos dejan por fuera a los crecientes sectores de trabajadores que sufren la precarización y división laboral e intentan convencer a los trabajadores que sólo se pueden obtener pequeñas mejoras, o incluso aceptar despidos o rebajas salariales.

La nueva crisis económica mundial, ya ha arrojado a millones a la desocupación, tanto en los países imperialistas como en las semicolonias. La inflación, la mayor explotación y la miseria son una amenaza cada vez más acuciante para los trabajadores y para poder enfrentar estos flagelos necesitarán cada vez más de la organización y del frente único para la lucha. Esto ya se comienza a reflejar en que en numerosos países los sindicatos comienzan a reaparecer.

Para los revolucionarios se trata entonces de buscar las vías para llegar a estas organizaciones, ya que por reducidas que éstas sean, siguen siendo las más extensivas de la clase, por lo tanto son un medio privilegiado para influenciar al movimiento de masas. Se trata de intervenir en los sindicatos retomando las tradiciones revolucionarias del pasado, para construir fracciones revolucionarias que luchen por su dirección, por un frente único real y un programa transicional.

Desde allí será más fácil construir las organizaciones que la clase obrera necesita para acaudillar al conjunto del pueblo explotado y oprimido en la lucha por el poder. Esperamos con esta compilación contribuir a la comprensión y el cumplimiento de estas tareas.

---

[6] Ver especialmente en esta compilación "Cartas sobre la situación sindical holandesa", p. 99.

CARTA A MONATTE[1]

13 DE JULIO DE 1921

Querido amigo:

Aprovecho la ocasión para saludarlo muy cordialmente y para compartir con usted, en lo relativo a la situación del sindicalismo francés, algunas opiniones personales que concuerdan plenamente, así lo espero, con la línea adoptada por la III Internacional[2].

No le ocultaré la felicidad que experimentamos frente al éxito del sindicalismo revolucionario, junto a una profunda inquietud con respecto al posterior desarrollo de las ideas y de las relaciones en el movimiento obrero francés. Los sindicalistas revolucionarios de todas las tendencias forman aún hoy una oposición y se agrupan y se unen precisamente por su situación de oposición. Mañana, cuando ustedes sean los dirigentes de la CGT [Confédération Générale du Travail, Confederación General del Trabajo][3] –pues no dudamos que el día se aproxima– ¿se encontrarán frente a cuestiones esenciales de la lucha revolucionaria? Y es en este punto que es permisible una seria inquietud. La Carta de Amiens constituye la práctica oficial del sindicalismo revolucionario[4].

[1] Traducción especial para esta edición de la versión francesa de www.marxists.org. Publicado en español en León Trostsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Bs. As., Pluma, 1974, p. 185. Pierre Monatte (1881-1960): Sindicalista revolucionario, fundó el grupo Vie Ouvrière en 1909. Uno de los primeros en oponerse a la Primera Guerra Mundial. Se unió al Partido Comunista Francés en 1923, para dejarlo un año más tarde. Fundó La Revolution Prolétarienne en 1924, publicando un periódico del mismo nombre y fundó la Liga Sindicalista en 1926.

[2] La III Internacional (también llamada Internacional Comunista o Comintern) fue fundada bajo el impulso de Lenin y Trotsky en 1919. En junio-julio de 1921 se habia reunido su III Congreso.

[3] La Confederación General del Trabajo de Francia fue fundada en 1895. Inicialmente apolítica, posteriormente fue cambiando a posturas muy diferentes. En 1921 se produce una escisión entre reformistas (principalmente socialistas) y revolucionarios (comunistas), creando estos últimos la CGT-Unitaria (CGTU). Actualmente se encuentra bajo la dirección del PCF.

[4] La Carta de Amiens, adoptada por el congreso de la CGT el 3 de octubre de 1906, fue la conclusión de un debate sobre las relaciones entre partido y sindicato. Precisaba que los sindicatos no tenían que "preocuparse por los partidos y sectas que, por fuera y a su lado, pueden perseguir libremente la transformación social". Era el resultado y la expresión, en el plano de los principios y de la organización, de la hostilidad de los sindicalistas revolucionarios al partido socialista, reformista. Junto a Monatte, otros sindicalistas revolucionarios se pronunciaban a favor de ella para afirmar su independencia de los sindicatos respecto a todo partido, incluso revolucionario.

Para formularle lo más claramente posible mi pensamiento, diría que invocar la Carta de Amiens, no resuelve sino que elude la cuestión. Es evidente para todo comunista consciente que el sindicalismo francés de preguerra era una tendencia revolucionaria muy importante y muy profunda. La carta fue para el movimiento proletario de clase un documento muy precioso, pero el valor de este documento es históricamente limitado. Desde entonces, tuvo lugar la guerra, fue fundada la Rusia de los Soviets, una inmensa oleada revolucionaria atravesó toda Europa, la III Internacional creció y se desarrolló, los antiguos sindicalistas y los antiguos socialdemócratas se dividieron en tres tendencias hostiles. Frente a nosotros se han planteado nuevos problemas inmensos… La Carta de Amiens no da respuesta a ellos. Cuando leo *Vie Ouvrière*, no encuentro allí respuesta a los problemas fundamentales de la lucha revolucionaria. ¿Es posible que en 1921 tengamos que volver a las posiciones de 1906 y a "reconstruir" el sindicalismo de preguerra…? Esta posición es amorfa, conservadora, corre el riesgo de convertirse en reaccionaria. ¿Cómo se representan ustedes la dirección del movimiento sindical cuando ustedes tengan la mayoría en la CGT? Los sindicatos incluyen comunistas afiliados al partido, sindicalistas revolucionarios, anarquistas, socialistas y grandes masas sin partido. Naturalmente, cualquier problema de la acción revolucionaria debe ser examinado por el conjunto del aparato sindical que agrupa a centenares de miles y millones de obreros. Pero, ¿quién dirigirá el balance de la experiencia revolucionaria, quién hará un análisis de ella, quién sacará las conclusiones necesarias, quién formulará las propuestas, transformando las consignas, los métodos de combate y quién las aplicará en las amplias masas? En una palabra, ¿quién dirigirá el movimiento? ¿Usted piensa llevar adelante esta tarea como parte del grupo Vie Ouvrière? En este caso, se puede decir con seguridad que se organizarán otros a su lado que, en nombre del sindicalismo revolucionario, pondrán en discusión su derecho a dirigir el movimiento. Y finalmente, ¿qué actitud tendrán hacia los numerosos comunistas sindicalizados? ¿Cuáles serán las relaciones entre ellos y su grupo? Puede suceder que comunistas afiliados al partido estén a la cabeza de un sindicato y que los sindicalistas revolucionarios no afiliados a un partido estén a la cabeza de otro. Las propuestas y las consignas del grupo Vie Ouvrière pueden no ser acordes con las propuestas y consignas de la organización comunista. Este peligro es muy real, puede volverse fatal y reducirnos, algunos meses después de la victoria, nuevamente al reino de los Jouhaux, Dumoulin y Merrheim[5].

[5] León Jouhaux (1870-1954): Dirigente de la Confederación General del Trabajo (CGT) de la que fue secretario general desde 1921 hasta la Segunda Guerra Mundial. Sindicalista socialpatriota durante la Primera guerra. Se opuso a la Revolución Rusa. Para Trotsky era la personificación del colaboracionismo de clases. Georges Dumoulin (1877-1963): Centrista durante la Primera Guerra Mundial, se unió después a Jouhaux y al ala derecha de la CGT. Tuvo varios cargos sindicales antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando colaboró con el gobierno de Vichy. Alphonse Merrheim (1871-1923): Partidario de Jouhaux en 1917, luchó contra los revolucionarios y permaneció en el ala derecha de la CGT luego de la división de 1921.

Conozco bien la aversión de los medios obreros franceses que pasaron por la escuela del sindicalismo anarquista respecto al "partido" y a la "política". Reconozco naturalmente que no se puede chocar bruscamente contra esta mentalidad, que el pasado explica suficientemente, pero que para el futuro es extremadamente peligrosa. Con respecto a esto, puedo acordar perfectamente con la transición gradual de la antigua separación a la fusión total de los sindicalistas revolucionarios y los comunistas en un solo partido; pero es necesario darse clara y firmemente ese objetivo. Si todavía hay en el partido tendencias centristas, también existen ellas en la oposición sindical. Aquí y allá es necesaria la previa depuración de las ideas. No se trata de subordinar los sindicatos al partido, sino de unir a los comunistas revolucionarios y los sindicalistas revolucionarios en los marcos de un partido único. Se trata de un trabajo concertado, centralizado, de todos los miembros de este partido unificado, en el seno de los sindicatos que permanecen autónomos, una organización independiente del partido. Se trata para la verdadera vanguardia del proletariado francés de formar un todo coherente con el objetivo de cumplir su tarea histórica esencial: la conquista del poder, y de proseguir bajo esta bandera su acción en los sindicatos, organización fundamental, decisiva, de la clase obrera en su conjunto.

Hay una cierta dificultad psicológica para dar un salto hacia un partido después de una larga acción revolucionaria por fuera de un partido; pero esto es retroceder frente a la forma más prejuiciosa del asunto. Ya que, lo afirmo, todo su trabajo anterior sólo fue una preparación para la fundación del partido comunista, para la revolución proletaria. El sindicalismo revolucionario de preguerra fue el embrión del Partido Comunista. Volver al embrión sería una monstruosa regresión. Por el contrario, la participación activa en la formación de un verdadero partido comunista supone la continuación y el desarrollo de las mejores tradiciones del sindicalismo francés.

Cada uno de nosotros debió, en el curso de estos años, renunciar a una parte envejecida de su pasado, para salvar, desarrollar y asegurar la victoria de los elementos del pasado que soporten la prueba de los acontecimientos. Este tipo de revoluciones internas no son fáciles, pero sólo a ese precio se adquiere el derecho a participar eficazmente en la revolución obrera.

Querido amigo, creo que el momento actual definirá por mucho tiempo los destinos del sindicalismo francés, la suerte de la revolución francesa. Entre las decisiones a tomar, a usted le corresponde un importante rol. Usted le daría un golpe muy cruel al movimiento del que es uno de los mejores militantes si, ahora que es necesaria una elección definitiva, le da la espalda al partido comunista, pero estoy convencido que no será así.

Estrecho muy cordialmente su mano y estoy a su disposición.

UNA EXPLICACIÓN NECESARIA A LOS SINDICALISTAS COMUNISTAS[1]

21 DE MARZO DE 1923

Este artículo fue escrito como respuesta al camarada Louzon[2], inmediatamente después del IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista [IC][3]. Pero en ese momento se prestaba más atención a la lucha contra la derecha socialista, contra la última camada de disidentes, Verfeuil, Frossard, etcétera[4]. En esta lucha uníamos nuestros esfuerzos, y lo seguimos haciendo, a los de los sindicalistas, y yo preferí posponer la publicación de este artículo. Estamos firmemente convencidos que nuestra unión con los revolucionarios del sindicalismo seguirá siendo total y plena. La entrada de nuestro viejo amigo Monatte al Partido Comunista para nosotros fue una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error comprar un *rapprochement* [acercamiento, NdT] al precio de una confusión ideológica. En el curso de los últimos meses el Partido Comunista Francés se ha depurado y consolidado; por lo tanto, podemos entrar ahora en una discusión tranquila y fraternal con nuestros camaradas sindicalistas, a cuyo lado tenemos muchas tareas que cumplir y muchas batallas que ganar. El camarada Louzon, en una serie de artículos y explicaciones personales, expuso, respecto a la cuestión fundamental de las relaciones entre el partido y los sindicatos, posiciones que difieren radicalmente de las de la IC y de la doctrina marxista.

---

[1] Publicado en *Bulletin Communiste* N° 15, 12 de abril de 1923 y según cita Trotsky en "Los errores fundamentales del sindicalismo", también en *Pravda*. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, Bs. As., Ediciones Pluma, 1974, pp. 9-12. Cotejado y modificado con Léon Trotski, *Le mouvement communiste en France (1919-1939), Textes choisis et présentés par Pierre Broué*, París, Les Éditions de Minuit, 1967, pp. 261-269.

[2] Robert Louzon (1882-1976): Sindicalista revolucionario, por esa época miembro del Partido Comunista Francés. Él y Monatte siguieron luego el mismo camino y terminaron en el grupo La Révolution Prolétarienne. Trotsky había dejado temporalmente de lado sus diferencias con Monatte y Louzon para concentrar sus esfuerzos en la lucha contra Frossard.

[3] El IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista se realizó en noviembre-diciembre de 1922. En este congreso Trotsky realizó un informe sobre la crisis del partido francés.

[4] Louis Olivier Frossard (1889-1946): Centrista de izquierda. Secretario del Partido Comunista Francés después de 1920, renunció en 1923 y volvió al Partido Socialista. Dejó el PS en 1935 para ser ministro de Trabajo. Fue ministro de los gobiernos del Frente Popular y del primero de Pétain.

Los camaradas franceses, cuya opinión acostumbro respetar, sienten una gran estima por el camarada Louzon y a su devoción hacia el proletariado. Por esa razón, es más necesario aún corregir los errores que cometió en una cuestión tan importante.

El camarada Louzon defiende la independencia total e incondicional de los sindicatos. ¿Contra qué? Obviamente contra ciertos ataques. ¿De quiénes? Evidentemente del partido. La independencia de los sindicatos, una necesidad indiscutible, para él adquiere un significado absoluto y casi místico. Y nuestro camarada apela, equivocadamente, a Marx.

Los sindicatos, dice Louzon, representan a "toda la clase obrera". El partido, en cambio, no es más que el partido. La clase obrera en su conjunto, no puede estar subordinada al partido. Ni siquiera se los puede equiparar. "La clase obrera tiene su objetivo en sí misma". En cambio el partido solamente puede servir a la clase obrera o subordinarse a ella. Así que el partido no puede "anexarse" a la clase obrera. El hecho de que hasta el último Congreso de Moscú, la IC estuviera representada en la Internacional Sindical Roja[5], y viceversa, para Louzon, significaba el reconocimiento de la igualdad de derechos y de la equivalencia de la clase y el partido. Ahora, una vez eliminada esta representación, el partido reasume su rol de servidor o de subordinado, y el camarada Louzon lo aprueba. Para él, ésta también era la posición de Marx. Por eso, Louzon interpreta la supresión de la representación recíproca entre los organismos de los sindicatos y del partido como una renuncia a los errores de Lassalle (!)[6] y de los socialdemócratas (!) y un retomo a los principios del marxismo.

Esta es la esencia de un artículo aparecido en *Vie Ouvrière* del 15 de diciembre. Lo más llamativo de este y otros artículos similares, es que el autor cierra obvia, consciente y decididamente los ojos ante lo que ocurre realmente en Francia. Se podría suponer que el artículo fue escrito por un habitante de la estrella Sirius.

¿De qué otro modo se puede comprender la afirmación de que los sindicatos representan a "toda la clase obrera"? ¿De qué país está hablando? Si se refiere a Francia, por lo que sabemos, allí los sindicatos no incluyen, desgraciadamente, ni a la mitad de la clase obrera. Las maniobras criminales de los sindicalistas reformistas, apoyados desde la izquierda por algunos anarquistas, han roto la organización sindical francesa en dos. Ninguna de las confederaciones sindicales abarca más de 300.000 obreros. Ni por separado ni juntas, se pueden identificar con todo el proletariado francés, del

[5] Internacional Sindical Roja: También conocida como Profintern, sigla de sus iniciales en ruso. Fue fundada en Moscú en 1921 en oposición a la Federación obrera internacional reformista ("amarilla") con sede central en Ámsterdam. Fue disuelta en 1937 como parte de la política del stalinismo de impulsar los frentes populares.

[6] Ferdinand Lassalle (1825-1864): Socialista alemán. Organizó la Unión General de Obreros Alemanes en 1863. Su fusión con los seguidores de Marx en Alemania condujo finalmente a la constitución del Partido Socialdemócrata.

cual solamente constituyen una modesta porción. Es más, cada sindicato persigue una política distinta. La confederación sindical reformista (CGT) tiene una política de conciliación con la burguesía; la Confederación General del Trabajo Unitaria [Confédération Générale du Travail Unitaire, Confederación General Unitaria del Trabajo (CGTU)] tiene una política de lucha revolucionaria. El camarada Louzon apoya a la CGTU contra la CGT, y eso está muy bien. Y en la CGTU, Louzon no representa más que una tendencia. ¿Qué quiere decir entonces cuando afirma que la clase obrera, a la que identifica obviamente con la organización sindical, tiene un objetivo en sí misma? ¿Con ayuda de quién y cómo expresa la clase obrera francesa sus reivindicaciones? ¿Con la ayuda de la organización de Jouhaux? Por cierto que no. ¿Con la ayuda de la CGTU? La CGTU le ha prestado grandes servicios, pero desgraciadamente todavía no es toda la clase obrera. Finalmente, para no omitir nada, no hace mucho la CGTU estaba dirigida por los anarco-sindicalistas del "Pacto"[7]. Actualmente sus dirigentes son sindicalistas-comunistas. ¿En cuál de estos dos períodos la CGTU expresaba mejor los intereses de la clase obrera? ¿Quién puede juzgarlo? Si intentáramos contestar esa pregunta ahora, valiéndonos de la experiencia internacional de nuestro partido, cometeríamos, para Louzon, un pecado mortal, porque estaríamos pretendiendo que el partido juzgue qué política es más beneficiosa para la clase obrera. Es decir, colocamos al partido por encima de la clase obrera. Pero si quisiéramos dirigirnos a toda la clase obrera, desgraciadamente la encontraríamos dividida, impotente, muda.

Los distintos sectores de la clase, organizados en diferentes confederaciones, los diferentes sindicatos de una misma confederación, los diferentes grupos de un mismo sindicato, nos darán respuestas diversas. Pero la abrumadora mayoría del proletariado, que sigue fuera de ambas confederaciones, no nos dará actualmente ninguna respuesta.

No hay ningún país en que la organización sindical abarque a toda la clase obrera, pero en algunos comprende al menos un vasto sector. No es el caso de Francia. Si, como plantea Louzon, el partido no debe "anexarse" la clase obrera (¿qué se supone que quiera decir realmente este término?), ¿por qué razón le otorga entonces el camarada Louzon este derecho al sindicalismo? Podría contestarnos: "Nuestra organización sindical es todavía muy débil. Pero no tenemos dudas sobre su futuro y su victoria final". A eso le contestaríamos: "Es cierto, nosotros también compartimos esta convicción. Pero no tenemos dudas de que el partido ganará la confianza incondicional de la gran mayoría de la clase trabajadora".

[7] El "Pacto" fue firmado por dieciocho anarquistas y semianarquistas en febrero de 1921, su existencia se mantuvo en secreto. Impregnados del espíritu de francmasonería y del "sindicalismo puro", sus firmantes intentaban copar el movimiento sindical francés para oponerse a la influencia de los comunistas. Al descubrírselo un tiempo antes del congreso de fundación (junio de 1922) de la Confederación General Unitaria del Trabajo (CGTU) se armó gran revuelo. El pacto no logró su objetivo, ya que la CGTU eligió una dirección comunista y comunista-sindicalista.

No se trata, para el partido ni para los sindicatos, de "anexarse" al proletariado –está muy mal de parte de Louzon el emplear la terminología que utilizan nuestros opositores en su lucha contra la revolución–, sino de ganarse *la confianza del proletariado*. Y esto solamente puede lograrse mediante tácticas correctas, probadas por la experiencia. ¿Quiénes preparan consciente, cuidadosa y críticamente estas tácticas? ¿Quién se las propone a la clase obrera? Seguramente no caen del cielo. Y el conjunto de la clase obrera, como "cosa en sí", tampoco nos enseña esas tácticas. Nos parece que el camarada Louzon no ha pensado en esto.

"El proletariado tiene su objetivo en sí mismo". Si despojamos esta frase de su envoltura mística, su significado obvio es que los objetivos históricos del proletariado están determinados por su situación social como clase y por su papel en la producción, en la sociedad y en el Estado. Esto es indiscutible. Pero esta verdad no nos ayuda a resolver el problema que nos preocupa, es decir: ¿Cómo llegará el proletariado a la *comprensión subjetiva* de la tarea histórica que le plantea su situación objetiva?

Si el proletariado como clase fuera capaz de comprender inmediatamente su tarea histórica no serían necesarios ni el partido ni los sindicatos: la revolución proletaria habría nacido simultáneamente con el proletariado. Por el contrario, el *proceso* mediante el cual el proletariado comprende su misión histórica es largo y penoso, y está plagado de contradicciones internas.

Solamente a través de prolongadas luchas, de duras pruebas, de muchos errores y de una amplia experiencia, *la concepción correcta de los caminos y de los métodos de desarrollo son asimilados por los mejores elementos que forman la vanguardia de la clase obrera*. Esto se aplica tanto al partido como a los sindicatos. También los sindicatos comienzan como un pequeño grupo de obreros activos y crecen gradualmente, a medida que su experiencia les permite ganar la confianza de las masas. Pero mientras las organizaciones revolucionarias luchan para ganar influencia sobre la clase obrera, los ideólogos burgueses contraponen a "la totalidad de la clase obrera" no sólo con el partido de la clase obrera sino también con sus organizaciones sindicales, a las que acusan de querer "anexársela". *Le Temps*[8] lo dice cada vez que hay una huelga. En otras palabras, los ideólogos burgueses contraponen a la clase obrera como objeto con la clase obrera como sujeto consciente.

Porque es solamente a través de su minoría con conciencia de clase que la clase obrera se convierte en sujeto de la historia. Vemos entonces que las críticas planteadas por el camarada Louzon hacia las "pretensiones del partido" *se aplican igualmente a las "pretensiones" de los sindicatos*. Sobre todo en Francia, ya que el sindicalismo francés –debemos repetirlo– ha sido y es, organizativa y teóricamente, igual que un partido. Así fue que llegó, durante su período

[8] *Le Temps*: Importante diario francés. Apareció entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda como vocero semioficial del gobierno. Muy corrupto. Fue cerrado después de la Segunda Guerra por colaboración con los fascistas.

clásico (1905-1907), a la teoría de la "minoría activa", y no a la "clase obrera en sí misma". ¿Y qué es una minoría activa, ligada por la unidad de sus ideas, sino un partido? Por otra parte una organización sindical masiva que no contuviera una minoría activa con conciencia de clase, ¿no sería una organización sin sentido y puramente formal? Que el sindicalismo francés era un partido quedó totalmente confirmado con la ruptura que sufrió tan pronto aparecieron divergencias políticas en sus filas. Pero el partido del sindicalismo revolucionario siente la misma aversión por los partidos en general que toda la clase obrera francesa. Por lo tanto no asumió el *nombre* de partido y se mantiene incompleto en cuanto a organización. Es un partido que intentó diluir a sus miembros en la asociación sindical, o al menos enmascararse tras los sindicatos. Se explica entonces la subordinación real de los sindicatos a ciertas tendencias, fracciones y hasta camarillas. También se explica el "Pacto", caricatura masónica de un partido en el seno de la organización sindical.

Y viceversa: la IC ha combatido firmemente la división del movimiento sindical francés, es decir, su conversión en partidos sindicalistas. La consideración principal del Partido Comunista ha sido la tarea histórica de la totalidad de la clase obrera, y la enorme importancia que como tal tiene la organización sindical en la resolución de las tareas del proletariado. En este aspecto ha defendido, desde el principio, en el espíritu del marxismo, la independencia real y viva de los sindicatos.

El sindicalismo revolucionario, que fue en muchos aspectos el precursor del comunismo actual en Francia, ha adoptado la teoría de la minoría activa, es decir del partido, pero sin convertirse abiertamente en un partido. De esta forma ha impedido que los sindicatos se transformaran en una organización de la totalidad de la clase obrera (lo que no es posible en un sistema capitalista) o al menos de importantes masas de ella.

Los comunistas no le temen a la palabra partido, porque su partido no tiene ni tendrá nada en común con los otros partidos.

Su partido no es uno de los partidos políticos del sistema burgués, es la minoría activa y con conciencia de clase del proletariado, su vanguardia revolucionaria. Por lo tanto los comunistas no tienen ninguna razón, ni ideológica ni organizativa, para esconderse tras los sindicatos. No los utilizan para maquinaciones de trastienda. No los rompen cuando están en minoría. No perturban de ningún modo el desarrollo independiente de los sindicatos y apoyan sus luchas con todas sus fuerzas. Pero al mismo tiempo el Partido Comunista se reserva el derecho a expresar sus opiniones sobre todos los problemas del movimiento obrero, incluso sobre los sindicales, de criticar las tácticas de los sindicatos y de hacerles propuestas concretas que aquellos, por su parte, son libres de aceptar o rechazar. El partido se esfuerza con la acción práctica en ganar la confianza de la clase obrera y, sobre todo, del sector organizado en los sindicatos.

¿Qué significan las citas de Marx a las que hace referencia el camarada Louzon? Es cierto que Marx escribió en 1868 que el partido obrero saldría de los sindicatos. Cuando escribía esto pensaba principalmente en Inglaterra, que era el único país capitalista desarrollado que ya tenía grandes organizaciones obreras. Desde entonces ha pasado medio siglo. La experiencia histórica confirmó las profecías de Marx en lo que respecta a Inglaterra. El Partido Laborista inglés se construyó realmente sobre la base de los sindicatos. ¿Pero cree el camarada Louzon que al Partido Laborista inglés actual, con la dirección de Henderson y Clynes[9], se lo puede considerar auténticamente representativo de los intereses de la totalidad del proletariado? Decididamente, no. El Partido Laborista traiciona la causa del proletariado en Gran Bretaña, del mismo modo que lo hace la burocracia sindical, si bien en Inglaterra los sindicatos están más cerca de representar al conjunto de la clase obrera que en cualquier otra parte. Por otro lado, no debemos tener ninguna duda de que nuestra influencia comunista crecerá en este Partido Laborista inglés surgido de los sindicatos, y que esto contribuirá a agudizar las luchas entre las masas y sus dirigentes dentro de los sindicatos, hasta que los burócratas traidores sean expulsados y el Partido Laborista transformado y regenerado totalmente. Y nosotros, como el camarada Louzon, pertenecemos a una Internacional a la que se ha adherido el Partido Comunista inglés, y que combate a la II Internacional[10] a la que apoya el Partido Laborista inglés, que tuvo su origen en los sindicatos. En Rusia –y con relación a las leyes de desarrollo capitalista Rusia está en las antípodas de Gran Bretaña– el Partido Comunista, que originariamente fue el Partido Socialdemócrata, es anterior a los sindicatos y los creó. Los sindicatos y el Estado obrero de Rusia están hoy en día totalmente bajo la influencia del Partido Comunista, que no tuvo de ningún modo su origen en los sindicatos sino que por el contrario, los creó y formó ideológicamente. ¿Diría el camarada Louzon que la evolución de Rusia entra en contradicción con el marxismo? ¿No es más sencillo decir, que el planteo de Marx sobre el origen sindical del partido es aplicable a Inglaterra como lo demostró la experiencia –y sólo hasta cierto punto–, pero que Marx nunca tuvo la más mínima intención de sentar una ley que él mismo llamaba con desprecio "suprahistórica"? Los demás países de Europa incluida Francia, se encuentran, en este aspecto, entre

[9] Arthut Henderson (1863-1935): Secretario general del Partido Laborista (Labor Party) de 1911 a 1934. Defendió la política guerrerista británica en la Primera Guerra Mundial. En 1924 fue ministro del Interior del gobierno laborista de MacDonald. Presidió la II Internacional en 1923 y 1925-29. John Robert Clynes (1869-1949): Sindicalista y parlamentario del Partido Laborista, también apoyó la política guerrerista en la Primera guerra. Ministro del Interior del segundo gobierno de MacDonald de 1929 a 1931.

[10] La II Internacional, también conocida como la Internacional Socialdemócrata, fue fundada en 1889. En ella se desarrollaron importantes posiciones reformistas que terminaron en el apoyo de la mayoría de los partidos socialistas a sus burguesías en la Primera Guerra Mundial. Esto causó rupturas que llevaron, luego de la Revolución Rusa de 1917 y bajo el impulso esencialmente de Lenin y Trotsky a la creación de la III Internacional.

Rusia y Gran Bretaña. En algunos países los sindicatos son anteriores al partido, en otros se dio el caso contrario. Pero en ninguna parte, salvo en Inglaterra y parcialmente en Bélgica, el partido del proletariado surgió de los sindicatos. Pero, como de los sindicatos no ha surgido ningún partido comunista orgánico, ¿debemos sacar la conclusión de que toda la IC ha tenido un "nacimiento ilegítimo"? Cuando los sindicatos ingleses apoyaban alternativamente a los conservadores y a los liberales y en cierta medida eran un apéndice sindical de esos partidos, cuando la organización política de los obreros alemanes no era más que el ala izquierda del partido democrático, cuando los seguidores de Lassalle y Eisenach[11] se peleaban entre sí; entonces Marx reivindicaba la independencia de los sindicatos de todo partido. Esta fórmula estaba dictada por el deseo de contraponer las organizaciones obreras a todos los partidos burgueses y de impedir que se ligaran demasiado estrechamente a las sectas socialistas. Pero el camarada Louzon se olvida de que el mismo Marx fundó la I Internacional, cuyo objetivo era guiar en todos los sentidos al movimiento obrero de todos los países y hacerlo fructífero. Fue en 1864, y la Internacional creada por Marx era un partido. Marx no quiso esperar a que el partido internacional de la clase obrera se formara sólo y de cualquier forma y al margen de los sindicatos. Hizo todo lo que pudo, para fortalecer dentro de los sindicatos la influencia de las ideas del socialismo científico, las que aparecieron por vez primera en 1847 en el *Manifiesto Comunista*. Cuando Marx exigía la total independencia de los sindicatos de todos los partidos y sectas existentes, es decir de todos los partidos y sectas burguesas y pequeñoburguesas, lo hacía con el objeto de facilitar al socialismo científico su predominio en los sindicatos. Marx nunca consideró al partido del socialismo científico uno más de los tantos partidos políticos existentes (parlamentarios, democráticos, etcétera). Para Marx, la Internacional era la clase obrera consciente, representada en ese momento por *una vanguardia aún muy pequeña*.

Si el camarada Louzon fuera consecuente con su metafísica sindical y tenaz en su interpretación de Marx, diría: "Renunciemos al Partido Comunista y esperemos a que se forme a partir de los sindicatos". Esta lógica sería mortal no sólo para el partido sino también para el sindicato. En realidad la única posibilidad de que los actuales sindicatos franceses recuperen su unidad y conquisten una influencia mayoritaria sobre las masas, reside en que sus mejores elementos se organicen como vanguardia revolucionaria consciente del proletariado, es decir en el Partido Comunista.

Marx no dio ninguna respuesta universal al problema de las relaciones entre el partido y los sindicatos, tampoco podía hacerlo. Estas relaciones dependen de

[11] Wilhelm Liebknecht y August Bebel, seguidores de Marx en Alemania, fundaron el Partido Obrero Socialdemócrata en 1869 en Eisenach, en oposición a la Unión General de Obreros Alemanes, lasallista. Lasallistas y eisenacheanos unieron finalmente sus movimientos en 1875 en una convención celebrada en Gotha.

circunstancias que varían en cada caso. Si el partido y la confederación sindical tienen una representación mutua en sus Comités Centrales, o si forman comités de acción conjunta cuando es necesario, no tiene mayor importancia. Pueden cambiar las formas organizativas, pero el papel fundamental del partido sigue constante. El Partido para merecer ese nombre, debe incluir a toda la vanguardia de la clase obrera y usar su influencia ideológica para que puedan fructificar todas las manifestaciones del movimiento obrero, en primer lugar el movimiento sindical. Pero para que las organizaciones sindicales merezcan ese nombre deben abarcar a una masa creciente de obreros, y entre ellos a muchos elementos atrasados. Sólo cumplirán su misión si se guían conscientemente por principios firmemente establecidos, y sólo la pueden cumplir si sus mejores elementos se encuentran unidos en el partido de la revolución proletaria.

La reciente depuración del Partido Comunista Francés, que por un lado se libró de pequeñoburgueses llorosos, "oradores" de salón, Hamlets políticos y arribistas, y por el otro produjo el *rapprochement* de los comunistas y los sindicalistas revolucionarios, significa un gran avance para la creación de correctas relaciones entre las organizaciones sindicales y la organización política, lo que a su vez es un gran paso adelante hacia la revolución.

¡OTRA VEZ LOS PREJUICIOS ANARCO-SINDICALISTAS![1]

MOSCÚ, 8 DE MAYO DE 1923

El nuevo artículo del camarada Louzon[2] contiene aún más errores que los anteriores, si bien su línea principal de argumentación toma esta vez un giro totalmente distinto. En sus artículos anteriores partía de abstracciones que suponían que los sindicatos representaban al "conjunto de la clase obrera". En mi respuesta planteé la siguiente duda: "¿Dónde escribe sus artículos el camarada Louzon, en Francia o en el sistema solar Sirius?". En su último artículo abandonó el débil soporte de las leyes universales e intentó apoyarse en el terreno nacional del sindicalismo francés. Dice que sí, que los sindicatos franceses no son realmente el conjunto de la clase trabajadora sino una minoría activa. O sea que el camarada Louzon reconoce que los sindicatos son una especie de partido revolucionario. Pero este partido sindicalista se distingue por ser puramente proletario en su constitución. Esta es su gran ventaja sobre el Partido Comunista. Además tiene otras ventajas: el partido sindicalista rechaza categóricamente las instituciones estatales del Estado burgués, no "reconoce" a la democracia y por lo tanto no toma parte en las luchas parlamentarias. El camarada Louzon no se cansa de repetir que nos referimos a las particularidades del desarrollo francés, únicamente. Habiendo comenzado con una amplia generalización en la que había convertido a Marx en un sindicalista, ahora deja de lado a Inglaterra, Rusia y Alemania. No contesta a nuestra pregunta de por qué pertenece él a la IC, en compañía del minúsculo Partido Comunista inglés, y no a la II Internacional, como los sindicatos ingleses y el Partido Laborista inglés que éstos apoyan. Louzon comenzó por una ley "suprahistórica" para todos los países y terminó reclamando una ley excepcional para Francia. Más aún, su carácter excluye la posibilidad de una Internacional: ¿cómo pueden discutirse tácticas comunes si no hay premisas fundamentales comunes? Es muy difícil entender por qué el camarada pertenece a la IC. No menos difícil es entender por qué pertenece al Partido Comunista Francés, habiendo otro que tiene todas sus ventajas y ninguna de sus desventajas. Ahora, si bien el camarada Louzon deja el plano internacional para internarse en el nacional, sistemáticamente ignora la cuestión "nacional" que se le planteó

---

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 13-14. Cotejado con la versión inglesa de www.marxists.org.

[2] Este artículo de Louzon fue publicado en *International Press Correspondence*, 14 de junio de 1923.

en nuestro primer artículo: ¿Qué papel cumplió la CGT durante la guerra? El de Jouhaux no fue menos despreciable y traidor que el de Renaudel[3]. La única diferencia consistió en el hecho de que el partido socialpatriótico demostraba una cierta sistematización en sus posiciones y en sus actos, mientras que los sindicalistas patriotas actuaban de una forma puramente empírica y justificaban sus acciones con miserables y estúpidas improvisaciones. Podría decirse que, en cuanto a tradición patriótica, el Partido Socialista, debido a su definición, superaba al semidefinido partido sindicalista. En el fondo, Renaudel y Jouhaux eran lo mismo. ¿Cuál es la situación actual? ¿Desea Louzon la unión de ambas confederaciones? Nosotros sí. La Internacional lo considera necesario. Ni siquiera nos alarmaríamos si esta unión le da a Jouhaux la mayoría. Claro que no diríamos (como lo hace Louzon) que el sindicalismo es, aun encabezado por Jouhaux, Dumoulin, Merrheim y demás, la forma más pura de organización proletaria, que abarca "al conjunto de la clase obrera", etc., etcétera. Sería una tergiversación de los hechos. Pero consideraríamos que la formación de organizaciones obreras más amplias, es decir la concentración de masas proletarias mayores, que forman un campo de batalla más vasto para la lucha por las tácticas e ideas del comunismo, es un gran logro para la causa de la revolución. Lo primero que se necesita para esto es que las ideas y tácticas del comunismo no estén en el aire sino organizadas bajo la forma de un partido. En cuanto al camarada Louzon, no es consecuente hasta el final con sus planteamientos, porque si no su conclusión lógica debería ser la sustitución del partido por una organización sindical de la "minoría activa". El resultado inevitable de esto sería el remplazo del partido y del sindicato, ya que esos sindicatos que propone el camarada Louzon son demasiado indefinidos como partidos y demasiado pequeños para sindicatos. Los argumentos del camarada Louzon respecto a que los sindicatos no quieren mancharse con el contacto con las organizaciones de la democracia burguesa son un débil eco del anarquismo. Puede suponerse que la mayoría de los obreros organizados en la CGTU votaran en las elecciones por el Partido Comunista (al menos esperamos que el camarada Louzon, como miembro del Partido Comunista, los llame a hacerlo), mientras que la mayoría de los miembros de la confederación amarilla votarán por el partido de Blum[4], Renaudel. El sindicato, como forma organizativa, no se adapta a la lucha parlamentaria, pero los obreros organizados en los sindicatos tendrán igualmente sus diputados. Es un simple caso de división del trabajo dentro de una misma clase. ¿O acaso a los obreros franceses les es indiferente lo que pasa en el parlamento? Ellos no piensan así.

[3] Pierre Renaudel (1871-1935): Mano derecha del dirigente socialista Jean Jaurès hasta 1914. Editor socialpatriota de *L'Humanité* durante la Primera Guerra Mundial. Luego dirigente del ala derecha del Partido Socialista.

[4] León Blum (1872-1950): Editor del principal periódico socialista, *Le Populaire*. Después de las elecciones de 1936 fue primer ministro del primer gobierno del Frente Popular.

Los sindicatos han reaccionado muchas veces ante la labor legislativa del parlamento, y lo seguirán haciendo en el futuro. Y si, al mismo tiempo, hay legisladores comunistas en el parlamento, que trabajen hombro a hombro con los sindicatos revolucionarios contra los actos de violencia y los golpes de la "democracia" imperialista, es una ventaja y no una desventaja. La "tradición" francesa dice que los diputados son traidores. Pero el Partido Comunista Francés ha sido creado con el fin explícito de barrer con esa tradición. Si algún diputado se aparta de la línea clasista, será expulsado del partido. Nuestro partido francés ha aprendido a hacerlo y la desconfianza es totalmente infundada. Louzon se queja de que el partido tiene muchos intelectuales pequeñoburgueses. Es cierto. Pero el IV Congreso de la IC[5] lo reconoció y adoptó una resolución al respecto, que no ha dejado de tener su efecto. Hay más por hacer para consolidar el carácter proletario del partido. Pero no lograremos este fin mediante la contradictoria metafísica sindicalista del camarada Louzon, sino con un trabajo partidario sistemático en el terreno sindical y en los aspectos de la lucha proletaria. Ya hay un número considerable de obreros en el Comité Central de nuestro partido francés. Esto se refleja en todo el partido. La misma tendencia se sigue, de acuerdo a las resoluciones del IV Congreso, en las elecciones parlamentarias y municipales. El partido ganará así la confianza del proletariado revolucionario. Esto significa que el partido sufrirá cada vez menos la falta de proletarios activos y competentes que ocupen los puestos revolucionarios más importantes y de mayor responsabilidad. Mucho me temo que las posiciones del camarada Louzon ejerzan una influencia negativa sobre esta profunda evolución progresiva de la vanguardia de la clase obrera francesa. Pero no dudo de que el comunismo superará este obstáculo, como todos los demás.

[5] El IV Congreso de la IC sesionó en noviembre-diciembre de 1922.

COMUNISMO Y SINDICALISMO[1]

14 DE OCTUBRE DE 1929

El problema de los sindicatos es uno de los más importantes para el movimiento obrero y por lo tanto también para la Oposición. Si ésta no tiene una posición clara sobre este tema no podrá ganar una influencia real sobre la clase obrera. Por eso quiero plantear aquí, para la discusión, algunas consideraciones sobre la cuestión sindical.

1. El Partido Comunista es la herramienta fundamental para la acción revolucionaria del proletariado, la organización de combate de su vanguardia que debe erigirse en dirección de la clase obrera en todos los ámbitos de su lucha, sin excepción, y por lo tanto también en el campo sindical.

2. Los que, por principio, contraponen autonomía sindical a dirección del Partido Comunista están contraponiendo –quiéranlo o no– al sector proletario más atrasado con la vanguardia de la clase obrera, la lucha por las conquistas inmediatas con la lucha por la completa liberación de los trabajadores, el reformismo con el comunismo, el oportunismo con el marxismo revolucionario.

3. El sindicalismo francés de preguerra, en la época de su surgimiento y expansión, al luchar por su autonomía sindical luchaba en realidad por su independencia del gobierno burgués y sus partidos, entre ellos el socialismo reformista-parlamentario. Esta fue una lucha contra el oportunismo librada de manera revolucionaria.

En este sentido, el sindicalismo revolucionario no hizo un fetiche de la autonomía de las organizaciones de masas. Por el contrario, comprendió y afirmó el papel dirigente de la minoría revolucionaria en relación a las organizaciones de masas, que reflejan a la clase obrera con todas sus contradicciones, su retraso y sus debilidades.

4. La teoría de la minoría activa era esencialmente una teoría incompleta del partido proletario. En toda su práctica el sindicalismo revolucionario era un embrión

---

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 15-19. Cotejado y modificado con la versión francesa de www.marxists.org. Recordemos que Trotsky ya había sido expulsado de la URSS por el stalinismo y conformado la Oposición de Izquierda Internacional dentro de la IC. En Francia, la Oposición comenzó a publicar *La Vérité* el 15 de agosto de 1929.

de partido revolucionario, contra el oportunismo; es decir, era un notable precursor del comunismo revolucionario.

5. La debilidad del anarco-sindicalismo, aun en su período clásico, era la falta de una base teórica correcta lo que resultaba en una comprensión errónea de la naturaleza del Estado y de su papel en la lucha de clases, así como en una concepción incompleta, no del todo desarrollada y por lo tanto equivocada del papel de la minoría revolucionaria, es decir, del partido. De ahí sus errores tácticos, como el fetichismo hacia la huelga general, el desconocimiento de la relación entre la insurrección y la toma del poder, etcétera.

6. Después de la guerra, el sindicalismo francés encontró en el comunismo su refutación, y también su desarrollo y su realización plena. Intentar revivir ahora el sindicalismo revolucionario sería tratar de hacer retroceder la historia. Semejante intento sólo puede resultar reaccionario para el movimiento obrero.

7. Los epígonos[2] del sindicalismo transforman (en las palabras) la independencia de las organizaciones sindicales de la burguesía y de los socialistas reformistas en independencia en general, en independencia absoluta de todos los partidos, incluyendo el comunista.

Si en su momento de expansión el sindicalismo se consideraba a sí mismo una vanguardia y luchaba por la hegemonía de la minoría de vanguardia en el seno de las masas, los epígonos del sindicalismo luchan ahora contra idénticas intenciones de la vanguardia comunista, intentando, aunque sin éxito, basarse en el poco desarrollo y en los prejuicios de los sectores más retrasados de la clase obrera.

8. La independencia de la influencia de la burguesía no puede ser un estado pasivo. Solamente se expresa mediante actos políticos, o sea mediante la lucha contra la burguesía. Esta lucha debe inspirarse en un programa claro, que requiere una organización y tácticas para su aplicación. La unión del programa, la organización y las tácticas forman el partido. En este sentido, la verdadera independencia del proletariado del gobierno burgués no puede concretarse a menos que lleve a cabo su lucha bajo la conducción de un partido revolucionario y no de un partido oportunista.

9. Los epígonos del sindicalismo querrían hacernos creer que los sindicatos son suficientes por sí mismos. Esto teóricamente no quiere decir nada, pero en la práctica significa la disolución de la vanguardia revolucionaria en la retaguardia de masas, o sea en los sindicatos.

[2] Los epígonos son los discípulos que corrompen las enseñanzas de su maestro.

Cuanto más amplias son las masas que aglutinan los sindicatos, éstos cumplen mejor su misión. Un partido proletario, por el contrario, adquiere prestigio solamente si es ideológicamente homogéneo, y está ligado por la unidad de acción y de organización. Pretender que los sindicatos son autosuficientes porque el proletariado ya ha alcanzado su "mayoría" de edad es sencillamente adular al proletariado. Es decirle que es lo que no es ni podrá ser bajo el capitalismo, y mantener en el atraso y la ignorancia a enormes masas de obreros, permitiendo sólo a la vanguardia la posibilidad de superar las dificultades y llegar a una clara comprensión de las tareas del conjunto de su clase.

10. La autonomía real, práctica y no metafísica, de la organización sindical, no se ve perturbada ni disminuida en lo más mínimo por el intento del Partido Comunista por influir sobre ella. Todo militante del sindicato tiene derecho a votar como le parece y a elegir al que él considere mejor. Los comunistas, al igual que los demás, gozan de este derecho.

Que los comunistas ganen la mayoría en los órganos directivos está totalmente de acuerdo con el principio de autonomía, o sea de libre autogestión de los sindicatos. Por otra parte ningún estatuto sindical puede impedir o prohibir al partido que elija como militante de su Comité Central al secretario de la Confederación del Trabajo, ya que aquí entramos enteramente en el dominio de la autonomía partidaria.

11. Por supuesto que los comunistas se someten en los sindicatos, sin importar qué puesto ocupen, a la disciplina partidaria. Esto no excluye sino que presupone su sumisión a la disciplina sindical. En otras palabras: el partido no les impone ninguna línea de conducta que contradiga la predisposición ni las opiniones de la mayoría de los militantes de los sindicatos. En casos enteramente excepcionales, cuando el partido considera imposible el acatamiento por parte de sus militantes de alguna decisión reaccionaria del sindicato, señala abiertamente a sus militantes las consecuencias que esto acarrea: separación de los cargos, expulsiones y demás.

En estas cuestiones, con fórmulas jurídicas –y la autonomía es una fórmula puramente jurídica– no se va a ninguna parte. Debe plantearse lo esencial del problema, y lo esencial es la política sindical. A una política incorrecta debe oponerse una política correcta.

12. El carácter dirigente del partido, sus formas y sus métodos pueden diferir profundamente, de acuerdo a las condiciones generales de un país dado o a su nivel de desarrollo. En los países capitalistas, donde el Partido Comunista no tiene ningún medio de coerción, es obvio que solamente pueden ejercer un liderazgo a través de los comunistas sindicalizados, ya sea que sea que estén en la base o en puestos sindicales. El número de comunistas que ocupan cargos de dirección en los sindicatos sólo es

un medio más para medir la influencia del partido en los sindicatos. El parámetro más importante es el porcentaje de comunistas sindicalizados en relación al total de la masa sindicalizada. Pero el criterio principal es la influencia general del partido sobre la clase obrera, que se mide por la circulación de la prensa comunista, la concurrencia a actos del partido, el número de votos obtenidos en las elecciones y, lo que es especialmente importante, el número de obreros y obreras que responden activamente a los llamamientos del partido a la lucha.

13. La influencia general del Partido Comunista crecerá, incluso en los sindicatos, cuanto más revolucionaria sea la situación. Estas condiciones permiten una apreciación del grado y la forma de la verdadera autonomía, real y no metafísica, de los sindicatos. En tiempos de "paz", cuando las formas más militantes de acción sindical consisten en huelgas económicas aisladas, el papel directo del partido en la acción sindical pasa a segundo plano. Por regla general, el partido no interviene sobre cada huelga aislada. Ayuda al sindicato a decidir si es oportuna, a través de su información económica, política y sus consejos. Colabora en la huelga mediante la agitación, etcétera. Pero en la huelga el primer lugar por supuesto corresponde al sindicato. La situación cambia radicalmente cuando la movilización adquiere la forma de una huelga general o incluso en una lucha directa por el poder. En esas condiciones el papel de dirección del partido es directo e inmediato. Los sindicatos –naturalmente los que no se pasan al otro lado de la barricada– se convierten en aparatos organizativos del partido que aparece, ante toda la clase, como el líder de la revolución y asume toda la responsabilidad. Entre la huelga económica parcial y la insurrección revolucionaria, hay toda una gama de posibles relaciones entre el partido y los sindicatos, varios grados de influencia directa e inmediata, etcétera. Pero, cualesquiera que sean las condiciones, el partido trata de ganar influencia y para ello cuenta con la autonomía de los sindicatos, que (sobra decirlo) no están "sometidos" a él organizativamente.

14. Los hechos demuestran que no existen en ninguna parte sindicatos políticamente "independientes". Nunca los hubo y la experiencia y la teoría nos dicen que nunca los habrá. En los EEUU los aparatos sindicales están directamente vinculados a las patronales industriales y a los partidos burgueses. En Inglaterra, antes apoyaban en general a los liberales, ahora forman la base material del Partido Laborista. En Alemania, marchan bajo la bandera de la socialdemocracia. En la República Soviética su dirección corresponde a los bolcheviques. En Francia una de las organizaciones sindicales sigue a los socialistas y otra a los comunistas. En Finlandia se dividieron recientemente, unos giraron hacia la socialdemocracia y otros hacia el comunismo. Así ocurre en todas partes. Los teóricos de la "independencia" del movimiento sindical hasta ahora no se

han molestado en preguntarse: ¿por qué su reivindicación no se hace realidad en ninguna parte sino que, por el contrario, la dependencia de los sindicatos respecto de un partido se hace sin excepción cada vez más evidente en todas partes? Esto está directamente vinculado con las características de la época imperialista, que deja al desnudo todas las relaciones de clase y que incluso dentro del proletariado acentúa las contradicciones entre su aristocracia y los sectores más explotados.

15. La expresión más acabada de este sindicalismo fuera de época es la llamada Liga Sindicalista (Ligue Syndicaliste). Por sus características, aparece como una organización política que trata de subordinar el movimiento sindical a su influencia. Concretamente, recluta a sus militantes según el método de los grupos políticos y no el de los sindicatos. Tiene una plataforma, ya que no un programa, y lo defiende en sus publicaciones. Tiene su propia disciplina interna dentro del movimiento sindical. En los congresos de las Confederaciones sus partidarios actúan como fracción política, lo mismo que los comunistas. En pocas palabras: la tendencia de la Liga Sindicalista se reduce a la lucha por liberar a ambas Confederaciones de la dirección de socialistas y comunistas y unirlas bajo la dirección del grupo de Monatte. La Liga no actúa abiertamente en nombre del derecho y la necesidad de la minoría más avanzada de luchar para extender su influencia sobre las masas. Se presenta bajo el disfraz de lo que llama la "independencia" sindical. En este sentido se aproxima al Partido Socialista, que también ejerce su liderazgo ocultándose tras la frase "independencia del movimiento sindical". En cambio el Partido Comunista dice abiertamente a la clase obrera: este es mi programa, mis tácticas y mi política, y se lo propongo a los sindicatos. El proletariado no debe creer nada a ciegas. Debe juzgar a cada partido y a cada organización por su trabajo. Los obreros deben desconfiar doblemente de los aspirantes a dirigentes que actúan de incógnito, pretendiendo hacerles creer que no necesitan ninguna dirección.

16. No se debe negar el derecho de un partido político a luchar para ganar influencia en los sindicatos, pero hay que hacerse una pregunta: ¿En nombre de qué programa y de qué táctica lucha esa organización? En este sentido la Liga Sindicalista no ofrece las garantías necesarias. Su programa es extremadamente amorfo, lo mismo ocurre con sus tácticas. En sus posiciones políticas actúa por reacción ante los hechos. Mientras acepta la revolución proletaria e incluso la dictadura del proletariado, ignora al partido y lucha contra la influencia comunista, sin la cual la revolución proletaria sería siempre una frase vacía.

17. La ideología de la independencia sindical no tiene nada en común con las ideas y sentimientos del proletariado como clase. Si el partido, mediante su dirección, es capaz de garantizar una política correcta, clara y firme en los sindicatos, a

ningún obrero se le ocurrirá rebelarse contra la dirección del partido. Lo prueba la experiencia histórica de los bolcheviques. Esto se aplica también a Francia, donde los comunistas obtuvieron 1.200.000 votos en las elecciones mientras que la CGTU (la central sindical roja) no reúne más que la tercera o la cuarta parte de esa cifra. Claro está que cualesquiera que sean las condiciones la consigna abstracta de independencia nunca surgirá de las masas. La burocracia sindical es otra cosa. No sólo tiene celos profesionales de la burocracia partidaria, sino que tiende a independizarse también del control de la vanguardia del proletariado. La consigna de independencia es, por sus mismas bases, una consigna burocrática y no de clase.

18. Bajo el fetiche de la "independencia" la Liga Sindicalista convierte en fetiche también la unidad sindical.

No hace falta decir que mantener la unidad de las organizaciones sindicales tiene enormes ventajas, tanto desde el punto de vista de las tareas diarias del proletariado como desde el de la lucha del Partido Comunista por extender su influencia sobre las masas. Pero la realidad nos muestra que a partir de los primeros éxitos del ala revolucionaria en los sindicatos los oportunistas han tomado deliberadamente la senda de la ruptura. Les son más queridas las relaciones pacíficas con la burguesía que la unidad del proletariado. Esta es la única conclusión que se puede extraer de la experiencia de posguerra.

De todos modos, a los comunistas nos interesa demostrarles a los obreros que la responsabilidad por la ruptura de los sindicatos recae enteramente sobre la socialdemocracia. Pero de esto no se desprende que la fórmula vacua de la unidad sea más importante para nosotros que las tareas revolucionarias de la clase obrera.

19. Han pasado ocho años de la ruptura sindical en Francia. Durante este tiempo ambas organizaciones se ligaron definitivamente a partidos políticos mortalmente enemigos. En tales condiciones sería alimentar vanas esperanzas pretender unificar el movimiento sindical mediante una simple llamada a la unidad. Declarar que sin la unificación previa de las dos organizaciones no sólo no es posible la revolución, sino tampoco una seria lucha de clases, significa hacer depender el futuro de la revolución de la corrupta camarilla sindical de los reformistas.

En realidad el futuro de la revolución no depende de la fusión de los dos aparatos sindicales sino de la unificación de la mayoría de la clase obrera alrededor de consignas y métodos de lucha revolucionarios. Actualmente la unificación de la clase obrera sólo es posible mediante la lucha contra los colaboracionistas de clase, que se encuentran no sólo en los partidos políticos sino también en los sindicatos.

20. El verdadero camino hacia la unidad revolucionaria pasa por el desarrollo, perfeccionamiento, crecimiento y consolidación de la revolucionaria CGTU y por

el debilitamiento de la reformista CGT. No se excluye, por el contrario es muy probable, que en el momento de la revolución el proletariado francés entre a la lucha con dos confederaciones: una que nuclee a las masas y otra a la aristocracia obrera y a la burocracia.

21. La nueva oposición sindical no quiere andar, obviamente, el camino del sindicalismo. Al mismo tiempo se separa con el partido (no con la idea de cierta dirección sino con el partido en general). Eso significa lisa y llanamente que se desarma ideológicamente y cae en el corporativismo.

22. La oposición sindical tiene diferentes variantes. Pero se caracteriza por algunos rasgos comunes que no la acercan a la Oposición comunista de Izquierda. Por el contrario, la alejan y la oponen a ella. No lucha contra los actos arbitrarios y los métodos incorrectos de la dirección comunista sino contra la influencia comunista en la clase obrera. No lucha contra la caracterización ultraizquierdista de la situación y de su evolución sino que actúa en realidad contra toda perspectiva revolucionaria. La oposición sindical no lucha contra los métodos caricaturescos del antimilitarismo sino que plantea una orientación pacifista. En otras palabras, la oposición sindical está evolucionando manifiestamente en un sentido reformista.

23. Es totalmente incorrecto afirmar que –contrariamente a lo sucedido en Alemania, Checoslovaquia y otros países– no se ha constituido en los últimos años en Francia un ala derecha en el campo revolucionario. Lo que pasa es que la Oposición de Derecha francesa, renegando de la política revolucionaria del comunismo, ha asumido, conforme a las tradiciones del movimiento obrero francés, un carácter sindicalista, ocultando de este modo su fisonomía política. En el fondo la mayoría de la oposición sindical representa el ala derecha, lo mismo que el grupo de Brandler[3] en Alemania, los sindicalistas checos que después de la ruptura adoptaron una posición claramente reformista, etcétera.

24. Se podría objetar que todas las consideraciones precedentes serían correctas únicamente con la condición de que el Partido Comunista tenga una política correcta. Esta objeción es infundada. El problema de la relación entre el partido, que representa al proletariado como debería ser, y los sindicatos, que lo representan tal cual es, es el más fundamental del marxismo revolucionario.

[3] Heinrich Brandler (1881-1967): Dirigente del Partido Comunista Alemán expulsado en 1928-1929, cuando la IC emprendió su zig-zag ultraizquierdista. Los brandleristas tenían lazos internacionales con el grupo norteamericano de Lovestone y otros antiguos colaboradores de Bujarin, o sea con la Oposición de Derecha del movimiento comunista.

Sería un verdadero suicidio desechar la única respuesta principista posible a esta cuestión solamente porque el Partido Comunista, bajo influencias objetivas y subjetivas de las que hemos hablado más de una vez, esté llevando a cabo una política incorrecta en los sindicatos, así como en otros campos. A una política incorrecta se le opone una política correcta. Con este objetivo, la Oposición de Izquierda se ha constituido en fracción. Si se considera que todo el Partido Comunista Francés está en una situación irremediable o sin esperanzas de recuperarse –cosa que nosotros no creemos– debe oponérsele otro partido. Pero esto no cambia ni en un milímetro la cuestión de la relación entre el partido y la clase. La Oposición de Izquierda opina que es imposible influir en el movimiento sindical, ayudarlo a encontrar una orientación correcta, imbuirlo de consignas adecuadas más que a través del Partido Comunista (o por el momento de una fracción) que es, además de sus otros atributos, el principal laboratorio ideológico de la clase obrera.

25. Bien entendida, la tarea del Partido Comunista no consiste solamente en ganar influencia en los sindicatos tal como son, sino en ganar a través de los sindicatos influencia en la mayoría de la clase obrera. Esto es posible solamente si los métodos que emplea el partido en los sindicatos corresponden a la naturaleza y a las tareas de estos últimos. La lucha del Partido Comunista por ganar influencia en los sindicatos se pone a prueba en el hecho de que éstos prosperen o no, en si aumenta el número de sus militantes, como también en sus relaciones con las masas. Si el partido paga su influencia en los sindicatos al precio de limitar su alcance o de fraccionarlos –convirtiéndolos en auxiliares del partido para objetivos puntuales o impidiéndoles convertirse en auténticas organizaciones de masas–, las relaciones entre el partido y la clase son erróneas. No es necesario que tratemos aquí las causas de semejante situación. Lo hemos hecho más de una vez y lo hacemos todos los días. La inconstancia de la política comunista oficial refleja su tendencia aventurera a convertirse en amos de la clase obrera en el menor tiempo posible, mediante malabarismos, maquinaciones, una agitación superficial, etcétera. Sin embargo el modo de salir de esta situación no es contraponer los sindicatos al partido (o a la fracción) sino luchar implacablemente por cambiar toda la política del partido, incluso la sindical.

26. La Oposición de Izquierda debe conectar indisolublemente los problemas del movimiento sindical con los de la lucha política del proletariado. Debe ofrecer un análisis concreto del nivel actual de desarrollo del movimiento obrero francés. Debe hacer una evaluación, tanto cuantitativa como cualitativa, del movimiento huelguístico actual y de sus perspectivas en relación a las perspectivas del desarrollo económico francés. De más está decir que está completamente descartada la posibilidad de una estabilización y una paz capitalista que duren décadas. Esto se debe

a una caracterización de nuestra época como revolucionaria. Surge de la necesidad de una preparación adecuada de la vanguardia proletaria ante los cambios abruptos que son no sólo probables sino inevitables. Cuanto más firme e implacable sea su acción contra las bravuconadas supuestamente revolucionarias de la burocracia centrista, contra la histeria política que no tiene en cuenta las condiciones objetivas, que confunde el hoy con el ayer o con el mañana, más firme y decididamente debe oponerse a la derecha que toma sus críticas y se oculta tras ellas para infiltrarse en el marxismo revolucionario.

27. ¿Una nueva delimitación? ¿Nuevas polémicas? ¿Nuevas rupturas? Así se lamentarán las almas buenas pero cansadas que querrían transformar la Oposición en un tranquilo retiro donde uno pueda descansar en paz de las grandes tareas, preservando intacto el nombre de "revolucionario de izquierda". ¡No!, les decimos a estos espíritus cansados; no seguimos el mismo rumbo. La verdad nunca ha sido la suma de pequeños errores. Una organización revolucionaria no puede nunca componerse de pequeños grupos conservadores, que lo primero que buscan es diferenciarse unos de otros. Hay épocas en que la tendencia revolucionaria se ve reducida a una pequeña minoría dentro del movimiento obrero. Pero lo que esas épocas exigen no es hacer arreglos entre pequeños grupos, tapándose mutuamente los pecados, sino por el contrario una lucha doblemente implacable por una perspectiva correcta y una educación de los cuadros en el espíritu del auténtico marxismo. Solamente así es posible la victoria.

28. En cuanto al autor de estas líneas, debe admitir que la idea que tenía sobre el grupo de Monatte cuando él fue deportado de la Unión Soviética resultó ser demasiado optimista y por lo tanto falsa. Durante muchos años no tuvo la oportunidad de seguir el accionar de este grupo. Juzgó por viejos recuerdos. Las divergencias no sólo resultaron ser más profundas sino también más agudas de lo que había supuesto. Los sucesos de los últimos tiempos han probado sin lugar a dudas que la Oposición comunista de Francia no podrá avanzar sin una clara y precisa demarcación ideológica de la línea del sindicalismo. Las tesis propuestas son un primer paso hacia esa definición, que es el preludio de una lucha exitosa contra la charlatanería revolucionaria y contra la esencia oportunista de Cachin, Monmouseau y Cía[4].

[4] Marcel Cachin (1869-1958): Socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial, se pasó al comunismo en 1920. Se convirtió en un firme stalinista y se mantuvo como editor de *L'Humanité* hasta su muerte. Gaston Monmousseau (1883-1960): Antiguo sindicalista revolucionario, se convirtió en comunista y dirigente de la CGTU y en stalinista acérrimo.

LOS ERRORES FUNDAMENTALES DEL SINDICALISMO[1]

CONSTANTINOPLA, OCTUBRE DE 1929

Cuando llegué a Francia en octubre de 1914 encontré al movimiento socialista y sindical francés en un estado de profunda desmoralización chovinista. Buscando revolucionarios, linterna en mano, trabé conocimiento con Monatte y Rosmer[2]. Ellos no habían sucumbido al chovinismo. Así comenzó nuestra amistad.

Monatte se consideraba un anarco-sindicalista, pero a pesar de eso se encontraba mucho más cercano a mí que los guesdistas[3] franceses, que hacían un papel vergonzoso. Por esa época los Cachin se estaban familiarizando con los ministerios de la Tercera República[4] y de las embajadas aliadas. En 1915 Monatte abandonó, dando un portazo, el comité central de la CGT. Su alejamiento de la central sindical significó esencialmente una división. Pero en ese momento Monatte creía –correctamente– que las tareas históricas fundamentales del proletariado estaban por encima de la unidad con los chovinistas y con los lacayos del imperialismo. En esto Monatte era leal a las mejores tradiciones del sindicalismo revolucionario.

Monatte fue uno de los primeros amigos de la Revolución de Octubre. Es cierto que, a diferencia de Rosmer, mantuvo reservas durante mucho tiempo. Esto se correspondía mucho con el carácter de Monatte (de lo que me convencí luego), mantenerse aparte, esperar, criticar. A veces esta actitud es absolutamente inevitable. Pero como línea de conducta básica se convierte en una forma de sectarismo muy afín al proudhonismo[5], pero que no tiene nada en común con el marxismo.

---

[1] Publicado en *La Lutte de Classes* N° 17, enero de 1930. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 20-22. Cotejado y modificado con Léon Trotski, *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, op. cit., pp. 355-363.

[2] Alfred Rosmer (1877-1964): Originalmente anarquista, luego socialista, militó contra la Primera Guerra Mundial. Miembro fundador del Partido Comunista Francés, fue elegido al Comité Ejecutivo de la IC. Expulsado del Partido Comunista en 1924, miembro de la Oposición de Izquierda desde sus inicios hasta su renuncia en 1930. Fue amigo personal de Trotsky y de Natalia Sedova (segunda esposa de Trotsky).

[3] Dentro del movimiento socialista, los guesdistas eran los seguidores de Jules Guesde (1845-1922), primer dirigente marxista de Francia y rival de Jaurès en el partido unificado. Guesde se jactaba de su ortodoxia marxista, pero se convirtió en un socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial.

[4] La Tercera República fue el gobierno de Francia desde la caída del Segundo Imperio (1871) hasta la invasión nazi y la instauración del régimen de Vichy (1940).

[5] Escuela de pensamiento creada por Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), famoso socialista utópico. Imaginaba una sociedad basada en el libre intercambio entre productores independientes y consideraba al Estado menos importante que los talleres que él suponía lo remplazarían.

Cuando el Partido Socialista de Francia se convirtió en Partido Comunista, tuve la oportunidad de discutir frecuentemente con Lenin la pesada herencia que había recibido la Intemacional con líderes como Cachin, Frossard y otros héroes de la Liga por los Derechos del Hombre, de francmasones, parlamentarios, arribistas y charlatanes. Esta es una de esas conversaciones que, si no me equivoco, ya he publicado en la prensa.

– Sería bueno –me decía Lenin– alejar del partido a todos estos veletas y meter en él a los sindicalistas revolucionarios, a los militantes obreros, a las personas realmente devotas de la causa de la clase obrera. ¿Y Monatte?

– Por supuesto que Monatte sería diez veces mejor que Cachin y que los otros como él –le contesté–. Pero Monatte no sólo sigue rechazando el parlamentarismo sino que hasta hoy no ha alcanzado a comprender la importancia del partido.

Lenin estaba asombrado:

– ¡Imposible! ¿No ha llegado a comprender la importancia del partido después de la Revolución de Octubre? Ese es un síntoma muy alarmante.

Mantenía correspondencia con Monatte, así que lo invité a venir a Moscú[6]. Fiel a su temperamento prefirió en este caso mantenerse aparte y esperar. Además en el Partido Comunista Francés no se encontraba cómodo. En eso tenía razón. Pero en vez de ayudar a transformarlo, esperaba. En el IV Congreso logramos dar el primer paso hacia la depuración del Partido Comunista Francés de francmasones, pacifistas y arribistas.

Monatte entró al partido. No hace falta señalar que para nosotros esto no significaba que hubiera adoptado una posición marxista.

El 23 de marzo de 1923 escribí en *Pravda*: "La entrada de nuestro viejo amigo Monatte al Partido Comunista fue para nosotros una gran alegría. La revolución necesita hombres como él. Pero sería un error comprar un *rapprochement* al precio de una confusión ideológica". En este artículo criticaba el escolasticismo de Louzon sobre las relaciones entre la clase, los sindicatos y el partido. En particular explicaba que el sindicalismo de preguerra había sido un embrión del Partido Comunista, que ese embrión se había convertido en un niño y que si esa criatura sufría ahora de sarampión y de raquitismo era necesario curarla y nutrirla, pero que sería absurdo suponer que se lo podía hacer volver al útero materno. Podría decirse que los argumentos de mi artículo de 1923, caricaturizados, son hasta el momento la principal herramienta contra Monatte en manos de Monmousseau y otros luchadores antitrotskistas.

Monatte se unió al partido. Pero apenas había tenido tiempo de acostumbrarse a una morada más amplia que su tiendita de Quai de Jemmapes[7] cuando se le

[6] Monatte contestó (*La Révolution Prolétarienne* N° 97, 1 de febrero de 1930): "Si me hubiera escrito, lo recordaría. Pero no me acuerdo para nada. ¿Me escribió y sus cartas no me llegaron?". La memoria de Monatte lo traicionaba: las cartas de Trotsky fueron encontradas en sus archivos.

[7] Sede del periódico *Vie ouvrière*.

echó encima el golpe de Estado en la Internacional: enfermó Lenin y comenzó la campaña contra el "trotskismo" y la "bolchevización" zinovievista.

Monatte no pudo someterse a los arribistas que, apoyándose en la plana mayor de los epígonos de Moscú y disponiendo de recursos ilimitados, se acomodaban utilizando la intriga y la calumnia. Fue expulsado del partido. Este episodio, que por importante que sea no es más que eso, un episodio, fue decisivo en el desarrollo político de Monatte. Decidió que su corta experiencia en el partido había confirmado plenamente sus prejuicios anarco-sindicalistas contra el partido en general. Comenzó entonces a regresar insistentemente a posiciones ya abandonadas. Comenzó a buscar nuevamente la Carta de Amiens. Para esto tenía que volver la vista al pasado. Las experiencias de la guerra, de la Revolución Rusa y del movimiento sindical mundial se perdieron, dejando apenas una huella en él. Otra vez Monatte se sentaba a esperar. ¿Qué? Un nuevo Congreso de Amiens. Desgraciadamente no pude seguir durante los últimos años la evolución regresiva de Monatte: la Oposición Rusa vivía bloqueada.

LA UNIDAD SINDICAL

De todos los tesoros de la teoría y la práctica de la lucha mundial del proletariado, Monatte no ha extraído más de dos ideas: autonomía y unidad sindical. Ha elevado estos dos principios puros por encima de nuestra realidad pecadora.

Basó su periódico y su Liga Sindicalista en la autonomía y en la unidad sindical. Pero éstas son ideas huecas, y se parecen al agujero de un anillo. Monatte no le presta ninguna atención a que el anillo sea de hierro, de plata o de oro. El anillo molesta siempre a la actividad de los sindicatos. A Monatte no le interesa más que el agujero de la autonomía.

No menos vacío es el otro principio sagrado: unidad. En su nombre Monatte hasta se opuso a la ruptura del Comité anglo-ruso[8], aun cuando el Consejo General de los sindicatos británicos había traicionado la huelga general. El hecho de que Stalin, Bujarin[9], Cachin, Monmousseau y otros apoyaron el bloque con los rompehuelgas hasta que éstos los dejaron de lado, no reduce para nada el error de Monatte. A mi llegada al extranjero intenté explicar a los lectores de *La Révolution Prolétarienne* el carácter criminal de este bloque, cuyas consecuencias todavía se

[8] El Comité anglo-ruso fue formado en 1925 con representación paritaria de las direcciones de las federaciones sindicales británica y rusa. Sirvió a los dirigentes sindicales británicos como máscara de izquierda contra la crítica del Partido Comunista mientras liquidaban la huelga general británica de 1926. Cuando no pudieron sacarle más provecho, los dirigentes británicos abandonaron el comité. La Oposición de Izquierda denunció ampliamente esta política.

[9] Nikolai Bujarin (1888-1938): Dirigente bolchevique, encabezó a la IC de 1926 a 1929. En 1928 se convirtió en el dirigente de su ala derecha. "Confesó" en el tercer Juicio de Moscú y fue ejecutado en 1938.

hacen sentir en el movimiento obrero. Monatte no quiso publicar mi artículo. ¿Cómo podía ser de otra manera, si yo había atacado el sagrado principio de la unidad sindical, que resuelve todos los problemas y concilia todas las contradicciones?

Cuando los huelguistas encuentran a su paso un grupo de rompehuelgas los sacan del medio sin desperdiciar un solo golpe.

Si estos pertenecen al sindicato los expulsan inmediatamente, sin preocuparse por el sagrado principio de la unidad sindical.

Monatte seguramente no objeta esto. Pero la cosa es diferente si se trata de la burocracia sindical y sus líderes. El Consejo General no se compone de famélicos y atrasados rompehuelgas. No, son traidores bien nutridos y experimentados, que en determinado momento se ponen a la cabeza de la huelga general para decapitarla lo más rápida y seguramente posible. Actuaban mano a mano con el gobierno, los patrones y la iglesia. Daba la impresión que los dirigentes de los sindicatos rusos, que formaban un bloque político con el Consejo General, tendrían que haber roto con él inmediata, abierta e implacablemente, a partir del momento en que las masas habían sido decepcionadas y traicionadas. Pero Monatte se alza con violencia: ¡está prohibido perturbar la unidad sindical! Inesperadamente, olvida que él mismo alteró esta unidad en 1915 al abandonar el Consejo General chovinista de la CGT.

Hay que decirlo abiertamente: entre el Monatte de 1915 y el de 1929 hay un abismo. Él cree mantenerse fiel a sí mismo. Es cierto, hasta cierto punto. Monatte repite unas pocas viejas fórmulas, pero ignora totalmente las experiencias de los últimos quince años, más ricas en enseñanzas que toda la historia precedente de la humanidad. En su intento de retornar a posiciones anteriores, no se da cuenta de que éstas desaparecieron hace tiempo. Se trate de lo que se trate, Monatte mira hacia atrás. Esto se ve claramente en el problema del partido y el Estado.

LOS PELIGROS DEL ESTATISMO

Hace algún tiempo, me acusaba de subestimar los "peligros" del poder estatal [*La Révolution Prolétarienne*, N° 79, 1° de mayo de 1929, p. 2]. Este reproche no es nuevo. Tiene su origen en la lucha de Bakunin contra Marx y revela una concepción falsa, contradictoria y esencialmente no-proletaria del Estado.

En todo el mundo, a excepción de un país, el poder estatal está en manos de la burguesía. En esto, y sólo en esto, reside para el proletariado el peligro del poder estatal. La tarea histórica del proletariado es arrancar de manos de la burguesía este poderosísimo instrumento de opresión. Los comunistas no negamos las dificultades y los peligros que implica la dictadura del proletariado. ¿Pero reduce esto la necesidad de tomar el poder? Si una fuerza irresistible arrastrara a todo el proletariado a la toma del poder, o si ya lo hubiera conquistado, se podría, hablando estrictamente,

comprender tal o cual advertencia de los sindicalistas. Como es sabido, Lenin alertó en su testamento[10] contra el abuso del poder revolucionario. La Oposición ha llevado adelante la batalla contra las deformaciones de la dictadura del proletariado desde su formación, y sin necesidad de pedirle nada prestado al arsenal del anarquismo.

En cambio, en los países burgueses la desgracia es que la abrumadora mayoría del proletariado no entiende como es debido los peligros del Estado burgués. Por la forma en que encaran la cuestión, los sindicalistas, involuntariamente por supuesto, contribuyen a la conciliación pasiva de los obreros con el Estado capitalista. Cuando los sindicalistas hacen sonar en los oídos de los obreros, oprimidos por el Estado burgués, sus alertas sobre el peligro del Estado proletario cumplen un rol puramente reaccionario. Los burgueses se apresurarán a repetir a los obreros: "No toquen al Estado porque es una trampa muy peligrosa para vosotros". Los comunistas les dirán: "Aprenderemos a superar, sobre la base de la experiencia, las dificultades y los peligros con que se enfrenta el proletariado luego de la toma del poder. Pero en el presente los peligros más amenazantes residen en el hecho de que nuestro enemigo de clase tenga las riendas del poder en sus manos y las maneje en contra nuestra".

En la sociedad contemporánea hay sólo dos clases capaces de tener el poder en sus manos: la burguesía capitalista y el proletariado revolucionario. La pequeñoburguesía perdió hace tiempo la posibilidad económica de dirigir los destinos de la sociedad moderna. A veces, en arranques de desesperación, se levanta a la conquista del poder, incluso armas en mano, como ha sucedido en Italia, Polonia y otros países[11]. Pero las insurrecciones fascistas terminan simplemente en que el nuevo poder se convierte en el instrumento del capital financiero de un modo aun más brutal y descarado. Por eso los ideólogos más representativos de la pequeñoburguesía le temen al poder estatal como tal. Le temen cuando está en manos de la gran burguesía porque ésta los asfixia y los arruina. También le temen cuando está en manos del proletariado porque éste socava sus condiciones de vida habituales.

Finalmente le temen cuando está en sus propias manos impotentes porque inevitablemente pasará a las del capital financiero o a las del proletariado. Los anarquistas no ven los problemas revolucionarios del poder estatal, su rol histórico; sólo ven sus "peligros". Los anarquistas que se oponen a todo Estado son, por lo tanto, los representantes más fieles y, por eso mismo, los más desmoralizantes de la pequeñoburguesía en su histórico callejón sin salida.

Sí, también el detentar el poder del Estado engendra peligros en el régimen de la dictadura del proletariado, pero la esencia de ese peligro reside en la posibilidad de

[10] Se considera el "testamento de Lenin" a la carta de su autoría del 25 de diciembre de 1922, con una posdata del 4 de enero de 1923. En ella proponía al Partido Comunista soviético que se removiera a Stalin del puesto de secretario general. Luego de ser negada su existencia, recién fue publicada en la URSS en 1956, tres años después de la muerte de Stalin, aunque la Oposicion de Izquierda lo hizo circular clandestinamente y en el exterior.

[11] Alusión a los movimientos dirigidos por Pilsudski en Polonia y Mussolini en Italia.

que ese poder vuelva a manos de la burguesía. El riesgo más conocido y obvio es el *burocratismo*. ¿En qué consiste? Si una burocracia obrera esclarecida pudiera llevar la sociedad al socialismo, o sea a la liquidación del Estado, nos reconciliaríamos con semejante burocracia. Pero su *carácter* es el opuesto: al separarse del proletariado, al colocarse por encima de éste, la burocracia cae bajo la influencia de las clases pequeñoburguesas y puede así facilitar el retorno del poder a manos de la burguesía. En otras palabras: para los obreros los peligros del Estado bajo la dictadura del proletariado no son, si se los analiza a fondo, más que el peligro de la restauración del poder burgués.

No menos importante es el problema del *origen* de este peligro burocrático. Sería totalmente erróneo pensar, imaginar, que el burocratismo surge exclusivamente del hecho de que el proletariado conquiste el poder. No es ése el caso. En los Estados capitalistas se observan las formas más monstruosas de burocratismo precisamente en los sindicatos. Basta con ver lo que pasa en Norteamérica, Inglaterra y Alemania. Ámsterdam[12] es la más poderosa organización internacional de la burocracia sindical. Gracias a ella se mantiene en pie toda la estructura del capitalismo, sobre todo en Europa y especialmente en Inglaterra.

Si no fuera por la burocracia sindical, la policía, el ejército, los tribunales, los lores, la monarquía, aparecerían ante los ojos de las masas proletarias como lamentables y ridículos juguetes. La burocracia sindical es la columna vertebral del imperialismo británico.

Gracias a esta burocracia existe la burguesía, no sólo en la metrópolis sino también en la India, en Egipto y en las demás colonias. Seríamos ciegos si les dijéramos a los obreros ingleses: "Tengan cuidado de la conquista del poder y recuerden siempre que sus sindicatos son el antídoto del peligro burocrático". Un marxista les dirá: "La burocracia sindical es el principal instrumento de la opresión del Estado burgués. Hay que arrancar el poder de manos de la burguesía, por lo tanto su principal agente, la burocracia sindical, debe ser derrocado".

Entre paréntesis, es justamente por esto que el bloque de Stalin con los rompehuelgas fue tan criminal. En el ejemplo de Inglaterra se ve claramente lo absurdo de contraponer, como si implicaran principios diferentes, la organización sindical y la organización del Estado. Allí más que en ninguna otra parte el Estado descansa sobre las espaldas de la clase obrera, que constituye una mayoría aplastante de la población del país. Hay un mecanismo por el cual la burocracia se apoya directamente en los obreros y el Estado lo hace indirectamente, por la intermediación de la burocracia sindical.

Hasta ahora no hemos mencionado al Partido Laborista, que en Inglaterra, el país clásico de los sindicatos, no es más que una transposición política de la misma

[12] La llamada Internacional de Ámsterdam era la Federación Internacional Sindical, la rama sindical de la II Internacional. Creada en 1901 se disolvió en 1945.

burocracia sindical. Los mismos líderes conducen los sindicatos, traicionan la huelga general, llevan a cabo la campaña electoral y luego se sientan en los ministerios. El Partido Laborista y los sindicatos no constituyen dos entes: son una mera división técnica del trabajo.

Juntos forman la principal base de sustentación de la burguesía inglesa, a la que no se puede derrocar si no se derroca primero a la burocracia laborista. Y esto no se logra contraponiendo los sindicatos como tales al Estado como tal, sino mediante la activa oposición del Partido Comunista a la burocracia laborista en todos los campos de la vida social: en los sindicatos, en las huelgas, en la campaña electoral, en el parlamento y en el poder. La tarea principal de un verdadero partido del proletariado consiste en ponerse a la cabeza de las masas trabajadoras, organizadas o no en los sindicatos, para arrancar el poder de manos de la burguesía y darles el golpe de gracia a los "peligros del poder estatal"...[13]

---

[13] Monatte respondió: "Trotsky se equivoca sobre *La Révolution Prolétarienne* como sobre el sindicalismo y sobre mí. Pero no pierdo la esperanza de verlo obligado a reconocer algún día que en Francia el verdadero comunismo, es el sindicalismo revolucionario".

MONATTE HA CRUZADO EL RUBICÓN[1]

PRINKIPO, 5 DE DICIEMBRE DE 1930

Ahora ya suena ridículo y fuera de lugar hablar de acción conjunta con la Liga Sindicalista o con el Comité por la Independencia del Sindicalismo. Monatte ha cruzado el Rubicón. Se ha alineado con Dumoulin contra el comunismo, contra la Revolución de Octubre, contra la revolución proletaria en general[2]. Porque Dumoulin pertenece al campo de los enemigos especialmente peligrosos y desleales de la revolución proletaria. Lo ha demostrado en los hechos de la forma más repugnante. Anduvo rondando largo tiempo el ala izquierda, solamente para unirse en el momento decisivo a Jouhaux, al más corrupto y servil agente del capital. La tarea del revolucionario honesto consiste, sobre todo en Francia donde son tan frecuentes las traiciones impunes, en recordar a los obreros las experiencias del pasado, en templar a los jóvenes en la intransigencia, en relatar incansablemente la historia de la traición de la II Internacional y del sindicalismo francés, en desenmascarar el papel vergonzoso desempeñado no sólo por Jouhaux y Cía., sino sobre todo por los sindicalistas de "izquierda" como Merrheim y Dumoulin. Quien no lleve a cabo esta tarea elemental hacia la nueva generación se priva para siempre de la confianza de los revolucionarios. ¿Se puede tener una pizca de estima por los desdentados anarquistas franceses que levantan nuevamente como "antimilitarista" al viejo bufón de Sébastien Faure, que traficaba con frases pacifistas en tiempos de paz para luego arrojarse en brazos de Malvy, es decir, de la Bolsa francesa, en

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 23-25. Publicado en *La Vérité* (periódico de la Liga Comunista, la organización francesa de la Oposición de Izquierda Internacional), 19 de diciembre de 1930. Cotejado y modificado con Léon Trotski, *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, op. cit., pp. 363-369. El Rubicón es un río del nordeste italiano que separaba a Roma de la Galia Cisalpina. Si un general lo cruzaba en armas era considerado causa de guerra civil contra la República de Roma.

[2] Monatte y sus amigos de la Liga Sindicalista habían publicado una declaración: "Por la reconstrucción de la unidad sindical". Firmada por veintidós activistas de la CGT, la CGTU y de sindicatos independientes, entre ellos Georges Dumoulin. Ella afirmaba: "Algunos activistas sindicales [...] han acordado que, después de diez años de lucha fratricida, era necesario poner fin a la división de los sindicatos. Acordaron lanzar la idea de restauración de la unidad sindical en una sola organización central, sobre la base de la Carta de Amiens. En su opinión esto sólo puede realizarse sobre la base de la lucha de clases y la independencia del movimiento sindical, sin ninguna interferencia por parte de partidos políticos, fracciones o sectas, como tampoco de ningún gobierno". (*La Révolution Prolétarienne* Nº 112, 5 de diciembre de 1930).

cuanto empezó la guerra?[3] Quien quiera cubrir con la toga del olvido estos hechos, quien otorgue la amnistía a los traidores políticos, para nosotros será considerado como un traidor irreductible.

Monatte ha cruzado el Rubicón. De aliado incierto pasó primero a ser un adversario dudoso, para convertirse luego directamente en enemigo. Debemos decírselo claramente a los obreros, sin escatimar esfuerzos.

Para los bonachones y también para algunos pícaros que se hacen los bonachones, nuestro juicio puede parecer exagerado e "injusto".

¡Monatte se une a Dumoulin solamente para restablecer la unidad del movimiento "sindical"! ¡Sólo por eso! Ustedes saben que los sindicatos no son un partido ni una "secta". Deben abarcar a toda la clase obrera, a todas sus tendencias. Por lo tanto se puede trabajar en el campo sindical junto a Dumoulin sin responsabilizarse por eso de su pasado o de su futuro. Este tipo de reflexiones conforman una cadena de sofismas baratos con la que les gusta jugar a los sindicalistas y socialistas franceses cuando tratan de tapar algún negocio turbio.

Es obvio que si en Francia existieran sindicatos unificados, los revolucionarios no hubieran abandonado la organización por culpa de la presencia de traidores, tránsfugas y agentes confesos del imperialismo. Los revolucionarios no hubieran tomado la iniciativa de la ruptura. Pero al permanecer en esos sindicatos o al unirse a ellos hubieran dirigido sus esfuerzos a *desenmascarar a los traidores ante las masas*, para desacreditarlos mediante la experiencia práctica de esas masas, para aislarlos, para retirarles la confianza de la que gozaban. Y finalmente, para ayudar a las masas a dejarlos de lado. Esto es lo único que puede justificar la participación de los revolucionarios en los sindicatos reformistas.

Pero Monatte no trabaja junto a Dumoulin dentro de los sindicatos, como muchas veces tuvieron que hacer los bolcheviques con los mencheviques mientras sostenían una batalla sistemática contra ellos. *Monatte se ha unido a Dumoulin como aliado* con una plataforma común, creando una fracción política, o una "secta", para expresarlo en el lenguaje del sindicalismo francés, para emprender luego una cruzada política por la conquista del movimiento sindical. No lucha contra los traidores en el campo sindical, se ha asociado a Dumoulin y lo cobija bajo sus alas, presentándose ante las masas como su tutor. Monatte dice a los obreros que se puede ir de la mano de Dumoulin contra los comunistas, contra la Internacional Sindical Roja, contra la Revolución de Octubre y por lo tanto contra la revolución proletaria en general. Esta es la

[3] Sébastien Faure (1858-1942): Anarquista que había publicado y difundido en enero de 1915 un volante en el que recordando la actitud de K. Liebknecht, llamaba a luchar contra la guerra. Poco después hizo un trato con el ministro del Interior, Malvy, renunciando a la agitación antibélica. Faure publicó un volante con el relato de la entrevista y el compromiso que tomó con el ministro. La versión de Faure fue confirmada por Malvy.

verdad lisa y llana de la que tenemos que hablar muy claramente a los obreros. Antes definimos a Monatte como un *centrista que se inclina a la derecha*. Chambelland[4] intentó transformar esta definición científica totalmente correcta en una broma de mal gusto e incluso de devolvernos la designación de centristas, como si cabeceara una pelota. ¡Ojo que a veces la cabeza se resiente! Sí, Monatte era centrista. Y en su centrismo estaban contenidos todos los elementos de su manifiesto oportunismo actual.

A propósito de la ejecución de los revolucionarios indochinos en la primavera de este año[5], Monatte desarrolló, indirectamente, el siguiente plan de acción: "No entiendo por qué, en estas circunstancias, los partidos y organizaciones que disponen de los medios necesarios no envían diputados y corresponsales a investigar sobre el terreno. ¿No podrían seleccionar una comisión investigadora de entre la docena de diputados comunistas y el centenar de diputados socialistas que se encargue de una campaña capaz de hacer retroceder a los colonialistas y de salvar a los condenados?" (*La Révolution Prolétarienne* Nº 104).

Con reproches altaneros de celador escolar, Monatte aconsejaba a comunistas y socialdemócratas sobre la manera de luchar contra los "colonialistas". Para él socialpatriotas y comunistas eran, hace seis meses, miembros *del mismo bando* que sólo necesitaban seguir los consejos de Monatte para llevar a cabo una política correcta. Ni siquiera se planteaba la duda de cómo podrían luchar los socialpatriotas contra los "colonialistas" cuando son los partidarios y ejecutantes prácticos de la política colonial. ¿Acaso pueden gobernarse las colonias, o sea naciones, tribus, razas, sin fusilar a los rebeldes, a los revolucionarios que tratan de liberarse del infame yugo colonial? Zyromski[6] y sus secuaces no se oponen a presentar cada vez que se les da la ocasión un proyecto de protesta de salón contra la "bestialidad" colonial. Pero esto no les impide pertenecer al partido social-colonialista que embarcó al proletariado francés en una línea chovinista durante la guerra, uno de cuyos fines era preservar y extender las colonias en provecho de la burguesía francesa. Monatte se olvidó de esto. Razonó como si después no hubiera habido grandes hechos revolucionarios en muchos países de Oriente y Occidente, como si las diferentes tendencias no se hubieran puesto a prueba en la acción y clarificado con la experiencia. Hace seis meses, Monatte quería empezar de nuevo. Y en este lapso, otra vez la historia le

---

[4] Maurice Chambelland (1901-1966): En la redacción de *Vie ouvrière* en 1922 y en el Partido Comunista en 1923, miembro de la redacción de *L'Humanité*. Renunció al periódico y al partido en 1924. Miembro del grupo La Révolution Prolétarienne. Fue el ayudante más cercano de Monatte.

[5] Luego de un motín en la guarnición de Yen Bai (Indochina, antigua colonia francesa, actual Vietnam), en febrero de 1930, hubo levantamientos campesinos locales y más tarde huelgas, que culminaron en mayo en las ciudades más importantes. Las represalias del imperialismo francés fueron salvajes, con miles de fusilados, decenas de miles de arrestados y miles de casas incendiadas.

[6] Jean Zyromski (1890-1975): Dirigente del ala izquierda del Partido Socialista Francés en la década del '30. Durante la Segunda Guerra Mundial se unió al Partido Comunista.

jugó una mala pasada. MacDonald[7], el correligionario de los sindicalistas franceses, a quien Louzon dio recientemente algunos consejos incomparables, no envió a la India comisiones investigadoras de liberación sino tropas armadas, y luchó a brazo partido con los indios de una manera más repugnante que lo que lo haría un Curzon[8] cualquiera. Y todos los canallas del sindicalismo británico aprobaron su labor de carnicero. ¿Es esto casual?

En vez de alejarse, bajo la influencia de esta nueva lección, de una "neutralidad" e "independencia" hipócritas, Monatte dio, por el contrario, otro paso más, y esta vez el decisivo, hacia los brazos de los MacDonald y los Thomas[9] franceses. No tenemos nada más que discutir con Monatte. El bloque de los sindicalistas "independientes" con los agentes declarados de la burguesía tiene una gran significación sintomática. A los ojos de los filisteos, parece como si los representantes de cada bando hubieran dado un paso hacia el otro en nombre de la unidad, del cese de la lucha fratricida y de otras frases rosadas. No hay nada más desagradable, más falso, que esta fraseología. En realidad el significado del bloque es otro.

En los diversos círculos de la burocracia obrera y también, en parte, en los propios círculos obreros, Monatte representa a aquellos elementos que quisieron aproximarse a la revolución pero que perdieron sus esperanzas en ella debido a la experiencia de los últimos diez o doce años. ¿No ven que evoluciona hacia rumbos tan complicados y confusos que lleva a conflictos internos, a nuevas divisiones, y que cada paso adelante implica medio paso atrás, y a veces uno entero? Los años de estabilización burguesa, de reflujo de la marea revolucionaria, habían acumulado desánimo, fatiga y tendencias oportunistas en un sector de la clase obrera. Estos sentimientos maduraron recién ahora en el grupo de Monatte y lo llevaron a pasarse definitivamente de bando. Por el camino se encontró con Louis Sellier[10], que tenía sus propias razones, cubiertas de honores municipales, para volverle la espalda a la revolución. Monatte y Sellier partieron juntos. Y les salió al encuentro nada menos que Dumoulin. O sea que cuando Monatte giró de izquierda a derecha, Dumoulin juzgó oportuno hacerlo de derecha a izquierda.

---

[7] James Ramsay MacDonald (1866-1937): Socialista pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Primer ministro de Gran Bretaña en 1924, el primero laborista. En 1931, durante su segundo período como primer ministro, desertó de las filas laboristas para formar un gabinete de "unidad nacional" con el Partido Conservador.

[8] George Nathaniel Curzon, Lord (1859-1925): Conservador. Ministro de Relaciones Exteriores británico de 1919 a 1923. Sirvió como virrey de la India y secretario de Estado de Asuntos Exteriores.

[9] J. H. Thomas (1874-1949): Dirigente sindical británico. Secretario colonial del gobierno del Partido Laborista de 1924. Junto con MacDonald desertó del Partido Laborista en 1931, cuando se le volvió a otorgar la Secretaría Colonial.

[10] Louis Sellier (1885-1978): Secretario general del Partido Comunista Francés luego de la renuncia de Frossard en 1923. Dejó el partido en 1929 y fundó el POP (Parti Ouvrier et Paysan, Partido Obrero y Campesino). Los popistas eran los equivalentes franceses de los brandleristas de Alemania y de los lovestonistas de EEUU.

¿Cómo se explica esto? Es que Monatte, como empirista que es –y los centristas siempre son empiristas, si no no serían centristas–, reflejaba los efectos que le había causado el período de estabilización en un momento en que este período *empezaba a convertirse en otro, mucho menos tranquilo y mucho menos estable*.

La crisis mundial ha tomado proporciones gigantescas y por el momento se sigue acentuando. Nadie puede predecir dónde se detendrá ni qué consecuencias políticas traerá. La situación en Alemania está terriblemente tensa. Las elecciones produjeron graves disturbios, no sólo en las relaciones internas sino también en las internacionales, mostrando nuevamente sobre qué clase de cimientos descansa el edificio de Versalles[11]. La crisis económica ha traspasado las fronteras de Francia, y ahora vemos allí, después de un largo interludio, los comienzos de la desocupación. Durante los años de relativa prosperidad, los obreros franceses sufrieron la política de la burocracia de la Confederación. Durante los años de crisis, puede ser que le recuerden sus traiciones y sus crímenes. Jouhaux no puede menos que sentirse inquieto. Necesita imprescindiblemente un ala izquierda, tal vez más imprescindiblemente que Blum. ¿A qué propósito sirve Dumoulin? No debe creerse que todo esté dispuesto como las notas de un piano y que fue preparado en una conversación. No hace falta. Toda esta gente se conoce bien. Saben de lo que son capaces y especialmente conocen los límites a los que cada cual puede llegar hacia la izquierda sin perjuicio para ellos y sus patrones[12].

Dumoulin se alineó en las filas de Jouhaux como ala izquierda al mismo tiempo que Monatte, que se ha desplazado continuamente hacia la derecha, ha decidido cruzar el Rubicón. Dumoulin debe recuperar al menos un poco su reputación, con la ayuda de Monatte y a expensas suyas. Jouhaux no puede poner objeciones, cuando su propio Dumoulin hace compromisos con Monatte. Así todo está en orden: Monatte rompe con el campo de la izquierda en el preciso momento en que la burocracia confederal necesita cubrir su flanco izquierdo, que estaba desprotegido.

No entramos a analizar los virajes personales de Monatte, que fue en un tiempo nuestro amigo, y menos todavía de Dumoulin, a quien hace tiempo catalogamos como un enemigo irreconciliable. Lo que nos interesa es la importancia *sintomática* de estos reagrupamientos de personas, que reflejan procesos mucho más profundos en las propias masas obreras. Es indudable que ahora se aproxima la radicalización que los alarmistas proclamaban hace dos años. La crisis económica ha llegado a Francia, si bien con cierta demora. No es imposible que se desarrolle más suavemente que en Alemania. Solamente la experiencia lo dirá. Pero es indudable que el estado de pasividad estable

[11] El Tratado de Versalles le fue impuesto a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial por los aliados imperialistas victoriosos, haciéndole pagar importantes indemnizaciones por la guerra.

[12] El que la burocracia confederal mantenga una actitud crítica y expectante hacia Dumoulin, a veces incluso con un matiz de hostilidad, no invalida en lo más mínimo lo antedicho. Los reformistas deben tomar sus medidas de precaución y mantener el ojo puesto sobre Dumoulin, no sea que se deje llevar por los trabajos que le encomendaron y se pase de los límites previstos. (NdLT)

en que se mantuvo la clase obrera francesa en los años de la supuesta "radicalización" dejará paso en poco tiempo a una creciente actividad y a un espíritu de combatividad. Es a este nuevo período al que los revolucionarios deben dirigir su rumbo. En los umbrales de un nuevo período, Monatte reúne a los que están cansados, desilusionados, exhaustos, y los hace pasarse al bando de Jouhaux. ¡Peor para Monatte y mejor para la revolución!

El período que tenemos por delante no es de crecimiento de la falsa neutralidad de los sindicatos sino de reafirmación de las posiciones comunistas en el movimiento obrero. La Oposición de Izquierda enfrenta grandes tareas. Si le esperan éxitos seguros, ¿qué debe hacer para lograrlos? Nada más que *ser fiel a sí misma*.

Pero sobre esto hablaremos la próxima vez.

LOS ERRORES DE LOS ELEMENTOS DERECHISTAS DE LA LIGA COMUNISTA SOBRE LA CUESTIÓN SINDICAL[1]

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES

PRINKIPO, 4 DE ENERO DE 1931

1. Si la estructura teórica de la economía política marxista descansa enteramente sobre la concepción del valor como trabajo materializado, la política revolucionaria marxista descansa enteramente sobre la concepción del *partido* como vanguardia del proletariado. Cualquiera sean los orígenes sociales y las causas políticas de los errores y desviaciones oportunistas, siempre se reducen ideológicamente a una comprensión errónea de lo que es el partido revolucionario y de su relación con otras organizaciones proletarias y con el conjunto de la clase.

2. La concepción del partido como vanguardia proletaria presupone su independencia total e incondicional de toda otra organización. Los diferentes acuerdos (bloques, coaliciones, compromisos) que se realicen con otras organizaciones, inevitables en el curso de la lucha de clases, solamente son admisibles con la condición de que el partido se dirija siempre a la clase obrera, marche bajo su propia bandera, actúe solamente en nombre de él mismo y explique claramente a las masas los fines y los límites que tiene ese acuerdo determinado.

3. En el fondo de todas las oscilaciones y los errores de la dirección de la IC se encuentra una comprensión errónea de la naturaleza del partido y de sus tareas. La teoría stalinista de un partido "de dos clases"[2] contradice el abecé del marxismo. El hecho de que la IC oficial haya tolerado esta teoría durante varios años y que hasta ahora no la haya condenado con la necesaria firmeza es el signo más inconfundible de la falsedad de su doctrina oficial.

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 26-29. Publicado en *La Vérité* N° 71, 16 de enero de 1931. Cotejado y modificado con Léon Trotski, *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, op. cit., pp. 379-390. La Liga Comunista de Francia fue fundada en 1930 como sección francesa de la Oposición de Izquierda Internacional. Los elementos derechistas de la Liga con los que discute Trotsky eran en este caso Gourget y Collinet.

[2] En el período "derechista" que precedió al "tercer período", la IC se había esforzado por construir "partidos obreros y campesinos" en los países coloniales y semicoloniales.

4. El crimen fundamental de la burocracia centrista de la URSS es su posición falsa respecto al partido. La fracción stalinista pretende incluir administrativamente en las filas del partido a toda la clase obrera. El partido deja de ser la vanguardia, o sea la selección voluntaria de los obreros más avanzados, más conscientes, más abnegados y más activos. El partido se funde con la clase tal cual es y pierde su poder de resistencia ante los aparatos burocráticos. Por otra parte los brandleristas y demás parásitos de la burocracia centrista justifican el régimen partidario stalinista mediante una referencia filistea a la "ignorancia" del proletariado ruso, identificando por lo tanto partido y clase, o sea liquidando al partido en teoría, del mismo modo que Stalin lo liquida en la práctica.

5. La base de la política desastrosa de la IC en China fue renunciar a un partido independiente. En cierto período eran inevitables los acuerdos prácticos con el Kuomintang[3]. La entrada del Partido Comunista en el Kuomintang fue un error fatal. El desarrollo de este error se transformó en uno de los mayores crímenes de la historia. El Partido Comunista Chino se creó solamente para transferir su autoridad al Kuomintang. De vanguardia del proletariado, se lo transformó en apéndice de la burguesía.

6. La desastrosa experiencia del Comité anglo-ruso se debe enteramente a que se pisoteó la independencia del Partido Comunista británico. Para que los sindicatos soviéticos pudieran mantener el bloque con los rompehuelgas del Consejo General, según decían, por intereses de Estado de la URSS, debía privar al PC británico de toda independencia. Este resultado se obtuvo a través de la disolución efectiva del partido en el llamado Movimiento de la Minoría, es decir, de la oposición de izquierda en los trade-unions.

7. Desgraciadamente la experiencia del Comité anglo-ruso fue la que menos se entendió, incluso en los grupos de la Oposición de Izquierda. Nuestra exigencia de una ruptura con los rompehuelgas, incluso en nuestras filas, parecía sectaria. Sobre todo para Monatte, fue en la cuestión del Comité anglo-ruso donde se manifestó más claramente el pecado original que lo arrojó a los brazos de Dumoulin. Esto tiene una importancia enorme: si no se comprende claramente lo que pasó en Inglaterra en 1925-26, ni el comunismo de conjunto ni la Oposición de Izquierda podrán abrirse paso hacia una perspectiva más amplia.

[3] El Kuomintang era el partido nacionalista burgués fundado por Sun Yat-sen, líder de la Primera Revolución China (1911). En la Segunda Revolución China (1925-27), la línea de Stalin obligó a los comunistas chinos a disolver su partido para entrar al Kuomintang, bajo la dirección de Chiang Kai-shek, al que se admitió en la IC como partido simpatizante en 1926. Después de haber usado al Kuomintang para limitar y frenar la revolución, Chiang Kai-shek pudo, en marzo de 1927, lanzar una de las peores masacres de la historia moderna contra los obreros y campesinos comunistas y revolucionarios.

8. Stalin, Bujarin, Zinoviev[4] –que en este asunto eran solidarios, al menos al principio– intentaron remplazar al débil PC británico por una "corriente más amplia", que no estuviera encabezada por miembros del partido sino por "amigos", casi comunistas, en todo caso buenos compañeros y conocidos.

Por supuesto que los buenos compañeros, los "dirigentes de peso", no querían someterse a la dirección de un PC débil, pequeño. Estaban en todo su derecho. El partido no puede obligar a nadie a someterse a él. Los acuerdos entre los comunistas y los "izquierdistas" (Purcell, Hicks, Cook[5]) sobre la base de tareas particulares del movimiento sindical, eran posibles, y en ciertos casos esenciales. Pero con una condición: que el Partido mantuviera su total independencia, incluso dentro de los sindicatos; actuara en su propio nombre en las cuestiones de principio; criticara a sus aliados "izquierdistas" siempre que fuera necesario, y ganara, paso a paso, la confianza de las masas.

Pero este camino, que era el único posible, les parecía muy largo e incierto a los burócratas de la IC.

Consideraban que por medio de su influencia personal sobre Purcell, Hicks, Cook y demás (charlas de pasillo, correspondencia, banquetes, palmaditas amistosas, exhortaciones amables), podrían llevar a la oposición izquierdista, "la corriente amplia", lenta e imperceptiblemente a la cama de la IC. Para garantizar el éxito con mayor seguridad no se debía fastidiar, exasperar o molestar a los queridos amigos con chicanas, críticas inoportunas, intransigencias sectarias y demás. Pero como una de las tareas del Partido Comunista es precisamente la de alarmar y quitar el sueño a los centristas y semicentristas, tenía que tomarse una medida radical, subordinando el Partido Comunista al Movimiento de la Minoría.

En el campo sindical aparecían solamente los líderes de este movimiento. El Partido Comunista británico había dejado prácticamente de existir para las masas.

9. ¿Qué exigió la Oposición de Izquierda rusa al respecto? En primer lugar que se restableciera la total independencia del Partido Comunista británico respecto a los sindicatos. Afirmamos que solamente mediante la influencia de las consignas independientes del partido y de su crítica abierta, el Movimiento de la Minoría podría tomar forma, precisar mejor sus tareas, cambiar de dirección y fortificarse en los sindicatos, al mismo tiempo que se consolidaba la posición del comunismo.

---

[4] Grigori Zinoviev (1883-1936): Dirigente bolchevique, presidió la IC desde 1919 hasta 1926. Luego de formar la "troika" con Stalin y Kamenev en 1924, que realizó numerosas acusaciones contra Trotsky. Luego se autocriticó y se unió a Trotsky en la Oposición Unificada. Aunque rompió con ella al poco tiempo, fue condenado y fusilado en el primer Juicio de Moscú.

[5] Purcell, Hicks, Cook eran funcionarios sindicales de "izquierda" de Gran Bretaña. A. A. Purcell y George Hicks estaban en el Consejo General del Congreso Sindical. A. J. Cook era secretario de la Federación minera.

¿Qué contestaron Stalin, Bujarin, Lozovski y Cía.[6] a nuestras críticas? "Uds. quieren llevar al Partido Comunista británico por la senda del sectarismo. Quieren empujar a Purcell, Hicks y Cook al campo enemigo. Quieren romper con el Movimiento de la Minoría".

¿Qué respondió la Oposición de Izquierda? "Si Purcell y Hicks rompen con nosotros, no porque exijamos que se transformen inmediatamente en comunistas –nadie pretende tal cosa– sino porque nosotros queremos seguir siendo comunistas, eso significa que Purcell y Cía. no son amigos sino enemigos disfrazados. Cuanto más rápido revelen su verdadera naturaleza, mejor para las masas. No queremos para nada romper con el Movimiento de la Minoría. Al contrario, queremos prestarle la máxima atención. El más pequeño paso adelante que se dé con las masas o con parte de las masas vale más que una docena de programas abstractos de círculos de intelectuales, pero el prestarles atención a las masas no tiene nada que ver con la capitulación ante sus líderes o semilíderes temporales. Las masas necesitan una orientación y consignas correctas. Esto excluye toda conciliación teórica y toda protección a confusionistas que exploten la ignorancia de las masas".

10. ¿Cuáles fueron los resultados de la experiencia británica de Stalin? El Movimiento de la Minoría, que reunía a casi un millón de obreros, parecía prometedor, pero llevaba en sí mismo el germen de su propia destrucción. Las masas conocían como líderes del movimiento solamente a Purcell, Hicks y Cook, a quienes, por otra parte, avalaba Moscú. Estos amigos "izquierdistas" traicionaron al proletariado a la primera prueba seria. Los obreros revolucionarios quedaron confundidos, sumidos en la apatía, y naturalmente extendieron su desilusión al propio Partido Comunista, que no había sido más que una pieza pasiva de todo ese mecanismo de traición. El Movimiento de la Minoría quedó reducido a la nada, y el Partido Comunista regresó al estado de secta impotente. Así, gracias a una concepción radicalmente falsa del partido, el mayor movimiento del proletariado inglés, que había llevado a la huelga general, no sólo no sacudió al aparato de la burocracia reaccionaria sino que, por el contrario, lo reforzó y comprometió por largo tiempo el futuro del comunismo en Gran Bretaña.

11. Uno de los orígenes psicológicos del oportunismo es una especie de impaciencia superficial, una falta de confianza en el crecimiento gradual de la influencia del partido, el deseo de ganar a las masas mediante maniobras organizativas o mediante la diplomacia personal. De ahí surge la política de los acuerdos de pasillo, la política del silencio, del encubrimiento, del renunciamiento a sí mismo, del adaptarse a consignas ajenas, y finalmente el pasarse totalmente a las posiciones del oportunismo.

[6] Solomon A. Lozovski (1878-1952): Como dirigente máximo de la Internacional Sindical Roja (Profintern) fue responsable de la política sindical de Stalin. Durante una campaña antisemita fue arrestado y fusilado por órdenes de Stalin.

La subordinación del Partido Comunista al Kuomintang en China, la creación de partidos obreros y campesinos en la India, la subordinación del partido británico al Movimiento de la Minoría, etc., son todos fenómenos en que vemos la misma combinación burocrática de métodos que comienza con una impaciencia revolucionaria superficial y termina en una traición oportunista[7]. Es precisamente por esto que en los últimos años insistimos constantemente en la enorme importancia educativa que tienen los ejemplos antes citados de la estrategia de la IC. Se los debería estudiar y compararlos con cada nueva experiencia, no sólo para condenar los errores y crímenes históricos cuando ya se consumaron sino para aprender a detectar errores similares en una situación nueva desde el comienzo, mientras todavía es posible corregirlos.

12. Hay que decirlo claramente: los errores de algunos oposicionistas franceses, miembros de la Liga, en la cuestión sindical muestran signos alarmantes de semejanza con la lamentable experiencia británica. Solamente que los errores franceses son de menor escala, y no se desarrollaron sobre la base de un movimiento de masas. Eso permite que ciertos camaradas los pasen por alto o subestimen su importancia principista. Sin embargo, si la Liga deja que en el futuro su trabajo sindical se lleve a cabo así, con los métodos formulados por la mayoría de su antigua dirección, las ideas y las banderas de la Oposición de Izquierda quedarán comprometidas en Francia por mucho tiempo.

Hubiera sido criminal cerrar los ojos ante esto. No habiendo tenido éxito en el intento de rectificar estos errores en su etapa inicial por medio de advertencias y consejos privados, sólo nos queda denunciar los errores y a sus autores públicamente, para poder rectificar la política por medio del esfuerzo colectivo.

13. En efecto, a partir de abril de 1930 la Liga abandonó el trabajo independiente en los sindicatos en provecho de la Oposición Unitaria [OU], que, a su vez, intenta tener su propia plataforma, dirección y política[8]. Dentro de estos límites, tenemos

---

[7] Los camaradas dirigentes de los EEUU nos informan que en la Liga Norteamericana algunos camaradas –seguramente sólo a título individual– están a favor del bloque con los lovestonistas [Los lovestonistas eran partidarios de Jay Lovestone, dirigente del Partido Comunista de los Estados Unidos que llevó a cabo la expulsión de los trotskistas en 1928. Stalin lo depuso sumariamente en 1929, como parte de la purga internacional de la Oposición de Derecha encabezada por Bujarin. Los lovestonistas se mantuvieren como organización independiente hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desbandaron. Lovestone se convirtió en experto anticomunista de la burocracia sindical y en "eminencia gris" de la política exterior ultraderechista del presidente de la AFL-CIO George Neany], en nombre del trabajo de masas. Es difícil imaginar un proyecto más ridículo, más inadecuado, más estéril que éste. ¿Conoce esta gente por lo menos algo de la historia del Partido Bolchevique? ¿Han leído las obras de Lenin? ¿Conocen la correspondencia de Marx y Engels? Afortunadamente, la gran mayoría de la Liga Norteamericana no tiene nada en común con estas ideas. (NdLT)

[8] "Dommanget [un sindicalista antistalinista que había dirigido la Federación Docente], junto a Alfred Rosmer había fundado la Oposición Unitaria dentro de la CGTU en 1930. Trotsky, sin embargo, desde 1931, reprochaba a los líderes de la 'mayoría federal' cierta confusión política. Mientras

una notoria analogía con la experiencia del Movimiento de la Minoría en Inglaterra. Pero es importante destacar que hay ciertas características de las condiciones francesas que hacen, ya desde un comienzo, más peligroso esta experiencia. En Inglaterra el Movimiento de la Minoría estaba de conjunto *más a la izquierda* que la dirección oficial de los sindicatos. ¿Puede decirse lo mismo de la OU? No. En sus filas hay elementos que tienden obviamente a la Oposición de Derecha, o sea al reformismo. Todavía no tenemos claro cuál es su peso relativo.

La fuerza principal de la OU es la Federación Docente. En Francia los docentes jugaron siempre un papel importante en el socialismo, en el sindicalismo y en el comunismo. Entre ellos encontraremos seguramente muchos amigos. Pero sin embargo no se trata de una federación obrera. Debido a su composición social, la Federación Docente puede proveer muy buenos agitadores, periodistas y revolucionarios en el plano individual, pero no puede convertirse en la base de un movimiento sindical. Todos sus documentos revelan escasa claridad de pensamiento político. El Congreso de Marsella de la Federación demostró que sus miembros oscilan en un triángulo entre la línea oficial, la Oposición de Izquierda y la Oposición de Derecha. Le prestaríamos un flaco servicio a la Federación, y también al conjunto del movimiento obrero, si ocultáramos sus errores, sus vacilaciones, su falta de precisión. Desgraciadamente ésta era la política de la redacción de *La Vérité* [9] (una política de silencio) hasta hace pocos días. Y no es casual.

14. Pero, ¿es que quieren romper con la OU? El que plantee esta cuestión así está diciendo que los comunistas como comunistas no pueden participar del trabajo de la OU. Si éste fuera el caso, significaría simplemente que la OU era una organización de enemigos encubiertos del comunismo. Por suerte no es así. La OU, de conjunto, no es ni comunista ni anticomunista, porque es *heterogénea*. En nuestra actividad práctica debemos tener en cuenta esta heterogeneidad. Debemos prestarles la máxima atención a los grupos que evolucionan hacia el marxismo. Pero con una condición: que cuando aparezcamos ante los obreros en los sindicatos actuemos en nombre de la Liga Comunista sin admitir ninguna censura de nuestros actos que no sea la de la propia Liga (o la de todo el partido cuando se restablezca la unidad de las filas comunistas).

15. En las filas de la OU hay sin duda elementos que simpatizan con la Oposición de Izquierda sin ser miembros de la Liga: debe reunírselos bajo nuestras banderas. Hay elementos indefinidos, que tratan con todas sus fuerzas de permanecer así,

---

los apoyaban contra la minoría de inspiración stalinista (la Oposición Minoritaria Revolucionaria), los bolcheviques leninistas no dudaron en calificar a esta mayoría federal como un 'bloque centrista'". (Pierre Broué, "La actividad clandestina de Trotsky en Domène", Lyons, *Cahiers d'Histoire*, 1967)

[9] En *La Vérité* N° 34 del 1° de mayo de 1930 apareció el "Manifiesto de la Federación Unitaria Docente por una oposición unitaria". Esta iniciativa fue tomada luego de discusiones entre Dommanget y Rosmer.

transformando esto en una plataforma. Con ellos podemos hacer arreglos tácticos sobre bases definidas, manteniendo una total libertad de crítica mutua. También hay, indudablemente, elementos ajenos, que se encuentran allí accidentalmente o que entraron como agentes de reclutamiento del reformismo. Utilizan la falta de claridad para lograr la descomposición de la OU. Cuanto más rápido se los descubra y se los elimine, mejor será para la causa.

16. ¿Pero no estamos a favor de colaborar con todos los obreros en los sindicatos, sin tener en cuenta sus posiciones políticas y filosóficas? Claro que sí, pero la OU no es una organización sindical: es una fracción política que tiene por objeto trabajar sobre el movimiento sindical. Dejemos para Monatte y sus amigos los popistas el actuar disfrazados. Los revolucionarios actuamos abiertamente ante los obreros. En la OU podemos trabajar solamente con los que marchan a nuestro lado, en la misma dirección, aun cuando no sigan hasta el final de la ruta.

17. Ciertos camaradas insisten sobre todo en que los comunistas deben pelear por su influencia en los sindicatos con ideas y no por medios materiales. Generalmente se convierte este planteo, que puede parecer irrebatible, en un lugar común carente de significado. La burocracia centrista también declara con frecuencia, y con bastante sinceridad, que su tarea es influir con ideas y no ejercer una presión material... Toda la cuestión se reduce a fin de cuentas a la orientación política y económica, a las consignas y al programa de acción. Si la orientación es correcta, si las consignas corresponden a las necesidades del momento, las masas de los sindicatos no se sienten "forzadas". En cambio si la orientación es errónea, si se proclama una política de ascenso revolucionario en un momento de reflujo político y viceversa, es inevitable que las masas lo tomen como una violencia que se está ejerciendo sobre ellas. Por lo tanto la cuestión se reduce a si las premisas teóricas de la Oposición de Izquierda son lo suficientemente serias y profundas, si sus cuadros están preparados para evaluar correctamente la situación y para plantear las consignas que corresponden. Todo esto se debe comprobar en la práctica. Es inadmisible entonces que silenciemos o subestimemos las faltas y los errores de nuestros aliados temporales así como los nuestros.

18. Por increíble que parezca, ciertos miembros de la Liga protestan contra la intención oculta, que sería la nuestra, de subordinar la OU a la Liga. Se basan, sin darse cuenta, en el mismo argumento lamentable que usa Monatte contra todo el comunismo. Significa en la práctica que algunos camaradas que trabajan en los sindicatos quieren *para sí mismos* una total independencia de la Liga. Creen que mediante sus maniobras, sus consejos y su habilidad personal lograrán resultados que no puede obtener la Liga mediante su trabajo colectivo. Otros camaradas, que querrían tener la misma independencia en la prensa, aplauden estas tendencias.

Se plantea entonces la siguiente duda: ¿por qué entraron estos camaradas en la Liga si no tienen confianza en ella?

19. ¿Qué se plantea, en realidad, con la "subordinación" de la OU? La pregunta misma es falsa. A la Liga sólo están subordinados sus miembros. Siendo que la mayoría de la OU no está en la Liga, se trata de una cuestión de compromisos, de persuasión o de frente común, y no por cierto, de subordinación. En realidad los que se oponen a la supuesta subordinación de la OU a la Liga están exigiendo en los hechos una subordinación de la Liga a la OU. Precisamente ésa es la situación hasta ahora. En su trabajo sindical, o sea en el más importante, la Liga está subordinada a la OU, en provecho de la cual ha renunciado a toda independencia. Los marxistas no pueden ni deben tolerar una política semejante. Ni un día más.

20. Algunos camaradas de la dirección, que hasta ayer llevaron obstinadamente a cabo una política de capitulación, declaran hoy estar "totalmente de acuerdo" con la necesidad de transformar la OU en un bloque. En realidad quieren limitarse a un cambio de nombre. Cuanto más rápido "acuerdan" con la crítica marxista, más se empeñan en realidad en una lucha por mantener todo como estaba. Simplemente quieren utilizar la fraseología de la crítica marxista para disimular la vieja política. Estos métodos no son nuevos, pero la antigüedad no los hace más atractivos. El veneno de la duplicidad y la falsedad corrompería por largo tiempo, si no para siempre, a una organización revolucionaria si ésta se permitiera ocultar una política oportunista tras una máscara de fraseología revolucionaria. Esperamos firmemente que la Liga no lo permita.

LA CUESTIÓN DE LA UNIDAD SINDICAL[1]

25 DE MARZO DE 1931

La cuestión de la unidad de las organizaciones obreras no tiene una solución simple, adecuada para todas las formas organizativas y para todas las situaciones

Respecto al partido, la cuestión se resuelve más categóricamente. Su independencia total es la condición elemental para la acción revolucionaria. Pero este principio tampoco da de antemano una respuesta prefabricada para todos los casos: ¿Cuándo y bajo qué condiciones debe producirse una ruptura o, por el contrario, una unificación con una corriente cercana? Estas cuestiones se resuelven en cada caso sobre la base de un análisis concreto de las tendencias y de las condiciones políticas. El criterio principal por el que guiarse sigue siendo siempre la necesidad de que la vanguardia del proletariado organizado, el partido, preserve su total independencia y autonomía sobre la base de un claro programa de acción.

Pero precisamente esa solución del asunto en lo que hace al partido generalmente admite y, lo que es más, hace indispensable adoptar una actitud muy diferente respecto al problema de la unidad de otras organizaciones de masas de la clase obrera: sindicatos, cooperativas, soviets. Cada una de estas organizaciones tiene sus propias tareas y métodos de trabajo, que son independientes dentro de ciertos límites. Para el Partido Comunista todas estas organizaciones son, sobre todo, un campo propicio para la educación revolucionaria de amplios sectores obreros y para el reclutamiento de los obreros más avanzados. Cuantas más amplias masas abarque una organización determinada, mayores son las posibilidades que ofrece a la vanguardia revolucionaria. Es por esto que, por regla general, no es el ala comunista sino la reformista la que toma la iniciativa de dividir las organizaciones de masas.

Basta con comparar la conducta de los bolcheviques en 1917 con la de los sindicatos ingleses en los últimos años. Los bolcheviques no sólo permanecieron en los mismos sindicatos con los mencheviques, sino que en algunos toleraron una dirección menchevique aun después de la Revolución de Octubre, aunque los bolcheviques tenían una mayoría aplastante en los soviets. En cambio los sindicatos británicos,

---

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 30-34. Fechado el 25 de marzo de 1931. Cotejado y modificado según la versión francesa de www.marxists.org donde aparece bajo el título “El partido, los sindicatos y el problema de la unidad obrera” y cuya publicación fue realizada en *La Vérité*, el 7 de abril de 1931.

por iniciativa de los laboristas, no sólo echan a los comunistas del Partido Laborista sino que también, cuando les es posible, de los sindicatos.

En Francia la división de los sindicatos también fue fruto de la iniciativa de los reformistas, y no es casual que la organización sindical revolucionaria, obligada a llevar una existencia independiente, ha adoptado el nombre de unitaria. ¿Entonces exigimos que los comunistas abandonen ahora las filas de la CGT? En absoluto. Al contrario, hay que fortalecer el ala revolucionaria dentro de la confederación de Jouhaux (CGT). Con esto demostramos que para nosotros la división de la organización sindical no es en ningún caso una cuestión de principios. Todas las principistas objeciones ultraizquierdistas que se pueden formular contra la unidad sindical se aplican en primer lugar a la participación de los comunistas en la CGT. Sin embargo, todo revolucionario que no haya perdido contacto con la realidad debe reconocer que la creación de fracciones comunistas en los sindicatos reformistas es una tarea de tremenda importancia.

Una de las tareas de esas fracciones debe ser la defensa de la CGTU ante los miembros de los sindicatos reformistas. Esto no se puede lograr más que mostrando que los comunistas no quieren que se dividan los sindicatos sino que, por el contrario, están dispuestos en todo momento a restablecer la unidad sindical.

Si se creyera por un instante que el deber de contraponer una política revolucionaria a la de los reformistas impone a los comunistas la división de los sindicatos, no habría que limitarse solamente a Francia: se debería exigir que los comunistas rompieran, sin tener en cuenta la relación de fuerzas, con los sindicatos reformistas y formaran sus propios sindicatos en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, etcétera. En ciertos países, los partidos comunistas han adoptado concretamente esta línea. Hay casos específicos en los que los reformistas no dejan realmente otra posibilidad. En otros, los comunistas cometen evidentemente un error al responder a las provocaciones de los reformistas. Pero hasta ahora nunca y en ningún lado los comunistas provocaron una división por no admitir de antemano el trabajo junto a los reformistas en las organizaciones de las masas proletarias.

Sin detenernos en las cooperativas, experiencias que no agregan nada a lo antedicho, tomaremos como ejemplo a los soviets. Estos surgen en los momentos más revolucionarios, cuando los problemas se plantean con la máxima agudeza.

¿Puede alguien imaginarse, siquiera por un momento, la creación de soviets comunistas como contrapeso de los soviets socialdemócratas? Sería liquidar la idea misma de soviets. A comienzos de 1917 los bolcheviques eran una minoría insignificante dentro de los soviets. Durante meses (y en una etapa en que los meses valían por años, sino por décadas) toleraron una mayoría conciliacionista en los soviets, incluso cuando ya representaban una abrumadora mayoría en los comités de fábrica. Finalmente, aun después de la conquista del poder, toleraron a los mencheviques dentro de los soviets mientras éstos representaban a un sector de

la clase obrera. En el momento en que los mencheviques se habían comprometido y aislado totalmente, transformándose en una camarilla, los soviets los expulsaron. En España la consigna de soviets puede estar prácticamente a la orden del día en un futuro cercano. La creación misma de esos soviets (Juntas), suponiendo que haya una iniciativa enérgica y fuerte de los comunistas, no puede concebirse sino mediante un acuerdo técnico-organizativo con los sindicatos y con los socialistas sobre el método y los plazos para la elección de los representantes obreros.

Plantear en esas condiciones que es inadmisible trabajar con los reformistas en las organizaciones de masas sería una de las formas más desastrosas de sectarismo.

¿Cómo puede conciliarse entonces una actitud así de nuestra parte hacia las organizaciones proletarias dirigidas por los reformistas con nuestra caracterización del reformismo como ala izquierda de la burguesía imperialista? Esta no es una contradicción formal sino dialéctica, o sea que surge de la propia dinámica de la lucha de clases. Una parte considerable de la clase obrera (en muchos países la mayoría) rechaza nuestra caracterización del reformismo. En otros ni siquiera se ha planteado la cuestión. El problema consiste precisamente en llevar a las masas a conclusiones revolucionarias sobre la base de nuestras experiencias comunes con ellas.

Decimos a los obreros no comunistas o anticomunistas: "Hoy todavía Uds. confían en los dirigentes reformistas a los que nosotros consideramos traidores. No podemos ni queremos imponerles nuestro punto de vista por la fuerza. Queremos convencerlos. Intentemos entonces luchar juntos y examinemos los métodos y los resultados de esas luchas. Esto quiere decir: total libertad para formar grupos dentro de los sindicatos unificados en que la disciplina sindical existe para todos". No puede proponerse ninguna otra posición de principios.

* * *

Actualmente el Comité Ejecutivo de la Liga Comunista (primera Oposición de Izquierda de Francia) está poniendo correctamente en primer lugar la cuestión del frente único. Es la única forma de impedir que los reformistas, y sobre todo sus agentes del ala izquierda, los monattistas, contrapongan la consigna formal de unidad a las tareas prácticas de la lucha de clases. Vassart[2], como contrapeso a la estéril línea oficial, ha planteado la idea de frente único con las organizaciones sindicales locales. Es correcta la forma de plantear la cuestión, en el sentido de que en casos de huelgas locales lo primero que hay que hacer es trabajar con los sindicatos locales y con las federaciones correspondientes. También es cierto que los estratos más bajos del aparato reformista son más sensibles a la presión de los obreros. Pero

[2] Albert Vassart (1898-1958): Uno de los dirigentes del Partido Comunista en los sindicatos rojos que, habiendo sido ardiente ultraizquierdista durante el "tercer período", impugnó la política del PC. En sus polémicas, los dirigentes del PC tachaban a veces las posiciones de Vassart de "semitrotskistas".

sería erróneo hacer cualquier tipo de diferencia de principios entre los acuerdos con los oportunistas locales y los que se puedan hacer con sus jefes.

Depende de las condiciones que se den, de la fuerza de la presión que ejerzan las masas y del carácter de las tareas que estén a la orden del día.

Queda claro que para luchar en cada caso específico no vamos a poner como condición indispensable y previa el acuerdo con los reformistas, local o centralizado. No nos guiamos por los reformistas sino por las circunstancias objetivas y por el estado de ánimo de las masas. Lo mismo se aplica al carácter de las reivindicaciones que se plantean. Sería fatal comprometernos de antemano a aceptar el frente único con las condiciones de los reformistas, o sea sobre la base de reivindicaciones mínimas. Las masas obreras no saldrán a la lucha por reivindicaciones que les parezcan fantásticas. Pero, por otra parte, si se limitan de antemano las exigencias, los obreros pueden decirse: "No vale la pena".

La tarea no consiste en proponerles formalmente siempre el frente único a los reformistas, sino en imponerles en cada caso las condiciones que correspondan lo mejor posible a la situación. Esto requiere una estrategia activa y flexible. En todo caso, no hay duda de que sólo precisamente de este modo podrá la CGTU mitigar las consecuencias de la división de las masas en dos organizaciones sindicales, hacer recaer la responsabilidad de la división sobre quienes corresponde y plantear sus posiciones de lucha.

La particularidad de la situación francesa reside en el hecho de que durante muchos años existieron dos centrales obreras separadas. Ante el reflujo del movimiento en los últimos años, la gente se acostumbró a la división. Muchas veces hasta la han olvidado. Sin embargo puede preverse que la reanimación en las filas de la clase reactualizará inevitablemente la consigna de unidad de las organizaciones sindicales. Si se considera que más del noventa por ciento del proletariado francés está fuera de los sindicatos se hace evidente que al acentuarse la reanimación crecerá la presión de los no organizados. La consigna de unidad no es más que una de las primeras consecuencias de esa presión. Si se tiene una política correcta esta presión actuará en favor del Partido Comunista y de la CGTU. Dado que una política activa de frente único es el método de principio para el próximo período de la estrategia sindical de los comunistas franceses, sería un error garrafal contraponerla a la de unidad de las organizaciones sindicales.

Es indudable que la unidad de la clase obrera sólo puede realizarse sobre bases revolucionarias. La política de frente único es uno de los medios para liberar a los obreros de la influencia reformista e incluso, en última instancia, de avanzar hacia la genuina unidad de la clase obrera. Debemos explicar constantemente esta verdad marxista a los obreros de vanguardia. Pero una perspectiva histórica, por correcta que sea, no puede remplazar la experiencia viva de las masas. El partido es la vanguardia pero en su accionar, especialmente en su accionar sindical, debe ser capaz de volcarse sobre la retaguardia.

Concretamente debe demostrarles a los obreros –una, dos, diez veces si es necesario– que está dispuesto en todo momento a ayudarlos a reconstruir la unidad de las organizaciones sindicales. Y en este aspecto somos fieles a los principios esenciales de la estrategia marxista: la combinación de la lucha por reformas con la lucha por la revolución.

¿Cuál es ahora la actitud de las dos Confederaciones hacia la unidad? Al conjunto de los obreros puede parecerles idéntica. En realidad el sector burocrático de ambas organizaciones ha declarado que la unificación sólo puede concebirse "desde abajo" y sobre la base de los principios de cada una de ellas. Amparándose en la consigna de unidad por abajo, que tomó prestada de la CGTU, la Confederación reformista explota la poca memoria de la clase obrera y la ignorancia de la joven generación que no conoce el accionar divisionista de Jouhaux, Dumoulin y Cía. Al mismo tiempo los monattistas ayudan a Jouhaux al remplazar la actividad combativa del movimiento obrero por la consigna aislada de unidad sindical. Como honestos integrantes palaciegos, dirigen todos sus esfuerzos contra la CGTU para sacarle el mayor número posible de sindicatos, nuclearlos a su alrededor y entrar entonces en negociaciones con los reformistas en pie de igualdad.

Por lo que puedo juzgar desde aquí, en base al material que tengo, Vassart se ha pronunciado en favor de que los propios comunistas planteen la consigna de un congreso unificador de ambas confederaciones sindicales. Su propuesta fue rechazada categóricamente. En cuanto al autor, lo acusaron de pasarse a las posiciones de Monatte. No puedo pronunciarme sobre esta discusión por falta de datos, pero considero que los comunistas franceses no tienen ningún motivo para abandonar la consigna de congreso de fusión. Todo lo contrario.

Los monattistas dicen: "Ambos son rupturistas. Somos los únicos que estamos por la unidad. Obreros, apóyennos".

Los reformistas responden: "Nosotros estamos por la unidad por abajo". Es decir que "nosotros" permitiremos a los obreros que vuelvan a entrar a nuestra organización. ¿Qué debe decir a esto la Confederación revolucionaria? "No por nada nos llamamos Confederación unitaria. Estamos dispuestos a llevar a cabo hoy mismo la unificación de las organizaciones sindicales. Pero para lograrlo los obreros no necesitan de intrigantes palaciegos que no tienen el respaldo de ninguna organización sindical y que se alimentan de divisiones como gusanos en una herida infectada. Proponemos que se prepare y se especifique el plazo de realización de un congreso de fusión sobre la base de la democracia sindical".

Esta forma de plantear la cuestión les quitará inmediatamente su base de sustentación a los monattistas, que son un grupo político totalmente estéril pero que puede sembrar gran confusión en las filas del proletariado. ¿No nos costará muy cara esta liquidación del grupo de los palaciegos? Podría objetarse que en caso de

que los reformistas aceptaran un congreso de unificación, los comunistas podrían quedar en minoría y la CGTU tendría que ceder paso a la CGT.

Semejante planteamiento sólo puede resultar convincente para un burócrata sindical de izquierda que lucha por su "independencia" perdiendo de vista las tareas y las perspectivas del conjunto del movimiento obrero. La unidad de las dos organizaciones sindicales, aun cuando el ala revolucionaria permaneciera en minoría por un tiempo, pronto demostraría ser favorable al comunismo, y solamente al comunismo. La unificación de las confederaciones atraería a un gran flujo de miembros nuevos. Con esto la influencia de la crisis se reflejaría más profunda y decisivamente en los sindicatos. Aprovechando esta nueva oleada el ala izquierda podría comenzar una batalla decisiva para conquistar la confederación unitaria. Solamente los sectarios o los funcionarios pueden preferir una mayoría segura en una confederación sindical pequeña y aislada en vez de un trabajo de oposición en una organización amplia y realmente masiva; nunca los revolucionarios proletarios.

Para un marxista que piensa es bastante evidente que una de las razones que contribuyeron a los monstruosos errores de la dirección de la CGTU proviene de la situación planteada. Gente como Monmousseau, Semard[3] y otros, sin preparación teórica ni experiencia revolucionaria, se autoproclamaron inmediatamente "dueños" de una organización independiente y tuvieron por lo tanto la posibilidad de experimentar con ella bajo las órdenes de Lozovski, Manuilski y Cía.[4]. Es indudable que si los reformistas no hubieran provocado en determinado momento la ruptura de la Confederación, Monmousseau y Cía. habrían tenido que contar con masas más amplias. Este solo hecho hubiera disciplinado su aventurerismo burocrático. Por eso las ventajas de la unidad hubieran sido inmensamente mayores que las desventajas. Si el ala revolucionaria permaneciera uno o dos años en minoría dentro de una confederación unificada que reuniera cerca de un millón de obreros, esos dos años serían indudablemente mucho más fructíferos para la educación no sólo de los sindicalistas comunistas sino de todo el partido que cinco años de zig-zags "independientes" en una CGTU cada vez más débil.

Son los reformistas y no nosotros los que pueden temer la unidad sindical. Si aceptan un congreso unificado (no en las palabras sino en los hechos) estarán dadas las condiciones para sacar al movimiento sindical francés de su callejón sin salida.

Precisamente por esto los reformistas no lo consentirán.

Las condiciones de la crisis están creando grandes dificultades a los reformistas, principalmente en el campo sindical. Por eso les es tan imprescindible cubrirse el flanco izquierdo, y los intrigantes palaciegos de la unidad se les ofrecen como escudo.

[3] Pierre Semard (1887-1942): Secretario general de la Federación de los ferroviarios y secretario general del PCF entre 1924-28.

[4] Dimitri Manuilski (1883-1959): Encabezó la IC de 1929 a 1934, o sea durante la época del "tercer período".

Ahora una de las tareas más importantes e indispensables es desenmascarar el trabajo divisionista de los reformistas y el parasitismo de los monattistas. La consigna de congreso de unificación contribuye en mucho a su solución. Cuando los monattistas hablan de unidad usan esta consigna contra los comunistas. Si la propia CGTU propone una vía para la unidad, asestará un golpe mortal a los monattistas y debilitará a los reformistas. ¿Está claro? Es cierto que sabemos de antemano que, debido a la resistencia de los reformistas, la consigna de unidad no dará ahora los resultados que se obtendrían en caso de una verdadera unidad de las organizaciones sindicales. Pero se logrará indudablemente un resultado más limitado, siempre que los comunistas sigan una política correcta. Las grandes masas obreras verán quién está realmente por la unidad y quién está en contra, y se convencerán de que no son necesarios los servicios de los palaciegos. No hay duda de que los monattistas terminarán reducidos a la nada, la CGTU fortalecida y la CGT debilitada y más inestable.

Planteadas así las cosas, ¿no equivale esto a una maniobra más que a lograr una unidad efectiva? Esta objeción no nos asusta. Así es como los reformistas caracterizan especialmente nuestra política de frente único: como ellos no quieren dar la batalla declaran que nuestro objetivo es hacer maniobras. Hacer de antemano diferencias entre la política de frente único y la de fusión de las organizaciones sindicales sería totalmente erróneo. Mientras los comunistas mantengan la total independencia de su partido, de su fracción en los sindicatos, de toda su política, la fusión de las confederaciones no es más que una forma de la política de frente único. Una forma más amplia. Al rechazar nuestra propuesta, los reformistas la transforman en una "maniobra". Pero es una "maniobra" legítima e indispensable de nuestra parte: con maniobras así se educa a las masas obreras.

El Comité Ejecutivo de la Liga Comunista, repetimos, tiene toda la razón cuando insiste con que la unidad de acción no puede darse hasta que no se logre la unificación de las organizaciones sindicales. Tal como se ha hecho hasta ahora, hay que desarrollar esta idea, explicarla y aplicarla en la práctica.

Pero esto no exime del deber de plantear con toda energía, en el momento preciso, la cuestión de la fusión de las Confederaciones (o de las simples federaciones). El problema consiste en saber si la dirección comunista es capaz de efectuar ahora una maniobra tan enérgica. El futuro dirá. Pero si el Partido Comunista y la dirección de la CGTU se niegan hoy a seguir el consejo de la Liga (que es lo más probable) muy bien puede suceder que se vea obligado a seguirlo mañana. No es necesario agregar que no hacemos un fetiche de la unidad sindical. No posponemos nada que signifique lucha para cuando se logre la unidad. Para nosotros no es una panacea sino una lección sobre cosas importantes y decisivas que debe enseñarse a los obreros que la han olvidado o que no conocen el pasado. Por supuesto, para participar en el congreso de unificación no plantearemos ninguna condición de principios.

Cuando los palaciegos de la unidad, a los que no avergüenza la fraseología barata, dicen que la confederación unificada debe basarse sobre el principio de la lucha de clases, etc., es que están haciendo acrobacias verbales en provecho de los oportunistas. Como si se les pudiera pedir seriamente a Jouhaux y Cía. que emprendan, en nombre de la unidad con los comunistas, el camino de la lucha de clases que estos caballeros abandonaron deliberadamente en nombre de la unidad con la burguesía. Y estos mismos palaciegos, estos Monatte, Ziromski y Dumoulin, ¿qué entienden por "lucha de clases"? No, nosotros estamos dispuestos a entrar en el terreno de la unidad sindical, pero no para "corregir" (con la ayuda de fórmulas de charlatanes) a los mercenarios del capital, sino para arrancar a los obreros de la influencia de sus traidores.

Las únicas condiciones que ponemos son simplemente garantías organizativas de la democracia sindical, en primer lugar la libertad de crítica para la minoría, siempre con la condición de que se someta a la disciplina sindical. No pedimos más, y por nuestra parte no prometemos nada más. Supongamos que el partido Comunista, si bien no inmediatamente, sigue nuestro consejo. ¿Cómo actuaría su Comité Central? En primer lugar debería preparar cuidadosamente el plan de la campaña dentro del partido, para discutirlo en las fracciones sindicales en base a las condiciones locales, de modo que la consigna de unidad pueda lanzarse al mismo tiempo desde arriba y desde abajo. Justo después de una cuidadosa preparación y elaboración, y de haber eliminado todas las dudas y malentendidos dentro de sus propias filas, la dirección de la CGTU debería dirigirse a la de la Confederación reformista con propuestas concretas: crear una comisión paritaria para la preparación, en un plazo por ejemplo de dos meses, del congreso de unificación sindical, al que todas las organizaciones sindicales del país deben tener acceso.

Simultáneamente, las organizaciones locales de la CGTU se dirigen a las organizaciones locales de la CGT con la misma propuesta, formulada precisa y concretamente. El Partido Comunista debería realizar una gran agitación en el país apoyando y explicando la iniciativa de la CGTU. Por un cierto tiempo debe concentrarse la atención de amplios sectores obreros, principalmente los de la CGT, en la sencilla idea de que los comunistas proponen lograr inmediatamente la unidad de las organizaciones sindicales. Cualquiera que sea la actitud de los reformistas, cualquiera sean las tretas a las que recurran, los comunistas saldrán beneficiados de esta campaña, aun si en este primer intento sus propuestas no llevan más que a una demostración de su actitud.

Durante este período, la lucha en nombre del frente único no cesa ni un minuto. Los comunistas continúan atacando a los reformistas en las provincias y en la metrópolis, basándose en la creciente actividad de los obreros, renovando sus propuestas de acciones combativas sobre la base de la política de frente único, desenmascarando a los reformistas, fortaleciendo sus propias filas, etcétera. Y bien

puede suceder que en seis meses, o en uno o dos años, los comunistas se vean obligados a repetir su propuesta de fusión de las confederaciones sindicales, y a poner a los reformistas en una posición más difícil que la primera vez.

La verdadera política bolchevique debe tener precisamente este carácter de tomar la ofensiva y ser al mismo tiempo flexible y firme. Es la única forma de preservar al movimiento del desgaste, de librarlo de formaciones parásitas y de acelerar la evolución de la clase obrera hacia la revolución. La lección propuesta anteriormente no tiene sentido ni puede prosperar si la iniciativa no parte de la CGTU y del Partido Comunista. La tarea de la Liga no consiste naturalmente en lanzar independientemente la consigna de congreso de unificación, enfrentándose tanto a la CGTU como a la CGT. La tarea de la Liga es empujar al Partido Comunista oficial y a la CGTU hacia una política audaz de frente único, estimularlas a llevar a cabo en el momento propicio (y en el futuro habrá muchos) una ofensiva para la fusión de las organizaciones sindicales.

Para poder cumplir sus tareas hacia el Partido Comunista, la Liga debe (y éste es su primer deber) alinear sus propias filas en el campo del movimiento sindical. Es una tarea que no puede posponerse. Debe ser cumplida y lo será.

EL ROL DE LAS HUELGAS EN UNA REVOLUCIÓN[1]

2 DE AGOSTO DE 1931

Carta al Secretariado Internacional [SI]:

Esta carta tiene por objeto intercambiar algunas ideas respecto a la tumultuosa oleada de huelgas que sacude a España[2]. En mi segundo folleto sobre la revolución española, sólo indiqué *una* de las perspectivas posibles: el movimiento revolucionario se desarrolla violentamente, pero sin una dirección correcta, terminando en una explosión, que las fuerzas contrarrevolucionarias pueden aprovechar con el objetivo de aplastar al proletariado. Como había subrayado en el folleto, esto no significa, seguramente, que el rol de los comunistas sea frenar al movimiento revolucionario. Estoy seguro que con respecto a esto no tendremos ninguna diferencia; sin embargo me gustaría analizar más profundamente esta cuestión, pues me parece de gran importancia práctica.

Para empezar es preciso que quede bien claro que esta explosión elemental y violenta de las huelgas es la expresión inevitable del propio carácter de la revolución, y, en cierto sentido, su base. La aplastante mayoría del proletariado español no sabe lo que es la organización. Durante la dictadura nació una nueva generación de obreros que no tienen ninguna experiencia política independiente. La revolución despierta –y en esto reside su fuerza– a las masas trabajadoras más atrasadas, más despreciadas, más oprimidas. La huelga es la forma que toma su despertar. Por medio de la huelga, las diferentes capas y los diferentes grupos del proletariado se dan a conocer, se reconocen entre sí, prueban sus propias fuerzas y las de su enemigo. Una capa despierta y contamina a otra. Y el conjunto vuelve a la huelga actual como absolutamente inevitable. En ningún caso los comunistas deben alarmarse, pues esta es la expresión misma de la fuerza creadora de la revolución. Sólo a través de estas huelgas, con todos sus errores, sus "excesos", sus "exageraciones", el proletariado se pone en pie, se une en un todo, comienza

[1] Carta al SI publicada en el *Biulleten Oppozitsii* Nº 24, septiembre de 1931, pp. 17-18, y luego en *Fourth International* en octubre de 1943. Tomado de Pierre Broué (compilador), *La revolución española (1930-1940)*, V1, Barcelona, Ed. Fontanella, 1977, p. 200.

[2] Esta oleada de huelgas, a menudo de carácter insurreccional, empezó en Sevilla y en Andalucía. Sacudió a toda España, hasta las grandes huelgas de septiembre en Barcelona. Trotsky planteó que en 1931, luego de la caída de la dictadura de Primo de Rivera, había comenzado la revolución española.

a sentirse y a concebirse a sí mismo como una clase, como una fuerza histórica viviente. Las revoluciones nunca se han desarrollado bajo el látigo de un cochero. Excesos, errores, sacrificios, son la naturaleza misma de la revolución.

Si el Partido Comunista hubiese dicho a los obreros: "Soy demasiado débil todavía para poder guiarlos, esperen un poco, no se apuren mucho, no den, poniéndose en huelga, la señal de combate, ¡denme tiempo para crecer!", habría hecho el ridículo para siempre, las masas en el camino de su despertar habrían pasado por encima de su cabeza, y, en lugar de crecer, sólo se habría debilitado.

Prever correctamente un peligro histórico, no significa que pueda evitarse simplemente por medio de razonamientos. Sólo se pueden descartar los peligros si se dispone de la fuerza necesaria. Para constituir esta fuerza, el Partido Comunista debe lanzarse con todas sus fuerzas hacia ese movimiento de huelga "elemental" o semielemental a punto de desarrollarse; no para contenerlo, sino para aprender a dirigirlo, para adquirir autoridad y fuerza en el curso mismo de la lucha.

Sería erróneo pensar que el actual movimiento ha sido provocado por los anarco-sindicalistas. Estos están en camino de sufrir una irresistible presión de la base. Al núcleo dirigente del centro sindicalista le gustaría poder frenar al movimiento. Gente como Pestaña[3], están seguramente en camino de negociar en los pasillos con la patronal y la administración, cual es el mejor medio para acabar con las huelgas. Mañana, muchos de estos señores se convertirán en verdugos de los obreros y, como los mencheviques rusos, predicarán contra la "fiebre de huelgas", siempre disparando sobre ellos.

No hay duda que esto profundizará la división entre los anarco-sindicalistas. Cuanto más avance el ala revolucionaria, más se chocará con los sindicalistas reformistas. De esta izquierda surgirán inevitablemente puchistas, aventureros heroicos, terroristas individuales, etcétera[4].

No es inútil repetir que no debemos alentar ningún tipo de aventurerismo. Hay que dejar bien claro que no va a ser el ala derecha, la que combate las huelgas, sino el la ala sindicalista revolucionaria de izquierda, la que más se acercará a nosotros. Será tanto más fácil acabar con todos los elementos aventureristas en la medida

---

[3] Ángel Pestaña Núñez (1886-1938): Uno de los principales dirigentes de la anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo) en 1917-22, evolucionó hacia el sindicalismo reformista.

[4] Dos meses más tarde, un articulo de Molins y Fábrega en *Comunismo* Nº *5,* octubre de 1931, titulado "Las dos tendencias cenetistas", ilustrará este análisis. Demuestra que Peiró, Pestaña y los demás dirigentes de la CNT se han quitado la máscara con el "Manifiesto de los Treinta", revelando su verdadero rostro reformista. Su portavoz, *Solidaridad Obrera,* ataca violentamente a los "comunistas", en realidad el ala revolucionaria de los anarco-sindicalistas, que animan Juan García Oliver y Buenaventura Durruti. Este último define correctamente el papel de los dirigentes cenetistas que se han colocado al servicio de la paz social, amenazando a los burgueses republicanos, tipo Kerensky. Sin embargo al mismo tiempo afirma que el coronel Maciá, líder del movimiento catalanista ¡es quien ha tenido en sus manos el destino de la revolución! (NdPB)

que los sindicalistas revolucionarios se convenzan más rápido que los comunistas no somos razonadores, sino combatientes.

Se suele acusar al partido oficial [el PC] de llevar, con relación a las huelgas, una política aventurerista. Personalmente, no puedo juzgar por falta de información. La actitud del partido en el período pasado conduce sin embargo a pensar que esta acusación es probablemente justificada. Pero, precisamente por esto, es posible que después de quemarse los dedos, el partido gire bruscamente hacia la derecha. La peor desgracia sería que las masas obreras saquen la conclusión que a los comunistas, exactamente como los sindicalistas tipo Pestaña, les gustaría inculcar sus dogmas, de arriba hacia abajo, en vez de elevarlos con ellos, de abajo a arriba.

Resumiendo: el riesgo de unas "Jornadas de Julio"[5] sigue siendo sin ninguna duda el más grave; pero, para los comunistas, el peligro más inmediato puede llegar a ser la argumentación abstracta, la necesidad de "parecer inteligentes", los razonamientos doctrinarios, que los obreros revolucionarios considerarán como "graznidos pesimistas".

La Oposición de Izquierda no debe olvidar ni un sólo instante que los peligros inherentes al proceso revolucionario no pueden evitarse con una vigilancia prudente, sino únicamente a través de la audacia, la audacia y más audacia.

[5] Se refiere a los combates prematuros de sectores del movimiento obrero por el poder, que se dieron en Rusia, en julio de 1917, abriendo paso al ataque contrarrevolucionario de Kornilov.

CON RESPECTO AL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN[1]

AGOSTO DE 1931

Carta a los camaradas:

En respuesta a su pregunta, quisiera esbozar aquí un intercambio de opiniones preliminares, algunas consideraciones generales con respecto al *control obrero de la producción*.

La primera pregunta que surge en relación con esto es la siguiente: ¿podemos considerar el control obrero de la producción como un régimen estable, por supuesto que no eterno, pero de una duración bastante larga? Para contestar a esta pregunta hay que definir más claramente la naturaleza de clase de este régimen. El control se encuentra en manos de los obreros. Esto significa que la propiedad y la autoridad continúan en manos de los capitalistas. Por lo tanto, el régimen tiene un carácter contradictorio, constituyéndose como una especie de interregno económico.

Los obreros no necesitan el control para fines platónicos, sino para ejercer una influencia práctica sobre la producción y sobre las operaciones comerciales de las empresas. Sin embargo, esto no se podrá alcanzar si el *control* no se transforma, de una forma u otra, dentro de ciertos límites, en una *gestión* directa. En su forma más amplia, el control implica, por consiguiente, una especie de *poder económico dual* en las fábricas, la banca, las empresas comerciales, etcétera.

La participación de los trabajadores en la gestión de la producción puede ser duradera, estable, "normal", si se basa en la colaboración y no en la lucha de clases. Pero tal colaboración de clases sólo es posible entre los estratos superiores de los sindicatos y las organizaciones capitalistas. Estas experiencias fueron numerosas: en Alemania (la "democracia económica"), en Inglaterra (el "mondismo"), etcétera… No obstante, en todos estos casos, no se trataba del control de los obreros sobre el capital, sino de la domesticación de la burocracia obrera por el capital. Esta

[1] Tomado de la versión publicada en español de www.marxists.org. Cotejado y modificado con la versión francesa de la misma página web. Publicado en los *Cahiers du CERMTRI* Nº 59, París, 1990, pp. 23-30. El texto es una carta de Trotsky dirigida a un grupo de opositores alemanes el 20 de agosto de 1931. Se publicó por primera vez en el *Biulleten Oppozitsii* Nº 24, septiembre de 1931.

subordinación, como lo muestra la experiencia, puede durar mucho tiempo: esto depende de la paciencia del proletariado.

Cuando más cerca se está de la producción, de la fábrica, del taller, menos viable resulta un régimen de este tipo, porque allí se trata de los intereses inmediatos y vitales de los trabajadores y todo el proceso se desarrolla ante su mirada. El control obrero a través de los consejos de fábrica sólo es concebible sobre la base de una aguda lucha de clases, no de la colaboración. Pero esto significa que hay dualidad de poder en las empresas, en los trusts, en todas las ramas de la industria, en toda la economía.

¿Qué régimen social corresponde al control obrero de la producción?

Es obvio que el poder no está todavía en manos de los trabajadores, pues en ese caso no tendríamos el control obrero de la producción, sino el control de la producción por el Estado obrero como introducción del régimen de producción estatal basado en la nacionalización. De lo que estamos hablando es del control obrero bajo el régimen capitalista y el poder de la burguesía. Sin embargo, la burguesía que se sienta firmemente asentada en el poder nunca permitirá la dualidad de poder en sus empresas. El control obrero, en consecuencia, solamente puede ser logrado en las condiciones de un cambio brusco de la relación de fuerzas desfavorable a la burguesía y su Estado. El control sólo puede ser impuesto por la fuerza a la burguesía por el proletariado que va camino de arrancarle el poder y, por lo tanto, la propiedad de los medios de producción. Así pues, el régimen de control obrero es provisional y transitorio por su misma esencia, y sólo puede corresponder al período de la desestabilización del Estado burgués, de la ofensiva proletaria y el retroceso de la burguesía: es decir, al período de la revolución proletaria en el sentido más amplio del término.

Si la burguesía ya no es la dueña de la fábrica, es decir, si no es ya *enteramente* la dueña, de allí se desprende que tampoco lo es de su Estado. Esto significa que al régimen de dualidad de poder en las fábricas le corresponde el régimen de dualidad de poder en el Estado.

Esta correspondencia, de todos modos, no debería ser entendida mecánicamente, como si la dualidad de poder en las empresas y la dualidad de poder en el Estado nacieran en el mismo día. Un régimen avanzado de dualidad de poder, como una de las etapas posibles de la revolución proletaria en cada país, puede desarrollarse de forma distinta en cada país con elementos múltiples y diversos.

Así, por ejemplo, en ciertas circunstancias (una crisis económica profunda y persistente, un fuerte grado de organización de los trabajadores en las empresas, un partido revolucionario relativamente débil, un Estado relativamente fuerte teniendo como reserva un fascismo vigoroso, etcétera) el control obrero sobre la producción puede ir considerablemente por delante del poder político dual desarrollado en un país.

En las condiciones señaladas a grandes rasgos más arriba, especialmente características de Alemania en estos momentos, la dualidad de poder en el país puede desarrollarse precisamente a partir del control obrero como una de sus fuentes

principales. Hay que detenerse en este hecho, aunque sólo sea para rechazar ese fetichismo de la forma soviética que han puesto en circulación los epígonos de la IC.

De acuerdo con el punto de vista oficial que prevalece en la actualidad, la revolución proletaria solamente puede llevarse a cabo por medio de los soviets; éstos, por su parte, deben ser creados específicamente en vistas de la insurrección armada. Este esquema no sirve para nada. Los soviets son únicamente una forma organizativa y el problema se decide por el contenido de clase de la política y no por su forma. En Alemania estuvieron los soviets de Ebert y Scheidemann[2]. En Rusia, los soviets conciliadores atacaron a los obreros y soldados en julio de 1917. Después de esto, Lenin pensó durante un tiempo que habríamos de llegar a la insurrección armada apoyándonos no en los soviets sino en los comités de fábrica… Este cálculo fue descartado por el curso de los acontecimientos, ya que tuvimos tiempo en los dos meses y medio antes de la insurrección de conquistar los soviets más importantes. Pero este mismo ejemplo muestra que poco inclinados nos sentíamos a considerar los soviets como una panacea. En otoño de 1923, defendiendo contra Stalin y otros la necesidad de pasar a una ofensiva política, luché al mismo tiempo contra la creación de soviets en Alemania, por imposición, paralelamente a los consejos de fábrica que estaban comenzando de hecho a cumplir el rol de los soviets.

Muchos hechos incitan a pensar que en el actual ascenso revolucionario en Alemania, los consejos de fábrica alemanes podrán, en un cierto estadio de su desarrollo, jugar el papel de los soviets y remplazarlos. ¿En qué baso esta suposición? En el análisis de las condiciones en que surgieron los soviets en Rusia en febrero-marzo de 1917, y en Alemania y Austria en noviembre de 1918. En los tres sitios, los principales organizadores de los soviets fueron los mencheviques y socialdemócratas, que se vieron forzados a ello por las condiciones de la revolución "democrática" durante la guerra. En Rusia, los bolcheviques lograron desplazar de los soviets a los conciliadores. En Alemania no lo lograron, y esto determinó la desaparición de los soviets.

Hoy, en 1931, la palabra "soviet" suena bastante diferente de como sonaba en 1917-18. Hoy es sinónimo de la dictadura bolchevique, y por lo tanto, un fantasma en manos de la socialdemocracia.

Los socialdemócratas alemanes no sólo no tomarán la iniciativa en la creación de los soviets por segunda vez, ni se unirán voluntariamente a esta iniciativa, sino que lucharán contra ella por todos los medios. A los ojos del Estado burgués y en especial de su guardia fascista, el hecho que los comunistas comiencen a crear soviets equivaldría a una declaración abierta de guerra civil por parte del proletariado, y en

[2] Friedrich Ebert (1871-1925) y Phillipp Scheidemann (1865-1939): Dirigentes socialdemócratas alemanes que proclamaron luego de la revolución de noviembre de 1918 la caída del imperio alemán y el surgimiento de la República de Weimar. El primero asumió el gobierno provisional, firmó el Tratado de Versalles y reprimió con el ejército la revolución obrera. En 1919 la Asamblea Nacional lo eligió presidente de la nueva República. Scheidemann fue nombrado canciller.

consecuencia podría provocar un conflicto decisivo antes de que el Partido Comunista lo juzgue conveniente.

Todas estas consideraciones nos incitan a dudar que se pueda llegar a tener éxito, antes de la insurrección y la toma de poder en Alemania, en la creación de soviets que agrupen realmente a la mayoría de los trabajadores. En mi opinión, es más probable que los soviets nazcan al día siguiente de la victoria, pero entonces ya como órganos directos de poder.

El problema de los *consejos de fábrica* se plantea de otra manera. Éstos ya existen actualmente. Son construidos por los comunistas y socialdemócratas. En cierto sentido, los consejos de fábrica son la realización del frente único de la clase obrera. Ampliarán y profundizarán esta función según el ascenso de la ola revolucionaria. Su papel crecerá, como lo harán sus incursiones en la vida de la fábrica, de la ciudad, de las ramas de la industria, de las regiones y, finalmente, en todo el Estado. Los congresos provinciales, regionales y nacionales de los consejos de fábrica pueden servir como base para los órganos que desempeñarán de hecho el papel de los soviets, como órganos de doble poder. Arrastrar a los trabajadores socialdemócratas a este régimen por medio de los consejos de fábrica será mucho más fácil que llamar a los obreros directamente a construir los soviets un día determinado y a una hora dada.

El centro de los Consejos de fábrica de una ciudad dada, puede cumplir ampliamente el papel del soviet de la ciudad. Esto pudo observarse en Alemania en 1923. Extendiendo sus funciones, abordando por sí mismos tareas cada vez más audaces y creando sus propios órganos nacionales, los consejos de fábrica pueden convertirse en soviets, uniendo estrechamente a los trabajadores socialdemócratas y comunistas y servir como punto de apoyo para la insurrección. Después de la victoria de estos consejos de fábrica/soviets tendrán naturalmente que separarse en consejos de fábrica propiamente dichos y en soviets, como organismos de la dictadura del proletariado.

Con todo esto no queremos decir que la creación de soviets en Alemania esté completamente excluida de antemano antes de la revolución proletaria. No es posible prever todas las variantes imaginables del desarrollo. Si la descomposición del Estado burgués precediera mucho a la revolución proletaria, y si el fascismo fuese abatido y descompuesto ante la revolución proletaria, entonces habría condiciones para la construcción de los soviets como órganos de la lucha por el poder. Queda claro que en ese caso los comunistas habrían estudiado la situación y lanzado la consigna de los soviets. Ésta sería la situación más favorable que se pueda imaginar para la insurrección proletaria. Si se concreta, tiene que ser utilizada hasta el final. Pero contar con ella por adelantado es casi imposible. Mientras los comunistas tengan que entendérselas con un Estado burgués todavía lo bastante fuerte, con el ejército de reserva del fascismo a sus espaldas, el camino que pasa por los consejos de fábrica parece mucho más creíble que el de los soviets.

Los epígonos tienen de una forma completamente mecánica fijada la idea de que el control obrero de la producción, así como los soviets, sólo son realizables en condiciones revolucionarias. Si los stalinistas intentaran plasmar sus prejuicios en un sistema consecuente, argumentarían seguramente de la siguiente manera: el control obrero como una forma de poder económico dual, es inconcebible sin el poder político dual en el país, que a su vez es inconcebible sin la oposición de los soviets al poder de la burguesía; en consecuencia –dirán los stalinistas-, la consigna del control obrero de la producción sólo puede ser lanzada *simultáneamente* a la consigna de los soviets.

De todo lo que se ha dicho arriba se desprende claramente que semejante construcción es falsa, esquemática e irreal. *En la práctica*, se transforma en un tipo de ultimátum que el partido plantea a los trabajadores: yo, el partido, sólo les permitiré luchar por el control con la condición de que estén de acuerdo en construir simultáneamente los soviets. Pero, y esta es toda la cuestión, estos dos procesos no deben obligatoriamente ser paralelos y simultáneos. Bajo la influencia de la crisis, el desempleo y las maniobras de rapiña de los capitalistas, la clase obrera puede, en su mayoría, estar dispuesta a combatir por la abolición del secreto comercial y por el control sobre la banca, el comercio y la producción antes de estar convencida de la necesidad de la conquista revolucionaria del poder.

Embarcado en el camino del control de la producción, el proletariado será inevitablemente empujado hacia la toma del poder y de los medios de producción. Los problemas del crédito, las materias primas, los mercados, extenderán inmediatamente el control más allá de lo límites de las empresas aisladas. En un país tan altamente industrializado como Alemania, sólo los problemas de las exportaciones importantes deberían elevar directamente el control obrero hasta las tareas generales del Estado y oponer los organismos centrales del control obrero a los órganos oficiales del Estado burgués. Las contradicciones del régimen, inconciliables por su misma esencia con el control obrero, se agudizarán inevitablemente en la medida en que se amplíen su base y sus tareas, y se volverán pronto insoportables. Se puede encontrar una salida a estas contradicciones o bien en la toma del poder por el proletariado (Rusia) o bien en la contrarrevolución fascista, que establece la dictadura abierta del capital (Italia).

Es precisamente en Alemania, con su poderosa socialdemocracia, donde la lucha por el control obrero de la producción será con toda probabilidad la primera etapa del frente único revolucionario de los trabajadores, precediendo a su lucha abierta por el poder.

¿Es posible sin embargo lanzar ahora la consigna del control obrero? ¿La "madurez" de la situación revolucionaria es suficiente para esto? Es difícil de contestar la pregunta desde lejos. No hay ninguna medida que permita juzgar de forma inmediata y precisa, el grado de la situación revolucionaria. Forzosamente

hay que medirla en la acción, en la lucha, con la ayuda de los instrumentos más variados… Uno de estos instrumentos y quizás uno de los más importantes en la situación actual es precisamente la consigna del control obrero de la producción. La importancia de esta consigna reside ante todo en el hecho de que sobre su base se puede realizar el frente único de los trabajadores comunistas con los socialdemócratas, los sin partido, católicos, etcétera...

La actitud de los obreros socialdemócratas es de una importancia decisiva. El frente único de los comunistas y los socialdemócratas, allí está precisamente la condición política fundamental que falta en Alemania para una situación revolucionaria inmediata. La presencia de un fascismo fuerte es sin duda un obstáculo serio en el camino hacia la victoria. Pero el fascismo solamente puede conservar su capacidad de atracción en la medida en que las fuerzas del proletariado están dispersas y debilitadas, lo que lo priva de la posibilidad de conducir al pueblo alemán por el camino de la revolución victoriosa. El frente único revolucionario de la clase obrera significa ya, en sí mismo, un golpe político fatal para el fascismo.

Por esta razón, dicho sea de paso, la política de la dirección del PC alemán sobre la cuestión del referéndum tiene un carácter especialmente criminal. El enemigo más pérfido no habría podido inventar una forma más segura para oponer a los obreros socialdemócratas al PC y detener el desarrollo de la política de frente único del proletariado.

Hay que reparar este error ya mismo. La consigna del control obrero puede contribuir mucho en este aspecto. Pero debe ser abordada correctamente. Lanzada sin la preparación necesaria, como una orden burocrática, la consigna del control obrero puede no solamente mostrarse como un golpe fallido sino que también, puede comprometer al partido frente a los ojos de las masas obreras socavando la confianza de los obreros que hoy votan por él. Antes de lanzar públicamente esta consigna de combate de una importante responsabilidad, se debe tantear bien la situación y preparar el terreno.

Debemos empezar desde abajo, por la fábrica, por el taller. Hay que verificar y probar los problemas del control obrero con el ejemplo de algunas empresas industriales, bancarias y comerciales típicas. Debemos tomar como punto de partida casos especialmente claros de especulación, lockout encubierto, disminución fraudulenta de los beneficios con el objetivo de reducir los salarios o aumento fraudulento de los costos de producción con el mismo objetivo, etcétera... En las empresas que son víctimas de tales maquinaciones, hay que, a través de los trabajadores comunistas, tantear el pulso del estado de ánimo de las masas obreras más atrasadas y, ante todo, de los obreros socialdemócratas. Para saber en qué medida estarían dispuestos a responder a la exigencia de abolir el secreto comercial y establecer el control obrero de la producción. Hay que comenzar por plantear el problema en un plano puramente técnico, utilizando los ejemplos, particularmente los más elocuentes, realizar

una propaganda perseverante, para medir de este modo la fuerza de resistencia del conservadurismo socialdemócrata. Ésta sería una de las mejores formas de establecer en qué medida la situación revolucionaria "ha madurado".

El tanteo preliminar del terreno presupone al mismo tiempo, de parte del partido, una profundización de la cuestión tanto desde el punto de vista teórico como de propaganda. El partido debe instruir de manera seria y práctica a los obreros de vanguardia y, ante todo, a los miembros de los comités de fábrica, los militantes sindicales reconocidos, etcétera.

Sólo en el camino de este trabajo preparatorio se puede, en la medida que tenga éxito, indicar en qué momento el partido puede pasar de una posición puramente propagandística a una agitación abierta y a acciones prácticas inmediatas bajo la consigna del control obrero.

La política de la Oposición de Izquierda sobre este problema se desprende con suficiente claridad de lo que se ha planteado, al menos en sus rasgos esenciales. Se trata para comenzar de la *propaganda* para una correcta comprensión principista del problema y, al mismo tiempo, del *estudio* de las condiciones concretas de la lucha por el control obrero.

La oposición debe, en pequeña escala y dentro de los límites que corresponden a sus fuerzas, abordar el trabajo preparatorio que fue caracterizado antes como una de las tareas inmediatas del partido. Con relación a estas tareas la oposición debe buscar el contacto con los comunistas que están trabajando en los consejos de fábrica y en los sindicatos, explicarles nuestra caracterización de la situación en su conjunto y aprender a través de ellos cómo aplicar nuestra correcta comprensión del desarrollo de la revolución a las condiciones concretas de la fábrica y el taller.

PS: Quería terminar con este punto, pero se me ocurre que los stalinistas podrían hacernos la siguiente objeción: ustedes están dispuestos a "retirar" la consigna de los soviets para Alemania, pero nos criticaron y acusaron duramente, en su momento, porque nos negamos a lanzar la consigna de los soviets en China.

En realidad, semejante "objeción" sólo es un bajo sofisma, basado en el mismo fetichismo organizativo, es decir, en la identificación de la naturaleza de clase con la forma organizativa. Si los stalinistas hubiesen declarado entonces que había razones en China que impedían la instauración de la forma soviética, y si hubiesen recomendado otra forma organizativa del frente único revolucionario de las masas, más adecuada a las condiciones chinas, habríamos prestado, naturalmente, a esa propuesta toda la atención necesaria. Pero se nos recomendó sustituir los soviets por el Kuomintang, dicho de otra manera, someter a los obreros a los capitalistas. Nuestra polémica era sobre la naturaleza de clase de la organización, y de ninguna manera sobre su "técnica" organizativa. Pero debemos añadir a esto que, precisamente en China, no había ningún impedimento subjetivo para la

construcción de soviets, si se tiene en cuenta la conciencia de las masas y no la de los aliados circunstanciales de los stalinistas: Chiang Kai-shek y Wang Tin-wei[3]. Los trabajadores chinos no tienen tradiciones socialdemócratas y conservadoras. El entusiasmo por la Unión Soviética era realmente masivo. Incluso en la actualidad, el movimiento campesino en China se esfuerza por adoptar formas soviéticas. La tendencia por los soviets era todavía más fuerte en los años 1925-27.

[3] Wang Tin-wei (1884-1944): Dirigente del ala izquierda del Kuomintang. Luego de ser partidario de la alianza con la IC lanzó la "gran purga anticomunista" en julio de 1927 que terminaría con la masacre de insurrección de Cantón en de diciembre de ese año. Luego fue colaboracionista de los japoneses y adhirió al fascismo.

LOS CONSEJOS DE FÁBRICA Y EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN[1]

12 DE SEPTIEMBRE DE 1931

Queridos camaradas:

Rechazan ustedes la consigna de control obrero sobre la producción en general y los intentos de lograrlo por medio de los consejos de fábrica en particular. Su principal razón es la afirmación de que los "consejos de fábrica legales" son inadecuados para este propósito. En ninguna parte de mi artículo hablaba yo de los consejos de fábrica "legales". No sólo eso: señalaba de modo suficientemente inequívoco que los consejos de fábrica solamente pueden convertirse en órganos de control obrero partiendo de la premisa de una presión tal por parte de las masas que la dualidad de poder en las fábricas y en el país esté ya parcialmente en preparación y parcialmente establecida. Está claro que esto tiene tan pocas posibilidades de ocurrir bajo la ley existente sobre consejos de fábrica como la revolución de tener lugar en el marco de la Constitución de Weimar.

Y sólo los anarquistas pueden sacar de esto la conclusión de que no es permisible explotar tanto la constitución de Weimar como la ley sobre los consejos de fábrica. Es necesario explotar tanto la una como la otra. Pero en forma revolucionaria. Los consejos de fábrica no son lo que la ley hace de ellos, sino lo que los trabajadores hacen de ellos. A partir de un momento determinado, los trabajadores "dislocan" el marco de la ley o lo echan abajo, o simplemente lo desprecian en su totalidad. Precisamente en eso consiste la transición a una situación puramente revolucionaria. Por ahora, esta transición está todavía por delante de nosotros, no detrás. Debe ser preparada.

Que se vaya a encontrar muy a menudo a carreristas, fascistas y socialdemócratas en los consejos de fábrica no dice nada en contra de su utilización, sino que prueba simplemente la debilidad del partido revolucionario. Mientras los trabajadores toleren a semejantes delegados en los consejos de fábrica, no serán capaces de hacer

[1] A consecuencia de la carta escrita el 20 de agosto, Trotsky respondió, el 12 de septiembre en su artículo "Gegen der Wídersacher der Losung der Produktion" ("Contra los adversarios de la consigna del control obrero de la producción"), publicado por vez primera en *The Militant*, 21 de noviembre de 1931. Tomado de *La lucha contra el fascismo en Alemania*, Fontamara, Barcelona, 1980, p. 59. Cotejado y modificado según la versión en inglés de www.marxists.org.

la revolución. Apartado de los trabajadores, el partido no puede hacerse más fuerte, porque la arena más importante de la actividad de los trabajadores es la fábrica.

Pero –contestarán ustedes– en Alemania están los miles de desocupados. No lo menospreciaba. Pero, ¿que conclusión se puede sacar de ello? ¿Descuidar enteramente a los trabajadores ocupados y poner todas las esperanzas en los desocupados? Esa sería una táctica puramente anarquista. Naturalmente, los desocupados constituyen un poderoso factor revolucionario, particularmente en Alemania. Pero no como un ejército proletario independiente, sino más bien como el ala izquierda de ese ejército. El núcleo fundamental de los obreros se encontrará siempre en las fábricas. Es por esto que el problema de los consejos de fábrica continúa presente con toda su agudeza.

Es más, incluso para los desocupados no es en absoluto indiferente qué ocurre en las empresas y en el proceso de producción en su conjunto. Los desocupados deben ser incluidos sin reservas en el control de la producción. Hay que encontrar las formas organizativas para ello. Resultarán de la misma lucha práctica. Naturalmente, todo esto no tendrá lugar en el marco de las leyes existentes. Pero hay que encontrar formas que abarquen tanto a los desocupados como a los que tienen empleo. La debilidad y la pasividad propias no pueden justificarse por la existencia de desocupados.

Dicen ustedes que los brandleristas están a favor del control obrero y los consejos de fábrica. Por desgracia, hace tiempo que he dejado de seguir sus publicaciones, debido a la falta de tiempo. No sé cómo plantean la cuestión. Es bastante probable que tampoco aquí se hayan desembarazado del espíritu de oportunismo y filisteísmo. ¿Pero es que la posición de los brandleristas puede, siquiera en un sentido negativo, tener una importancia decisiva para nosotros? Los brandleristas aprendieron algo en el III Congreso de la IC. Distorsionan en su aplicación o propagación, los métodos bolcheviques de la lucha por las masas. ¿Realmente debemos, por esta razón, abandonar estos métodos?

Como puedo inferir de su carta, ustedes también están en contra del trabajo en los sindicatos y la participación en el parlamento. Si es así, entonces nos separa un abismo a unos de otros. Yo soy marxista, no bakuninista. Yo me baso en la realidad de la sociedad burguesa de cara a encontrar en ella las fuerzas y las palancas con que derrocarla.

A los consejos de fábrica, los sindicatos y el parlamento contraponen ustedes... los soviets. En relación con esto, los alemanes tienen un dicho excelente: "*Schön ist ein Zylinderhut, wenn man ihn besitzen tut*" ("Efectivamente, un sombrero de seda es algo muy bonito, siempre que sea solo mío"). No solamente no tienen ustedes soviets, ni siquiera tienen un puente hacia ellos, ni siquiera una carretera hasta el puente, ni tan siquiera un camino a la carretera. *Die Aktion*[2] ha transformado los soviets en un

[2] *Die Aktion* era una revista política y literaria publicada por Franz Pfemfert de 1911 a 1932. En 1929 había agregado como subtítulo: "Revista por el comunismo revolucionario".

fetiche, en un espectro suprasocial, en un mito religioso. La mitología sirve al pueblo para esconder su propia debilidad o al menos para consolarse. "Como somos impotentes frente a la muerte, como no podemos hacer nada en las fábricas, entonces... entonces, como recompensa por ello, nos elevamos a una altura tal que los soviets caen del cielo para ayudarnos". Ahí está toda la filosofía de los ultraizquierdistas alemanes.

No. Con esta política yo no tengo nada en común. Nuestras diferencias de opinión no se limitan en absoluto a la ley alemana sobre los consejos de fábrica. Se refieren a las leyes marxistas de la revolución proletaria.

LA ESTRATEGIA DE LAS HUELGAS[1]

ENERO DE 1932

En la cuestión sindical, la dirección comunista ha confundido definitivamente al partido. El curso general del "tercer período"[2] apuntaba a crear de sindicatos paralelos. Se partía de la hipótesis de que el movimiento de masas desbordaría a las viejas organizaciones, y que los órganos de la RGO (Oposición Sindical Revolucionaria) se convertirían en los comités de iniciativa para la lucha económica. Para realizar este plan sólo faltaba un pequeño detalle: el movimiento de masas. Durante las crecidas de primavera, el agua arrastra un gran número de empalizadas. Intentemos levantar la empalizada, decidió Lozovski, quizá así brotarán las aguas de primavera.

Los sindicatos reformistas han resistido. El Partido Comunista ha logrado excluirse a sí mismo de las fábricas. A partir de lo cual, se decidió realizar correcciones parciales a la política sindical. El Partido Comunista se negó a llamar a los obreros no organizados a entrar a formar parte de los sindicatos reformistas. Pero se pronunció igualmente contra la salida de los sindicatos. Al mismo tiempo que creaba organizaciones paralelas, ha vuelto a dar vida a la consigna de la lucha por ganar influencia en el seno de las organizaciones reformistas. En su conjunto, esta dinámica es un modelo de autosabotaje.

Die Rote Fahne[3] se lamenta de que muchos comunistas consideren inútil participar en los sindicatos reformistas. "¿Para qué revivir a estas tiendecillas?", declaran. Y, en efecto: ¿con qué objetivo? Si se trata de luchar seriamente para apoderarse de los viejos sindicatos, entonces hay que llamar a los no organizados a entrar: son las capas nuevas las que pueden crear una base para un ala izquierda. Pero, en tal caso, no hay que crear sindicatos paralelos, es decir, una agencia competidora para reclutar a los trabajadores.

---

[1] Tomado de León Trotsky, *La lucha contra el fascismo en Alemania*, op. cit, p. 163. Cotejado y modificado con la versión francesa de www.marxists.org.

[2] El "tercer período" fue, según el esquema stalinista de la historia, el período final del capitalismo, de su inminente defunción y remplazo por los soviets. Se caracterizó por la utilización de tácticas ultraizquierdistas y aventureristas por parte de los partidos comunistas.

[3] *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja) era el periódico alemán fundado en 1918 por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo como órgano de la Liga Espartaquista, convirtiéndose en el órgano central del Partido Comunista de Alemania (KPD) desde su creación en enero de 1919. Fue prohibido tras el ascenso de Hitler al poder.

En su política con respecto a los sindicatos, la dirección alcanza las mismas cimas de confusión que en el resto de problemas. *Die Rote Fahne* del 28 de enero criticaba a los militantes comunistas del sindicato de metalúrgicos de Düsseldorf por haber puesto por delante la consigna de "lucha sin cuartel contra la participación de los dirigentes sindicales" en apoyo al gobierno de Brüning[4].

Estas reivindicaciones "oportunistas" son inaceptables, porque presuponen (!) que los reformistas son capaces de dejar de apoyar a Brüning y sus leyes de excepción. ¡A decir verdad, esto tiene todo el aspecto de una broma de mal gusto! *Die Rote Fahne* cree que es suficiente con llenar de injurias a los dirigentes, pero que es inaceptable someterlos a la prueba política de las masas.

Sin embargo, los sindicatos reformistas ofrecen en la actualidad un campo de acción extraordinariamente favorable. El Partido Socialdemócrata tiene todavía la posibilidad de engañar a los obreros con su alboroto político; por el contrario, el callejón sin salida del capitalismo se levanta ante los sindicatos como el muro de una prisión. Los 200 o 300.000 obreros organizados en los sindicatos rojos independientes pueden convertirse en un precioso fermento en el interior de los sindicatos reformistas.

A finales de enero ha tenido lugar una conferencia de los comités de empresa comunistas de todo el país en Berlín. *Die Rote Fahne* ha dado el siguiente informe: "Los comités de empresa forjan el frente obrero rojo" (2 de febrero). Sería en vano buscar datos sobre la composición de la conferencia, sobre el número de obreros y empresas representadas. A diferencia de los bolcheviques, que anotaban cuidadosa y públicamente toda modificación en la correlación de fuerzas en el seno de la clase obrera, los stalinistas alemanes, imitando en esto a los de Rusia, juegan a las escondidas. ¡No quieren reconocer que los comités de empresa comunistas no representan más que el 4% del total, frente al 84% de los socialdemócratas! El balance de la política del "tercer período" está contenido en esta relación. ¿El hecho de bautizar como "frente único rojo" al aislamiento de los comunistas en las empresas va a hacer avanzar las cosas?

La crisis prolongada del capitalismo traza en el interior del proletariado la línea de división más dolorosa y más peligrosa: entre los que tienen trabajo y los desocupados. El hecho de que los reformistas tengan preponderancia en las empresas y los comunistas en los desocupados paraliza a ambas partes del proletariado. Los que tienen trabajo pueden esperar mucho más tiempo.

Los desocupados son más impacientes. Hoy, su impaciencia tiene un carácter revolucionario. Pero si el Partido Comunista no logra encontrar las formas y las consignas de lucha que, uniendo a los desocupados y a los que trabajan, abran

[4] Heinrich Brüning (1885-1970): Dirigente del ala derecha del Partido de Centro Católico alemán. Fue canciller del gobierno presidido por Paul von Hindemburg en 1930 y aplicó los decretos que éste dictó en 1932 intentando descargar la crisis económica en la población.

la perspectiva de una salida revolucionaria, la impaciencia de los desocupados se volverá infaliblemente contra el Partido Comunista.

En 1917, a pesar de la política correcta del Partido Bolchevique y del rápido desarrollo de la revolución, las capas más desfavorecidas e impacientes del proletariado comenzaron desde septiembre-octubre, incluso en Petrogrado, a apartar su mirada del bolchevismo y volverse hacia los sindicalistas y los anarquistas. Si la Revolución de Octubre no hubiese estallado a tiempo, la disociación del proletariado habría tomado un carácter agudo y habría llevado a la descomposición de la revolución. En Alemania los anarquistas no son necesarios: los nacionalsocialistas pueden ocupar su lugar, combinando la demagogia anarquista con sus objetivos abiertamente reaccionarios.

Los obreros no están en absoluto inmunizados de una vez por todas contra la influencia de los fascistas. El proletariado y la pequeñoburguesía se presentan como vasos comunicantes, sobre todo en las condiciones actuales, cuando el ejército de reserva del proletariado no puede dejar de suministrar pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, etc., y la pequeñoburguesía enfurecida, proletarios y lumpemproletarios.

Los empleados, el personal técnico y administrativo, ciertas capas de funcionarios, constituyeron en el pasado uno de los apoyos importantes de la socialdemocracia. En la actualidad, estos elementos se han pasado o se están pasando a los nacionalsocialistas. Tras de sí pueden arrastrar, si no han comenzado a hacerlo ya, a la aristocracia obrera. Siguiendo esta línea, el nacionalsocialismo penetra *por arriba* en el proletariado.

De todas formas, su eventual penetración *por abajo,* es decir, por los desocupados, es mucho más peligrosa. Ninguna clase puede vivir durante mucho tiempo sin perspectiva ni esperanza. Los desocupados no son una clase, pero constituyen ya una capa social muy compacta y muy estable, que busca en vano apartarse de las condiciones de vida insoportables. Si es cierto, en general, que sólo la revolución proletaria puede salvar a Alemania de la descomposición y la desmembración, esto es cierto en primer lugar para los millones de desocupados.

Dada la debilidad del Partido Comunista en las empresas y los sindicatos, su crecimiento numérico no resuelve nada. En una nación conmovida por la crisis, minada por sus contradicciones, un partido de extrema izquierda puede encontrar decenas de millares de nuevos partidarios, especialmente si todo el aparato del partido, con el objetivo de "competir", está exclusivamente dedicado hacia el reclutamiento individual. Lo decisivo son las relaciones entre el partido y la clase. Un obrero comunista elegido para un comité de fábrica o la dirección de su sindicato, tiene más importancia que millares de nuevos miembros, reclutados aquí y allá, que entran hoy en el partido para dejarlo mañana.

Pero este aflujo individual de nuevos miembros no va a durar eternamente. Si el Partido Comunista continúa postergando la lucha hasta el momento en que haya eliminado a los reformistas, comprenderá rápidamente que, a partir de un cierto

momento, la socialdemocracia deja de perder influencia en favor de los comunistas, y que, por el contrario, los fascistas comienzan a desmoralizar a los desocupados, base principal del Partido Comunista. Un partido político no puede abstenerse impunemente de movilizar sus fuerzas para las tareas que se desprenden de la situación. El Partido Comunista se esfuerza en desencadenar huelgas sectoriales para abrir el camino a una lucha de masas. Los éxitos en este terreno son magros. Como siempre, los stalinistas se entregan a la autocrítica: "Todavía no sabemos organizar", "todavía no sabemos dirigir", además "no sabemos" significa siempre "ustedes no saben". La teoría de triste memoria de las jornadas de marzo de 1921[5] hace su reaparición: "electrizar" al proletariado mediante acciones ofensivas minoritarias. Pero los obreros no tienen ninguna necesidad de ser "electrizados". Quieren que se les den perspectivas claras y que se les ayude a crear las premisas de un movimiento de masas.

En la estrategia de las huelgas, está claro que el Partido Comunista se apoya en citas aisladas de Lenin, con la interpretación que les dan Lozovski y Manuilski. Es cierto que hubo períodos en los que los mencheviques luchaban contra la "huelgomanía", mientras que los bolcheviques se ponían a la cabeza de cada nueva huelga, arrastrando en el movimiento a masas cada vez más importantes. Esto correspondía a un período de despertar de nuevas capas de la clase. Así fue la táctica de los bolcheviques en 1905, en el período de expansión industrial que precedió a la guerra, en los primeros meses de la Revolución de Febrero.

Pero en el período inmediatamente anterior a Octubre, a partir del conflicto de julio de 1917, la táctica de los bolcheviques fue distinta: no impulsaban las huelgas, las frenaban, porque cada gran huelga tenía tendencia a transformarse en un enfrentamiento decisivo cuando las premisas políticas aún no estaban maduras.

Lo que no les impidió, en el curso de esos meses, ponerse a la cabeza de todas las huelgas que estallaron a pesar de sus advertencias, esencialmente en los sectores más atrasados de la industria (textil, cuero, etc.).

Si, en ciertas condiciones, los bolcheviques desencadenaron resueltamente huelgas en el interés de la revolución, en otras condiciones, siempre en interés de la revolución, disuadieron a los obreros de entrar en huelga. En este terreno, como en los demás, no hay una receta predeterminada. La táctica de las huelgas para cada período se integra siempre en una estrategia global, y la ligazón entre la parte y el todo está clara para los trabajadores de vanguardia.

¿Qué ocurre actualmente en Alemania? Los obreros que tienen trabajo no oponen resistencia a la baja de los salarios, porque tienen miedo de los desocupados. No hay nada de chocante en ello: cuando existen varios millones de desocupados, la huelga tradicional, organizada por los sindicatos, es una lucha sin esperanza. Está doblemente

[5] En marzo de 1921, en contra de los consejos de Lenin y Trotsky, los dirigentes ultraizquierdistas de los comunistas alemanes organizaron una insurrección cuando las condiciones objetivas y subjetivas no estaban dadas, una política de tipo puchista que terminó en una seria derrota.

condenada cuando existe un antagonismo político entre los desocupados y los que tienen empleo. Lo que no excluye las huelgas sectoriales, en particular en los sectores más atrasados de la industria.

Por el contrario, son los obreros de los sectores más importantes los que, en una situación así, se sienten más inclinados a escuchar la voz de los dirigentes reformistas. Los intentos del Partido Comunista de desencadenar una huelga, sin que la situación general en el seno del proletariado se haya modificado, se ven reducidos a pequeñas operaciones de sus partidarios que, incluso en caso de éxito, no son secundadas.

De acuerdo con los relatos de los obreros comunistas (cf. aunque sólo estén en *Der Rote Aufbau),* muchos obreros de las empresas declaran que las huelgas sectoriales no tienen ningún sentido en la actualidad, que solamente la huelga general puede arrancar a los obreros de la miseria. “Huelga general” significa aquí “perspectiva de lucha”. Los obreros se sienten tanto menos entusiasmados por las huelgas sectoriales en tanto que están directamente confrontadas al poder del Estado: el capital monopolista habla a los obreros en el lenguaje de las leyes de excepción de Brüning[6].

En los albores del movimiento obrero, los agitadores se abstenían a menudo de desarrollar perspectivas revolucionarias y socialistas para no espantar a los obreros a los que trataban de arrastrar a una huelga. Hoy la situación se presenta en forma totalmente opuesta. Las capas dirigentes de los obreros alemanes sólo pueden decidir participar en una lucha económica si las perspectivas generales de la lucha por venir les resultan claras. Estas perspectivas no las encuentran de parte de la dirección comunista.

A propósito de la táctica de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania (“electrizar” a la minoría del proletariado en lugar de ganarse a la mayoría), el autor de estas líneas declaraba en el III Congreso[7]: “Cuando la mayoría aplastante de la clase obrera no se encuentra a sí misma en el movimiento, no simpatiza con él o incluso duda de su éxito, mientras que la minoría, por el contrario, continúa adelante y se esfuerza mecánicamente en empujar a los obreros a la huelga, en este caso esa minoría impaciente puede, en la persona del partido, entrar en conflicto con la clase obrera y romperse así la cabeza”.

---

[6] Algunos ultraizquierdistas (por ejemplo el grupo italiano de los bordiguistas) estiman que el frente único sólo es aceptable para las luchas económicas. Aún más en la actualidad más que en el pasado es imposible separar las luchas económicas de las luchas políticas. El ejemplo de Alemania donde los acuerdos de tarifas son suprimidos, donde los salarios son disminuidos por decretos gubernamentales debería hacer comprender esta verdad incluso a los niños en la primera infancia. Destaquemos al pasar que en la actualidad, los stalinistas vuelven a dar vida a muchos de los antiguos prejuicios bordiguistas. No hay nada de sorprendente en que el grupo “Prometeo”, que no aprende ni avanza un pulgar, esté hoy, a la hora de los zig-zags ultraizquierdistas de la IC, mucho más cerca de los stalinistas que de nosotros. (NdLT)

[7] En el III Congreso de la IC, justamente se combatieron las posturas ultraizquierdistas de algunos partidos comunistas, como la que había llevado adelante el KPD alemán en las jornadas de marzo, y se resolvió impulsar los llamados a “frentes únicos”.

¿Entonces, hay que renunciar a la huelga como forma de lucha? No, no hay que renunciar, sino crear las premisas políticas y organizativas indispensables. El restablecimiento de la unidad *sindical* es una de ellas. La burocracia reformista, naturalmente, no la desea. Hasta ahora, la división le ha asegurado la mejor posición posible. Pero la amenaza directa del fascismo modifica la situación en los sindicatos, con gran desventaja para la burocracia. La aspiración a la unidad crece. La camarilla de Leipart[8] siempre puede intentar, en la situación actual, rechazar el restablecimiento de la unidad: esto duplicará o triplicará la influencia de los comunistas en el interior de los sindicatos. Si la unidad se llega a realizar, tanto mejor: se abrirá ante los comunistas un amplio campo de actividad. ¡Lo que se necesita no son medidas tibias, sino un giro radical!

Sin una amplia campaña contra la carestía de la vida, por la reducción de la semana laboral, contra la disminución de los salarios, sin la participación de los desocupados en esta lucha, sin la aplicación de la política de frente único, las pequeñas huelgas improvisadas nunca harán desembocar al movimiento en una lucha de conjunto.

Los socialdemócratas de izquierda hablan de la necesidad, "en el caso de la llegada al poder de los fascistas", de recurrir a la huelga general. Es muy posible que el mismo Leipart proclame estas amenazas cuando esté encerrado entre cuatro muros. *Die Rote Fahne* habla a este respecto de luxemburguismo. Esto es calumniar a la gran revolucionaria. Si Rosa Luxemburgo[9] ha sobrestimado la importancia *específica* de la huelga general en el problema del poder, ha comprendido muy bien que no hay que llamar arbitrariamente a la huelga general, que ésta es preparada por todo el itinerario anterior del movimiento obrero, por la política del partido y de los sindicatos. En boca de los socialdemócratas de izquierda, la huelga general es sobre todo un mito consolador que les permite evadirse de la triste realidad.

Durante muchos años los socialdemócratas franceses han prometido recurrir a la huelga general en caso de guerra. El Congreso de Basilea de 1912 prometía incluso recurrir al levantamiento revolucionario. Pero la amenaza de huelga y de levantamiento sólo era en estos dos casos un trueno de opereta. No se trata en absoluto de la oposición entre huelga y sublevación, sino de la actitud abstracta,

[8] Theodor Leipart (1867-1947): Sindicalista conservador alemán y dirigente de la socialdemocracia que dominaba a la Asociación Alemana del Trabajo (ADGB), dentro de la cual se agrupaba la mayor parte de los sindicalistas alemanes. Después de la Segunda Guerra Mundial fue partidario de la "fusión" de la socialdemocracia con el partido stalinista, que tomó el poder en Alemania oriental.

[9] Rosa Luxemburgo (1871-1919): fundadora del Partido Socialdemócrata Polaco y dirigente del ala izquierda de la socialdemocracia alemana. Combatió el revisionismo y la política del SPD en la Primera Guerra Mundial. Fue encarcelada en 1915. Junto con Karl Liebknecht fundó el Spartakusbund (Liga Espartaco), que fue luego el PC Alemán. Liberada por la revolución de noviembre de 1918, fue dirigente de la insurrección espartaquista, aplastada en enero de 1919, cuando la socialdemocracia gobernante ordenó su asesinato y el de Liebknecht. Sus obras más conocidas son *La acumulación de capital*, *Crítica de la Revolución Rusa* (escrito en la cárcel) y *Huelga de masas, partido político y sindicatos*.

formal, puramente verbal tanto frente a la huelga como a la sublevación. El socialdemócrata bebeliano[10] de antes de la guerra era un reformista, armado con el concepto abstracto de revolución; el reformista de posguerra, agitando la amenaza de la huelga general, es ya una verdadera caricatura.

La actitud de la dirección comunista con respecto a la huelga general, evidentemente, es mucho más seria. Pero le falta claridad, incluso en esta cuestión. Sin embargo, la claridad es necesaria. La huelga general es un medio de lucha muy importante, pero no es un remedio universal. Existen situaciones en las que la huelga general entraña el riesgo de debilitar más a los obreros que a su enemigo directo. La huelga debe ser un elemento importante del cálculo estratégico, pero no una panacea en la que se ahogue toda estrategia.

Habitualmente, la huelga general es el instrumento de lucha del más débil contra el más fuerte, o, más exactamente, del que al comienzo de la lucha se siente más débil contra el que se considera a sí mismo como el más fuerte: cuando, personalmente, yo no puedo utilizar un instrumento importante, intento evitar al menos que se sirva de él mi enemigo; si no puedo disparar con un cañón, le sacaré al menos el percutor. Esa es la "idea" de la huelga general.

La huelga general ha aparecido siempre como un instrumento de lucha contra un Estado establecido que dispone de los ferrocarriles, del telégrafo, de las fuerzas militares y policiales, etc. Al paralizar el aparato del Estado, la huelga general, o "alarmaba" al poder o creaba las premisas para una solución revolucionaria del problema del poder.

La huelga general se ha mostrado como un instrumento de lucha particularmente eficaz cuando sólo el entusiasmo revolucionario une las masas trabajadoras y la ausencia de organización y de un Estado mayor de combate no les permite apreciar el avance de las relaciones entre las fuerzas ni elaborar el plan de operaciones. Podemos pensar que la revolución antifascista en Italia, cuyo inicio será marcado por un cierto número de conflictos localizados, pasará inevitablemente por el estadio de la huelga general. Esta es la única vía por la que la clase obrera italiana, hoy atomizada, tomará de nuevo conciencia de que constituye una sola clase y podrá medir la fuerza de resistencia del enemigo al que debe derrocar.

La huelga general solamente sería una forma adecuada de lucha contra el fascismo en Alemania si este último estuviese ya en el poder y controlase firmemente el aparato del Estado. Pero la consigna de la huelga general no es más que una fórmula vacía si se trata de aplastar al fascismo en su tentativa de apoderarse del poder.

En el momento de la marcha de Kornilov sobre Petrogrado, ni a los bolcheviques ni a los soviets en su conjunto se les ocurrió desencadenar una huelga general.

---

[10] Seguidores de August Bebel (1840-1913): Uno de los cofundadores, junto con Wilhelm Liebknecht del Partido Socialdemócrata Alemán. Bajo su dirección llegó a ser un partido poderoso; formalmente rechazaba el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que terminaron por apoderarse del partido poco tiempo después de su muerte.

En los ferrocarriles, los obreros luchaban por transportar a las tropas revolucionarias y retener los destacamentos de Kornilov. Las fábricas sólo se pararon en la medida en que los obreros debían partir al frente. Las empresas que trabajaban para el frente revolucionario redoblaron su actividad.

La huelga general no se planteó durante la Revolución de Octubre. En la víspera de la revolución, la inmensa mayoría de las fábricas y los regimientos se habían adherido ya a la dirección del soviet bolchevique. En esas condiciones, llamar a las fábricas a la huelga general significaba debilitarse a sí mismo, y no debilitar al adversario. En los ferrocarriles, los obreros se esforzaban por ayudar a la insurrección; los funcionarios, aun simulando un aire de neutralidad, ayudaban a la contrarrevolución. La huelga general de ferrocarriles no habría tenido ningún sentido; el problema se resolvió cuando los obreros tomaron la ventaja.

En Alemania, si la lucha estalla a partir de conflictos localizados debidos a una provocación de los fascistas, es poco probable que un llamado a la huelga general responda a las exigencias de la situación. La huelga general significaría sobre todo: aislar a una ciudad de otra, a un barrio de otro e incluso a una fábrica de otra. Sería más difícil encontrar y reunir a los desocupados. En esas condiciones, los fascistas, a los que no les falta un Estado mayor, pueden ganar cierta superioridad gracias a su dirección centralizada. Es cierto, sus tropas están atomizadas hasta tal punto que, incluso en ese caso, la tentativa de los fascistas puede ser rechazada. Pero ese es ya otro aspecto del problema.

El problema de las comunicaciones ferroviarias debe ser abordado no desde el punto de vista del “prestigio” de la huelga general que supone el que todos hagan huelga, sino desde el punto de vista de su utilidad en el combate: ¿a quién y contra quién servirán las vías de comunicaciones durante el enfrentamiento?

En consecuencia, hay que prepararse no para la huelga general, sino para resistir a los fascistas. Esto implica: crear en todas partes bases de resistencia, destacamentos de choque, reservas, Estados mayores locales y centros de dirección, una ligazón efectiva, planes muy sencillos de movilización.

Lo que han hecho las organizaciones locales en un rincón de provincia, en Bruchsal o en Klingental, donde los comunistas junto con el SAP y los sindicatos han creado una organización de defensa, a pesar del boicot de las altas esferas reformistas, es un ejemplo para todo el país, a pesar de sus modestas dimensiones. ¡Oh, jefes poderosos! ¡Oh, estrategas siete veces sabios! ¡Sentimos deseos de gritarles: aprendan una lección de los obreros de Bruchsal y de Klingental, imítenlos, extiendan su experiencia, aprendan la lección de los obreros de Bruchsal y de Klingental!

La clase obrera alemana dispone de poderosas organizaciones políticas, económicas y deportivas. Es lo que constituye la diferencia entre el “régimen de Brüning” y el “régimen de Hitler”. En Brüning no hay ningún mérito: la debilidad burocrática no es un mérito. Pero hay que mirar las cosas de frente. El hecho

principal, capital, fundamental, es que la clase obrera de Alemania está todavía en plena posesión de sus organizaciones. La única razón de su debilidad es una utilización incorrecta de su fuerza. Basta con extender a todo el país la experiencia de Bruchsal y Klingental y Alemania presentará, un panorama totalmente distinto. En esas circunstancias, la clase obrera podrá recurrir contra los fascistas a formas de lucha mucho más eficaces y directas que la huelga general. Si la evolución de la situación vuelve necesaria la utilización de la huelga general (una necesidad así podría nacer de un cierto tipo de relaciones entre los fascistas y los organismos del Estado), el sistema de comités de defensa constituidos sobre la base del frente único garantizaría por adelantado el éxito de la huelga de masas.

La lucha no se detendría en esa etapa. En efecto, ¿qué es lo que hay en el fondo de la organización de Bruchsal y Klingental? Hay que saber discernir lo que hay de importante en acontecimientos aparentemente menores: este comité local de defensa es de hecho el comité local de los diputados obreros; no se llama así y no tiene conciencia de ello, porque se trata de un pequeño rincón de provincia. Aquí también, la cantidad determina la cualidad. ¡Trasladen esta experiencia a Berlín y tendrán el soviet de diputados obreros de Berlín!

LOS SINDICATOS ANTE LA EMBESTIDA ECONÓMICA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN[1]

DECLARACIÓN DE LOS REPRESENTANTES DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA (BOLCHEVIQUES LENINISTAS) AL CONGRESO CONTRA EL FASCISMO

30 DE MARZO DE 1933

Toda la historia moderna atestigua que el proletariado no es nada sin sus organizaciones de clase.

Al mismo tiempo, la experiencia demuestra que las organizaciones obreras pueden convertirse en un obstáculo para la lucha revolucionaria. Más de una vez el movimiento proletario resultó aplastado por esta contradicción. El ejemplo más trágico es la catástrofe de Alemania, en la que las organizaciones dirigentes, cada una a su manera, paralizaron al proletariado desde arriba y lo entregaron inerme al fascismo.

El Partido Comunista se impone como fin conducir al proletariado al poder, sólo puede realizar su misión revolucionaria ganando a la mayoría del proletariado y, por consiguiente, a sus organizaciones de masas, principalmente los sindicatos.

El partido debe librar su lucha por ganar influencia en los sindicatos de manera tal que no frene las tareas inmediatas de la organización de masas, que no las rompa, ni produzca en los obreros la impresión de que los comunistas desorganizan el movimiento de la clase. Los principios rectores de esta lucha aparecen esbozados en el *Manifiesto Comunista*, se desarrollaron en la teoría y en la práctica del movimiento obrero y encontraron su expresión más elevada en la obra del bolchevismo.

El partido es la flor y nata de la clase, su elite revolucionaria. El sindicato abarca amplias masas obreras, de distintos niveles. Cuanto más amplias son las masas que abarca, más se acerca el sindicato al cumplimiento de sus objetivos. Pero en la medida en que la organización gana en amplitud, pierde en profundidad. Las tendencias oportunistas, nacionalistas y religiosas que cunden en los sindicatos y en sus direcciones muestran

[1] Publicado en *Biulleten Oppozitsii* Nº 34, mayo de 1933. Sin firma. Los mismos que organizaron en 1932 el congreso antibélico de Ámsterdam comenzaron a preparar un congreso antifascista después del ascenso de Hitler al poder. Su sede iba a ser Copenhague, pero tuvo que ser trasladada a París. Este documento fue uno de varios artículos preparados por la Oposición de Izquierda Internacional y redactados o corregidos por Trotsky. Tomado de la versión digitalizada de León Trotsky, *Escritos (1929-40)*, Bs. As., CEIP, 2000, libro 3.

que éstos no sólo reúnen a la vanguardia sino también a una pesada retaguardia. Así, las debilidades de los sindicatos surgen de lo que los hace fuertes. La lucha contra el oportunismo en las organizaciones sindicales significa fundamentalmente trabajar persistente y pacientemente para unir esa retaguardia con la vanguardia.

Quienes separan a los obreros revolucionarios de los sindicatos, quienes construyen, paralelamente a las organizaciones de masas, sindicatos revolucionarios, "puros" – según el término irónico empleado por Lenin– pero pequeños y, por lo tanto, débiles, no resuelven la tarea histórica sino que renuncian a solucionarla; peor aún, obstaculizan la lucha por ganar influencia en la clase obrera.

Los organizadores de este congreso integran la Internacional Sindical Roja, de oposición. La historia de estas organizaciones es la de la violación criminal de los principios del marxismo en el terreno sindical. La Internacional Sindical Roja no es si no un partido comunista, o parte de un partido comunista, con otro nombre. Esta organización no vincula el partido a los sindicatos; por el contrario, lo separa de ellos. Su debilidad numérica no le permite remplazar a los sindicatos en el terreno de la movilización de masas, y tampoco puede influir desde afuera, puesto que aparece como organización hostil y opuesta a los sindicatos.

Para justificar la política de la Internacional Sindical Roja, así como la del socialfascismo, la burocracia stalinista apela al hecho de que la dirección de los sindicatos alemanes se demostró dispuesta a actuar de lacayo de Hitler, como en el pasado lo fue de los Hohenzollern. Señalando el papel abyecto de Leipart y Cía., los stalinistas franceses se oponen a la fusión de las dos organizaciones sindicales de Francia. Aceptan la unidad con una sola condición: la dirección de los sindicatos conjuntos debe estar en manos de combatientes revolucionarios, no de traidores.

Con ello los stalinistas demuestran una vez más que, igual que los Borbones franceses, no aprendieron nada ni olvidaron nada. Exigen que se les entregue organizaciones de masas con direcciones revolucionarias prefabricadas, y condescienden a participar en esos sindicatos. En otras palabras, esperan que los demás realicen la tarea histórica que debería constituir el objetivo fundamental de su propio trabajo.

Los dirigentes de los sindicatos alemanes, como los de los sindicatos ingleses y norteamericanos y los de los sindicatos reformistas franceses, son –como dijo Rosa Luxemburgo hace muchos años– "los canallas más grandes del mundo". La tarea más importante de la IC ha sido, desde su fundación, echar de los sindicatos a los canallas. Pero, cuando se trató de cumplir esta tarea, la burocracia stalinista demostró su bancarrota total.

El hecho de que la Internacional Sindical Roja no se haya pasado al bando de Hitler constituye un mérito puramente negativo del que, en general, no corresponde jactarse en las filas revolucionarias. Pero su impotencia, la impotencia del PC Alemán, la impotencia de la IC, reside precisamente en que los canallas como Leipart y Cía. siguen al frente de los sindicatos de masas. En cuanto a la Internacional Sindical

Roja, antes de que se produjeran los grandes acontecimientos ya había demostrado ser un castillo de naipes.

El lugar de los comunistas está en los sindicatos. Deben ingresar en ellos con las banderas plegadas o al viento, para actuar clandestinamente o al descubierto, según las condiciones políticas y policiales imperantes en el país. Pero deben actuar, no cruzarse de brazos.

Respecto de su participación en el movimiento sindical, generalmente los comunistas no pueden exigir condiciones a la clase obrera o a la burocracia reformista. Si la clase obrera comprendiera de antemano las ventajas de la política comunista no toleraría la presencia de traidores reformistas al frente de sus organizaciones. Por su parte, la burocracia reformista persigue consecuentemente el objetivo de mantener a los comunistas fuera de los sindicatos y por eso rechaza toda condición que podría facilitar siquiera mínimamente el trabajo de aquéllos. El revolucionario proletario no inventa ultimátums arrogantes, pero absurdos, para justificar su deserción del sindicato; penetra en éste salvando todas las barreras y obstáculos. El comunista no pretende que los burócratas sindicales creen las condiciones favorables para su trabajo; las crea él gradualmente, en la medida en que adquiere influencia dentro del sindicato.

El hecho de que este congreso, que llama a preparar la resistencia ante la embestida del capital y el fascismo, haya sido convocado por organizaciones que son sectarias por principio –las organizaciones alemana, polaca e italiana afiliadas a la ISR– nos obliga a elevar con redoblada fuerza nuestro llamado a todos los comunistas auténticos, a luchar contra los métodos fatales de la burocracia stalinista, que aíslan a la vanguardia proletaria y le cierran el camino a la victoria.

¡Camaradas comunistas, obreros conscientes! ¡Implantad en el terreno del sindicalismo la plena vigencia de los principios del marxismo, tal como los formularon los cuatro primeros congresos de la IC! ¡Limpien el polvo stalinista de vuestros zapatos! ¡Vuelvan al camino de Marx y Lenin! ¡Sólo este camino lleva hacia adelante!

LOS PROBLEMAS DE LOS SINDICATOS EN NORTEAMÉRICA[1]

23 DE SEPTIEMBRE DE 1933

Queridos camaradas:

La cuestión del trabajo en los sindicatos sigue teniendo una importancia excepcional en todos los países. En los EEUU, ésta se plantea por primera vez a gran escala en un momento en el que toda la vida económica y política de la nación está conmocionada y en el que la política del gobierno da un impulso al movimiento sindical[2]. Es completamente improbable que el liberalismo gubernamental hacia los sindicatos, sin hablar de la política actual de planificación general, continúe por mucho tiempo. Se puede decir en todo caso con total seguridad que el liberalismo de la administración frente a los sindicatos no se transformará súbitamente, en lo que concierne a la burocracia sindical, en liberalismo frente a los comunistas. Bien por el contrario, pues no sólo el espíritu reaccionario de Green y compañía[3], sino también la burocracia "progresista"[4] de los sindicatos, quieren redoblar sus ataques contra el ala revolucionaria con el fin de demostrar claramente a la Casa Blanca que ellos merecen plenamente su confianza y su apoyo. El gran peligro es que, en este período de profunda agitación de las masas y de desarrollo de los sindicatos, los comunistas se dejen aislar nuevamente de

[1] Traducción especial para esta edición de *Œuvres* T2, Francia, ILT, 1978, p. 218. Publicado por primera vez en *International Bulletin*, Communist League of America Nº 1, nueva serie. Redactado el 23 de septiembre de 1933, este texto fue publicado con la firma del plenario, que lo adoptó, y el 25, bajo forma de carta del SI a la sección norteamericana.

[2] La llegada del presidente de los EEUU Franklin D. Roosevelt (1882-1945), bajo la etiqueta demócrata, había abierto el período de la política del New Deal, marcada especialmente en mayo por la adopción del National Industrial Recovery Act, cuya 7º sección reconocía plenamente el derecho de los obreros a sindicalizarse, elegir sus representantes y negociar convenciones colectivas.

[3] William Green (1873-1952): Antiguo minero se convirtió en sindicalista rentado, luego presidente de la AFL (American Federation of Labor), en 1924, sucediendo a Samuel Gompers, prosiguiendo con la política del "gomperismo" más estrecha, combatiendo la organización de los sindicatos por industria y participando de la "caza de los rojos".

[4] El ala "progresista" de los sindicatos estaba encarnada en burócratas sindicales alineados a la organización de los obreros no especializados en los sindicatos de industria: David Dubinsky, presidente de la ILGWU (tailleurs para damas), Sydney Hillman, presidente de la Amalgamated Clothing Workers (vestimenta) y sobre todo, el último alineado, John Lewis, de la UMW (mineros).

las organizaciones sindicales[5]. Es tanto más fácil para los burócratas sindicales llegar a esto cuanto que la burocracia stalinista ha comprometido gravemente al comunismo a los ojos de los trabajadores por su política de ultimátum, órdenes e impotencia, y nosotros también estaremos expuestos a esto.

En todas partes en donde se expulsan comunistas de los sindicatos, en todas partes donde se es capaz de hacerlo mañana, no sólo está permitido, sino que es obligatorio, no desplegar prematuramente la bandera del comunismo, sino llevar adelante un trabajo revolucionario "anónimo". Se puede objetar que tal método de trabajo contiene peligros: disimulando su bandera, la organización puede perderla de vista inconscientemente. Adaptarse a un enemigo o a los prejuicios de las masas lleva en sí mismo el peligro de una degeneración hacia el oportunismo. Todo esto es verdad. El partido como tal debe actuar con la bandera desplegada y llamar a las cosas por su nombre. Pero, en el caso que nos ocupa, no hablamos del partido (la Liga[6]), sino de sus destacamentos de elite que trabajan al interior de los sindicatos hostiles[7]. No es todo lo mismo. Los comunistas que trabajan en los sindicatos, evidentemente, no pueden en ningún caso renegar de su partido, es decir, hacer declaraciones en contradicción con su programa y sus decisiones. Pero el comunista dentro del sindicato, ciertamente, no está obligado a decir lo que dice el partido como tal. No está obligado de hacer alarde de su calidad de comunista[8]. El partido puede y debe explicar en detalle en su prensa, en las reuniones de masas, en las asambleas de los huelguistas y las asambleas generales de los sindicatos, lo que los comunistas dentro de los sindicatos pueden estar imposibilitados de decir en un momento dado. Es indispensable organizar una sabia división del trabajo gracias a la cual los diferentes elementos de la organización política se complementan unos a los otros.

Por supuesto, esto no significa que los comunistas que trabajan dentro de los sindicatos pueden decidir por sí mismos su política en el trabajo en el sindicato: es la organización política en su conjunto a la que pertenecen quien debe decidir qué formas de adaptación a la situación del sindicato están permitidas y son convenientes. Cuanto más difícil se vuelve el trabajo revolucionario en los sindicatos, el control que debe ejercer el partido sobre sus miembros debe ser rigurosamente más sistemático. Pero este control puede –y, en la mayoría de los casos debe–, en las condiciones actuales, permanecer totalmente secreto.

---

[5] En el curso del "tercer período", los comunistas de EEUU habían prácticamente abandonado el trabajo al interior de los sindicatos afiliados a la AFL para intentar constituir "sindicatos rojos" afiliados a la Trade-Union Unity League.

[6] La Communist League of America (Liga Comunista de Norteamérica, sección de la Oposición de Izquierda Internacional).

[7] Uno de estos "destacamentos" se haría famoso: el que constituían al interior del Local 574 de la Fraternidad de los Teamsters de la AFL en Minnéapolis los veteranos de la Oposición Comunista: Carl Skoglund y los tres hermanos Dunne: Grant, Miles y Vincent.

[8] Fue cerca de esta fecha que Farrell Dobbs abordó a uno de los trotskistas del Local 574 preguntándole si era verdad que era "comunista", con la intención de serlo él también.

Es verdad que, incluso cuando exista ese control, el trabajo "anónimo" en los sindicatos puede conducir a una estrechez de miras y una disminución del nivel revolucionario. Sólo existe un medio para prevenirse de esto: los comunistas no deben ser sólo sindicalistas, sino trabajar también dentro del partido, fuera de los sindicatos, en caso de ser necesario clandestinamente para no comprometerse frente a ellos.

En numerosos casos, los stalinistas declararon que aceptarían trabajar dentro de los sindicatos, pero con la condición que, de entrada, se les dé el derecho a tener sus fracciones comunistas. Tales "condiciones" son grotescas: exigir a la burocracia sindical que persigue a los comunistas, que estos últimos gocen de una comodidad total para trabajar, mientras amenazan, en caso de que los burócratas se nieguen, con hacer huelga, es decir, no aceptar hacer el trabajo revolucionario, es un disparate manifiesto. Es necesario que sepamos trabajar sin comodidades en los sindicatos, y sin la autorización de la burocracia.

Está claro que los comunistas deben unirse en una fracción, pero esta fracción, siempre trabajando sobre la base de una disciplina interna rigurosa, en ningún caso debe aparecer abiertamente como tal si las condiciones se revelan desfavorables –y es así en la mayoría de los casos.

El partido debe, es evidente, tener una plataforma para el trabajo sindical en un período dado. Hay que saber expresarla en el lenguaje de los sindicalistas de manera de hacer progresar con más seguridad a las masas. El peligro de lo que nosotros llamamos el "seguidismo" –peligro muy serio y muy real– será tanto más evitable en la medida que el partido en su conjunto complete el trabajo de sus fracciones sindicales.

Por otra parte, está claro que un trabajo tan prudente dentro de los sindicatos debería proseguirse hasta que los comunistas logren dar a los trabajadores la prueba de que ellos no son burócratas stalinistas, ultimatistas obtusos, sino combatientes serios y capaces, con quienes se puede contar, y que, por lo tanto, son dignos de confianza. Cuanto más crezca la influencia de la fracción comunista dentro del sindicato, estará en mejores condiciones de desplegar audaz y abiertamente la bandera de su partido.

Esperamos sinceramente que uds. aprueben estas consideraciones fundamentales.

LOS SINDICATOS EN GRAN BRETAÑA[1]

4 DE SEPTIEMBRE DE 1933

En Gran Bretaña, al igual que en la mayoría de los viejos países capitalistas, la cuestión sindical sigue siendo la más importante de la política proletaria. Los errores de la IC en este terreno son innumerables. No es de extrañar: la incapacidad de un partido para establecer relaciones correctas con la clase se manifiesta con máxima gravedad en el área del movimiento sindical. Por esto creo necesario tratar esta cuestión.

Los sindicatos se formaron en el período de surgimiento y auge del capitalismo. Tenían por objeto mejorar la situación material y cultural del proletariado y la extensión de sus derechos políticos. Este trabajo, que en Inglaterra duró más de un siglo, dio a los sindicatos una autoridad tremenda sobre los obreros. La decadencia del capitalismo británico, dentro del marco de la declinación del sistema capitalista mundial, minó las bases del trabajo reformista de los sindicatos. El capitalismo sólo se puede mantener rebajando el nivel de vida de la clase obrera. En estas condiciones los sindicatos pueden o bien transformarse en organizaciones revolucionarias o bien convertirse en auxiliares del capital en la creciente explotación de los obreros.

La burocracia sindical, que resolvió satisfactoriamente su propio problema social, tomó el segundo camino. Volcó toda la autoridad acumulada por los sindicatos en contra de la revolución socialista e incluso en contra de cualquier intento de los obreros de resistir los ataques del capital y de la reacción.

A partir de ese momento, la tarea más importante del partido revolucionario pasó a ser la liberación de los obreros de la influencia reaccionaria de la burocracia sindical. La IC reveló una total ineptitud en este campo decisivo. En 1926-27, especialmente en el período de la huelga minera y de la Huelga General, o sea en el momento de los grandes crímenes y traiciones del Consejo General de los sindicatos, la IC adulaba servilmente a los cabecillas de los rompehuelgas, los rodeaba con un manto de autoridad a los ojos de las masas y los ayudó a mantener su sitial. El Movimiento de la Minoría sufrió así un golpe mortal. La burocracia de la IC, asustada de su propia obra, se fue al otro extremo: al ultraizquierdismo. Los excesos fatales del "tercer período" se debieron al deseo de la pequeña minoría comunista de actuar como si estuviera

[1] Tomado de León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., p. 35. Fue publicado en León Trotsky, *Comunismo y Sindicalismo*, folleto del Labour Press, 1971. Cotejado y modificado según la versión en inglés de www.marxists.org.

respaldada por una mayoría. Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista enfrentó a los sindicatos, que abarcaban millones de obreros, con sus propias organizaciones, muy respetuosas de la dirección de la IC pero abismalmente separadas de la clase obrera. A la burocracia sindical no se les podía hacer un favor mayor. Si hubiera estado en su poder el otorgar la Orden de la Jarretera, ésta habría adornado el pecho de todos los dirigentes de la IC y de la Internacional Sindical Roja.

Los sindicatos, como ya hemos dicho, no cumplen ahora un rol progresivo sino reaccionario. Pero sin embargo reúnen millones de obreros. No debemos pensar que los obreros son ciegos y no ven el cambio producido en el papel histórico de los sindicatos.

¿Pero qué hacer? Ante los ojos del ala izquierdista de los obreros, la vía revolucionaria está seriamente comprometida por los zig-zags y aventuras del comunismo oficial. Los obreros se dicen: los sindicatos son malos, pero sin ellos estaríamos peor.

Es la psicología del que se encuentra en un callejón sin salida.

Mientras tanto, la burocracia sindical persigue con más fuerza aún a los obreros revolucionarios, remplazando con el mayor descaro la democracia interna por la acción arbitraria de una camarilla, transformando a los sindicatos en una especie de campo de concentración de los obreros durante la decadencia del capitalismo.

Frente a esta situación, surge inmediatamente una idea: ¿No es posible superar a los sindicatos? ¿No es posible remplazarlos por alguna organización nueva, no corrupta, algo así como sindicatos revolucionarios, comités por empresa o soviets? El error fundamental de este tipo de intentos reside en que reducen a experimentos organizativos el gran problema político de cómo liberar a las masas de la influencia de la burocracia sindical. No basta con ofrecer a las masas otro lugar adonde dirigirse. Hay que ir a buscarlas donde están y guiarlas.

Los izquierdistas impacientes dicen a veces que es absolutamente imposible ganar los sindicatos porque la burocracia usa el régimen interno de las organizaciones para preservar sus propios intereses, recurriendo a las maquinaciones más burdas, a la represión, al juego sucio, al estilo de la oligarquía parlamentaria de la era de los "municipios podridos".

¿Entonces por qué gastar tiempo y energías? Este argumento se reduce en realidad a lo siguiente: abandonemos la lucha concreta por ganar a las masas, usando como pretexto el carácter corrupto de la burocracia sindical. Este argumento puede seguirse desarrollando: ¿por qué no abandonar el trabajo revolucionario también, en vista de la represión y la provocación de la burocracia estatal? Aquí no hay diferencias de principios, ya que la burocracia sindical se ha convertido definitivamente en parte del aparato político, económico y gubernamental del capitalismo.

Es absurdo pensar que sería posible trabajar contra la burocracia sindical con su propia ayuda, o siquiera con su consentimiento. Ya que se defiende mediante persecuciones, violencias, expulsiones, recurriendo frecuentemente a la ayuda de las autoridades gubernamentales, debemos aprender a trabajar discretamente en los

sindicatos, encontrando un lenguaje común con las masas pero sin descubrirnos prematuramente ante la burocracia. Precisamente en la época actual, en que la burocracia reformista del proletariado se ha transformado en guardiana económica del capital, el trabajo revolucionario en los sindicatos, realizado inteligente y sistemáticamente, puede llegar a resultados decisivos en un plazo relativamente corto.

Con esto no queremos decir que el partido revolucionario tenga alguna garantía de que ganará completamente a los sindicatos para la revolución socialista. El problema no es tan simple. El aparato sindical se ha independizado mucho de las masas. La burocracia es capaz de retener sus posiciones hasta mucho tiempo después de que las masas se hayan volcado en su contra. Pero es precisamente esa situación, en que las masas ya son hostiles a la burocracia pero ésta todavía es capaz de tergiversar la opinión de la organización y sabotear nuevas elecciones, la más propicia para la creación de comités de fábrica, consejos obreros y otras organizaciones para las necesidades inmediatas del momento. Incluso en Rusia, donde los sindicatos no tenían ni por asomo la poderosa tradición de los británicos, la Revolución de Octubre tuvo lugar cuando los mencheviques predominaban en la administración de los sindicatos. Aunque habían perdido a las masas, estas administraciones aún podían sabotear las elecciones en los aparatos, si bien ya eran incapaces de sabotear la revolución proletaria.

Es imprescindible preparar desde ya a los obreros avanzados para que se hagan a la idea de crear comités de fábrica y consejos obreros en el momento en que se dé un cambio brusco.

Pero sería totalmente erróneo "jugar" en la práctica con la consigna de consejos de fábrica, consolándose con esta "idea" por la falta de un verdadero trabajo y de una real influencia en los sindicatos. Contraponer a los sindicatos existentes la idea abstracta de consejos obreros sería tirarse en contra no sólo a la burocracia sino también a las masas, privándose así de la posibilidad de preparar el terreno para la creación de los consejos obreros.

La IC ha ganado no poca experiencia en esto con la creación de sindicatos obedientes, comunistas puros, enfrentó hostilmente a sus secciones con las masas obreras, condenándose a la impotencia total. Esta es una de las causas más importantes del colapso del Partido Comunista Alemán.

Claro que el Partido Comunista británico, por lo que sé, se opone a la consigna de consejos obreros en las condiciones actuales.

Superficialmente esto podría parecer una apreciación realista de la situación.

En realidad lo que pasa es que rechaza una forma de aventurerismo político y adopta otra, más histérica. La teoría del socialfascismo[2] y su práctica, y el rechazo

[2] La teoría del socialfascismo fue una de las invenciones más desastrosas del "tercer período". Según el dictamen de Stalin, los socialistas y los fascistas no eran antagónicos sino "gemelos". Los comunistas de todo el mundo llamaban a los partidos y sindicatos socialdemócratas "socialfascistas" y por consiguiente los consideraban un peligro mayor que los verdaderos fascistas. Esto hizo imposible el frente único contra el nazismo y otros movimientos fascistas y permitió el triunfo de Hitler.

de la política de frente único crean obstáculos insuperables para el trabajo en los sindicatos, ya que éstos son, por naturaleza, un frente único de hecho de los partidos revolucionarios con los reformistas y las masas sin partido. En tanto el Partido Comunista británico se mostró incapaz, aún después de la tragedia alemana, de aprender nada y de rearmarse, una alianza con él puede llevar a la quiebra incluso al Partido Laborista Independiente (ILP)[3] ahora que ha entrado en un período de aprendizaje revolucionario.

No cabe duda de que los seudocomunistas mencionarán el último congreso de los sindicatos, que declaró que no puede haber un frente único con los comunistas contra el fascismo.

Sería una locura aceptar esta muestra de sabiduría como veredicto final de la historia. Los burócratas sindicales pueden permitirse estas fórmulas jactanciosas solamente porque no están amenazados inmediatamente por el fascismo o por el comunismo. Cuando la espada del fascismo se alce sobre las cabezas de los sindicatos, si media una política correcta del partido revolucionario, las masas sindicales mostrarán una urgencia irresistible por aliarse con el ala revolucionaria, y arrastrarán con ellas en tal dirección incluso aparte del aparato. Si por el contrario el comunismo se convirtiera en una fuerza decisiva, que amenazara al Consejo General con la pérdida de sus posiciones, honores y rentas, los señores Citrine[4] y Cía. entrarían indudablemente en un bloque con Mosley[5] y Cía. contra los comunistas. Así fue como en agosto de 1917 los mencheviques y los socialrevolucionarios [SR] rusos rechazaron junto con los bolcheviques al general Kornilov. Dos meses más tarde, en octubre, luchaban hombro a hombro con los kornilovianos contra los bolcheviques. Y en los primeros meses de 1917, cuando todavía eran fuertes, los reformistas se llenaban la boca, igual que Citrine y Cía., con la imposibilidad de hacer alianza con una dictadura, fuera de derecha o de izquierda. El partido obrero revolucionario debe estar sólidamente unido por una clara comprensión de sus tareas históricas. Esto presupone un programa con bases científicas. Al mismo tiempo debe saber establecer relaciones correctas con la clase. Esto presupone una política de realismo revolucionario, libre tanto de vaguedades oportunistas como de reservas sectarias. Teniendo en cuenta estos dos criterios íntimamente relacionados, el Partido Laborista Independiente (ILP) debería revisar su relación con la IC, al igual que con otras organizaciones y tendencias de la clase obrera. En esto se juega sobre todo la suerte del propio ILP.

---

[3] El ILP, fundado en 1893, era el ala izquierda del Labor Party, al que había contribuído a fundar. Expulsado en 1931, volvió a él en 1939, luego de un breve acercamiento a la OII.

[4] Walter Citrine, Sir (1887-1983): Secretario general del Congreso de Sindicatos británico (l926-1946). En 1935 se le dio el título de Sir por sus servicios al capitalismo británico, y en 1946 se lo hizo baronet.

[5] Oswald Mosley, Sir (1896-1980): Cabeza de la Unión de Fascistas y Nacional Socialistas británicos.

POR UN ACUERDO DE COMBATE DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS CONTRA EL FASCISMO[1]

22 DE NOVIEMBRE DE 1933

Las organizaciones abajo firmantes llaman a todos los partidos obreros, a las organizaciones sindicales, deportivas, educativas y otras de la clase obrera, con la siguiente propuesta:

La experiencia de Alemania mostró qué destino reservaría a la clase obrera europea y mundial un desarrollo ulterior del fascismo. Pero al mismo tiempo, no se produjo un cambio de ningún tipo en la política de las organizaciones obreras desde la aplastante derrota del proletariado alemán. Causas idénticas conducen a efectos idénticos. Si las organizaciones obreras no sacan las conclusiones prácticas necesarias de la experiencia de la catástrofe alemana, los próximos años serán los de la aplastante derrota final del proletariado mundial.

Está lejos de nosotros proponer la idea de la fusión de los partidos obreros, la renuncia a la lucha dentro de la clase obrera, etcétera. Tales propuestas son totalmente utópicas. Ante la presencia de profundas diferencias principistas, las divisiones y la lucha interna en las filas del proletariado son absolutamente inevitables. Podría tratarse solamente de un acuerdo práctico entre las diferentes organizaciones contra el enemigo común. Sin renunciar ni a su independencia, ni al derecho a la crítica mutua, las organizaciones obreras deberían concluir entre ellas un acuerdo de combate contra el fascismo. Ante todo, se trata de defender el instrumento fundamental del proletariado: sus organizaciones. Esta tarea es también evidente e inmediata para todo obrero organizado, sea cual sea la dirección política global de su organización.

No permitir que los fascistas entren en las fábricas; no dejarlos que ocupen la calle a través de sus maniobras preparatorias; ahogar desde su inicio toda tentativa de su parte para quebrar las reuniones obreras, etc. –este es el programa más simple, y al mismo tiempo, más importante para un acuerdo entre las organizaciones de la clase obrera.

[1] Se trata de un texto para proponer a la iniciativa del NAS (ver próximo artículo Nota3), mencionado en la carta al SI fechada el mismo día. Traducción especial para esta edición de *Œuvres* T3, París, ILT, 1978, p. 82.

Un acuerdo de combate supone, evidentemente, la observación de una disciplina militar de parte de todos los participantes; pero sólo se tratará de disciplina frente a acciones prácticas definidas en los límites que cada una de las organizaciones consentirá por adelantado voluntariamente.

Las formas organizadas, como los métodos prácticos del acuerdo de combate, serán inevitablemente muy diversos en función de las condiciones nacionales y locales. La formación de un centro común de información, como primer paso, ya podría dar resultados positivos importantes. En la lucha contra el fascismo, como en toda lucha general, es extremadamente importante conocer a tiempo las fuerzas, los medios y los planes del enemigo. Sólo en estas condiciones los trabajadores no serán sorprendidos. Sólo así el Estado Mayor militar puede ser educado y convertirse en capaz de movilizar a las masas para defenderse, y, además, para atacar. No cabe duda que una amplia formación de combate, sostenida por los partidos y sindicatos de orientaciones diversas, atraería la confianza y la simpatía de los obreros desorganizados y de los trabajadores en general, y además, por este solo hecho, impediría la penetración del veneno fascista en el seno de las clases oprimidas.

Llamamos a todas las organizaciones obreras, locales, nacionales e internacionales, que estén de acuerdo en principio con las ideas fundamentales de esta carta, a firmarla, acompañando su firma, si ellas lo desean, con críticas, correcciones y sugerencias de enmiendas.

Así se realizaría una consulta entre organizaciones obreras que tendría en sí misma una gran importancia para su comprensión mutua. Sobre la base de los resultados de esta consulta, sería posible tomar nuevas iniciativas[2].

---

[2] No hemos podido corroborar si esta iniciativa fue tomada por el NAS.

CARTAS SOBRE LA SITUACIÓN SINDICAL HOLANDESA[1]

(EXTRACTOS)

Al Comité Central del
Partido Obrero Socialista Revolucionario (POSR)[2]
Ámsterdam

[...] b) Sobre el problema sindical tampoco puedo compartir la política de nuestro partido hermano holandés. Los motivos los he planteado a menudo por escrito y en especial verbalmente. Se sigue llevando adelante la política de la NAS[3] apoyándose en la ley de la inercia. No es que haya una motivación estratégica más profunda. En Holanda, tal como sucede ahora en Francia, la evolución tendrá que derivar hacia la senda revolucionaria o hacia la senda fascista. En ninguno de los dos casos veo que haya lugar para la NAS. Cuando comience en Holanda la gran oleada huelguística, lo que debe darse como muy probable si no por seguro, los sindicatos reformistas crecerán a pasos agigantados, sumando a sus filas elementos nuevos, y en una etapa así la NAS aparecerá ante las masas como una fracción incomprensible. Por lo tanto serán sordas a las consignas correctas del POSR y de la dirección de la NAS. Pero si los miembros del POSR

---

[1] Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Sobre los sindicatos*, op. cit., pp. 37-38.

[2] El POS [siglas en español del Socialistixche Arbeiters Partij (Partido Obrero Socialista)] era el partido que Henricus Sneevliet (1883-1942) organizó en 1927, después de alejarse del Partido Comunista. Este partido se unió al movimiento por una IV Internacional en 1934 y al año siguiente se fusionó con otros elementos revolucionarios de Holanda para formar el POSR (Partido Obrero Socialista Revolucionario o RSAP en holandés). Debido a diferencias acerca de la política sindical y de la actitud hacia el POUM español, el POSR rompió con el movimiento trotskista internacional y no participó del Congreso de Fundación de la IV Internacional en 1938. Durante la Segunda Guerra Mundial Sneevliet fue detenido por los alemanes y fusilado. Carta sin fecha.

[3] La NAS [Nationaal Arbeids Secretariaat (Secretariado Obrero Nacional)] fue fundada en 1893 y disuelta en julio de 1940, al comenzar la ocupación nazi de Holanda. Permaneció como una pequeña oposición revolucionaria a la NVV, la gran organización sindical con dirección reformista. En la década del '30 los miembros de la NAS, eran muy militantes y con conciencia de clase, principalmente portuarios y obreros de la construcción. Había tenido un gran sector de obreros municipales de Ámsterdam hasta 1934, en que el gobierno prohibió esos empleos a los sindicatos "rojos". Para entender el planteamiento de Trotsky, que se encuentra más adelante, de que "la NAS existe sólo gracias a la tolerancia y al aporte financiero del gobierno burgués" debe tenerse en cuenta que el fondo de desempleo del gobierno holandés se distribuía por intermedio de las organizaciones sindicales, incluida la NAS.

y los mejores elementos de la NAS estuvieran dentro de los sindicatos reformistas podrían convertirse, con el alza inminente, en el eje de cristalización del ala izquierda, y más adelante en la fuerza decisiva del movimiento sindical. Debe decirlo claramente: la agitación sistemática y cuidadosamente preparada dentro de los sindicatos reformistas me parece que es el único medio no sólo de preservar al POSR como partido genuinamente independiente (ya que esto de por sí no tiene ningún valor histórico) sino también de llevarlo a la victoria, o sea al poder. Si consideramos una alternativa mucho menos probable, es decir, que la evolución de Holanda, sin pasar por un alza revolucionaria, vaya directamente en el próximo período a la fase burocrático-militar y luego a la fascista, llegamos igualmente a la misma conclusión: la política de mantener a la NAS se convertirá en un obstáculo para el partido. El primer ataque de la reacción ya se ha dirigido a la NAS y les costó la mitad de sus miembros. El segundo les costará la vida. Los excelentes obreros que ésta agrupa tendrán que enfilar hacia los sindicatos reformistas en forma dispersa, cada uno de por sí, o permanecerán pasivos e indiferentes. Los sindicatos no pueden llevar una existencia clandestina como el partido. Pero este golpe perjudicará terriblemente al partido, porque un partido revolucionario ilegal debe tener una cobertura legal y semilegal de masas. Si el grueso de los miembros del POSR trabaja en los sindicatos reformistas, estas organizaciones de masas le sirven al partido simultáneamente de escondite, de cobertura y de campo de trabajo. Así se preserva la coherencia de los obreros de la NAS. Otros aspectos estarán condicionados al curso de los acontecimientos y a la política del partido.

* * *

A Sneevliet
2 de diciembre de 1937[4]

[...] Finalmente debe entender que nadie en nuestro movimiento internacional se siente inclinado a seguir tolerando la situación anormal de que el partido holandés se cubra con la bandera de la IV Internacional mientras lleva adelante una política que está en flagrante contradicción con todos nuestros principios y decisiones. La NAS se ha convertido definitivamente en una piedra colgada del cuello del partido, y los arrastrará hasta el fondo. Un partido que no participe de los sindicatos reales no es un partido revolucionario. La NAS existe sólo gracias a la tolerancia y al aporte financiero del gobierno burgués. Este aporte financiero depende de vuestra actitud política. Esa es la verdadera razón por la que el partido, a pesar de nuestra insistencia, no ha elaborado una plataforma política. También es la razón por la que usted, como diputado parlamentario, nunca tuvo una intervención

[4] Extracto de "El futuro de la sección holandesa", publicado en *Internal Bulletin* Nº 5, Socialist Workers Party, agosto de 1938.

revolucionaria que pudiera servir como propaganda, tanto en Holanda como en el extranjero. Su actividad tiene un carácter diplomático y no verdaderamente revolucionario. Está atado de pies y manos a la NAS. Y ésta no es un puente tendido hacia las masas sino una pared que lo separa de ellas. Cuando criticamos las falsas políticas sindicales de otros países nos preguntan: "¿Y vuestra organización holandesa? ..." ¿Cree usted que una organización revolucionaria seria puede tolerar indefinidamente semejante situación? Tenemos paciencia, pero no podemos sacrificar los intereses elementales de nuestro movimiento.

* * *

Al Secretariado Internacional[5]
Copia a todas las secciones

21 de enero de 1938

[...] Todo lo que el Secretariado Internacional escribió sobre y contra Sneevliet era y sigue siendo absolutamente correcto. Precisamente por eso Sneevliet nunca se animó a responder con argumentos políticos, utilizando en cambio, según es su costumbre, un lenguaje abusivo absolutamente intolerable y para nada justificado. No se interesa en lo más mínimo por el marxismo, por la teoría, por una orientación general. Lo que le interesa es la NAS, una máquina burocrática barata, un puesto parlamentario. La bandera de la IV Internacional la utiliza sobre todo para proteger su actuación oportunista en Holanda. Como la NAS depende totalmente del gobierno en lo financiero, Sneevliet ha evitado tener una política precisa, o sea una política marxista, para no provocar la ira del gobierno contra la NAS. El POSR no es, ni ha sido nunca, más que un apéndice político de la NAS, que carece de sentido propio y que en los últimos años bajó de 25.000 miembros a 12.000 y muy probablemente a muchos menos.

[5] Extracto de "Conclusión de una larga experiencia", *Internal Bulletin* Nº 5, op. cit.

LOS SINDICATOS EN LA ÉPOCA DE TRANSICIÓN[1]

MAYO DE 1938

En la lucha por las reivindicaciones parciales y transitorias, los obreros necesitan, ahora más que nunca, organizaciones de masas, ante todo sindicatos. El auge de los sindicatos en Francia y en los EEUU es la mejor respuesta a las doctrinas ultraizquierdistas que predicaban que los sindicatos estaban "fuera de época".

Los bolcheviques-leninistas se encuentran en la primera fila de todas las formas de lucha, aún allí donde sólo se trata de los intereses materiales o de los derechos democráticos más modestos de la clase obrera. Toman parte activa en la vida de los sindicatos de masas, preocupándose por fortalecer y acrecentar su espíritu de lucha. Luchan implacablemente contra todas las tentativas de someter los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado con "el arbitraje obligatorio" y todas las demás formas de intervención policial, no sólo fascistas sino también "democráticas".

Sólo sobre la base de ese trabajo es posible luchar con éxito en el seno de los sindicatos contra la burocracia reformista, en particular con los stalinistas. Las tentativas sectarias de crear o mantener pequeños sindicatos "revolucionarios" como una segunda edición del partido, significa, de hecho, la renuncia a la lucha por la dirección de la clase obrera. Hace falta plantear aquí como un sólido principio: el autoaislamiento cobarde fuera de los sindicatos de masas, que equivale a la traición a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la IV Internacional.

Al mismo tiempo la IV Internacional rechaza y condena resueltamente todo fetichismo de los sindicatos, propio de los trade-unionistas y sindicalistas.

a) Los sindicatos no tienen ni pueden tener, dadas sus tareas, su composición y el carácter de su reclutamiento, un programa revolucionario acabado; por eso no pueden sustituir al partido. La creación de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no abarcan más del 20 al 25% de la clase obrera y por otra parte, a sus capas más calificadas y mejor pagas. La mayoría más oprimida de la clase obrera no es arrastrada a la lucha sino episódicamente en los períodos de auge excepcional del movimiento obrero. En estos momentos

[1] Extracto de "El programa de transición", septiembre de 1938. Tomado de la versión publicada en *El programa de transición y la fundación de la IV Internacional*, Bs. As., Ediciones IPS-CEIP, 2008, pp. 72-75.

es necesario crear organizaciones *ad hoc*, que abarquen toda la masa en lucha: los *comités de huelga*, los *comités de fábrica*, finalmente, los *soviets*.

c) Como organizaciones de las capas superiores del proletariado, los sindicatos, como lo atestigua toda la experiencia histórica, incluida la todavía fresca experiencia de los sindicatos anarco-sindicalistas de España, desarrollan poderosas tendencias a la conciliación con el régimen democráticoburgués. En los períodos agudos de lucha de clases, los aparatos dirigentes de los sindicatos se esfuerzan por convertirse en amos del movimiento de masas para domesticarlo. Esto se produce ya con las simples huelgas, sobre todo con la ocupación de las fábricas, que sacuden los principios de la propiedad burguesa. En tiempo de guerra o de revolución, cuando la situación de la burguesía se hace particularmente difícil, los jefes de los sindicatos se transforman ordinariamente en ministros burgueses.

Por todo lo que antecede, las secciones de la IV Internacional deben esforzarse constantemente no sólo en renovar el aparato de los sindicatos, proponiendo atrevida y resueltamente en los momentos críticos nuevos líderes dispuestos a la lucha, en lugar de funcionarios rutinarios y arribistas, sino también en crear en todos los casos en que sea posible, organizaciones de combate autónomas que respondan mejor a los objetivos de la lucha de masas contra la sociedad burguesa, sin detenerse, si fuese necesario, frente a una ruptura abierta con el aparato conservador de los sindicatos. Si es criminal dar la espalda a las organizaciones de masas para contentarse con ficciones sectarias, no es menos criminal tolerar pasivamente la subordinación del movimiento revolucionario de las masas al control de camarillas burocráticas abiertamente reaccionarias o disimuladamente conservadoras ("progresistas"). El sindicato no es un fin en sí mismo, sino sólo uno de los medios a emplear en la marcha hacia la revolución proletaria.

LOS COMITÉS DE FÁBRICA

El movimiento obrero de la época de transición no tiene un carácter regular y homogéneo sino febril y explosivo. Las consignas, lo mismo que las formas de organización, deben estar subordinadas a este carácter del movimiento. Huyendo de la rutina como de la peste, la dirección debe prestar atención a la iniciativa de las masas.

Las *huelgas con ocupación de fábricas*, una de las más recientes manifestaciones de esta iniciativa, rebasan los límites del régimen capitalista "normal". Independientemente de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporaria de las empresas asesta un golpe al fetiche de la propiedad capitalista. Toda huelga con ocupación plantea, en la práctica, el problema de saber quién es el dueño de la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si la ocupación promueve esta cuestión episódicamente, el *comité de fábrica* da a la misma una expresión organizada. Elegido por todos los obreros y empleados

de la empresa, el comité de fábrica crea de golpe un contrapeso a la voluntad de la administración.

A las críticas que los reformistas les hacen a los patrones del viejo tipo, los "patrones por derecho divino", tipo Ford, en contraste con los "buenos" explotadores "democráticos", nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centro de lucha contra unos y otros.

Los burócratas de los sindicatos se opondrán, por norma general, a la creación de estos comités, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de las masas. Sin embargo, su oposición será tanto más fácil de quebrar cuanto mayor sea la extensión del movimiento. En el caso en que los obreros de la empresa en los períodos "tranquilos" ya pertenezcan a los sindicatos, el comité coincidirá formalmente con el órgano del sindicato, pero renovará su composición y ampliará sus funciones. Sin embargo, el principal significado de los comités es el de transformarse en Estados mayores de combate para las capas obreras que, por lo general, el sindicato no es capaz de abarcar.

Y es precisamente de esas capas más explotadas de donde surgirán los destacamentos más abnegados de la revolución.

A partir del momento de la aparición del comité de fábrica, se establece de hecho una *dualidad de poder*. Por su esencia, ella tiene algo de transitorio, ya que encierra en sí misma dos regímenes inconciliables: el régimen capitalista y el régimen proletario. La principal importancia de los comités de fábrica consiste precisamente en abrir si no un período directamente revolucionario, al menos un período prerrevolucionario, entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda por los comités de fábrica no es prematura ni artificial, lo demuestra del mejor modo la ola de ocupación de fábricas que se ha desencadenado en algunos países. Nuevas oleadas de ese tipo son inevitables en un futuro próximo. Es preciso iniciar una campaña a favor de los comités de fábricas para que los acontecimientos no nos tomen desprevenidos.

LA CUESTIÓN SINDICAL[1]

31 DE AGOSTO DE 1938

Querido camarada Dauge[2]:

Sólo quiero responder, por otro lado con gran celeridad, sobre un solo punto de su carta, el punto más importante, el relacionado con la actividad sindical. Usted dice: "Lo malo es que, en este asunto, nosotros nos chocamos con una burocracia sindical reformista absolutamente incapaz de comprender las virtudes de la unidad sindical para la clase obrera. Esto es indudablemente el mayor obstáculo". Esta observación me inquieta un poco. Usted dice que los canallas que dirigen los sindicatos son incapaces de comprender las virtudes de la unida sindical. Temo, por mi parte, que ellos comprenden mucho mejor sus intereses de lo que muchos revolucionarios comprenden los suyos. Tolerar la actividad revolucionaria en los sindicatos, en nombre del principio abstracto de la "unidad", significaría el suicidio para los pontífices reformistas. Sin embargo, ellos quieren vivir y dominar. Por eso los expulsan a ustedes. Tienen razón desde su punto de vista y desde el de sus patrones, los capitalistas. Usted dice que este es "el mayor obstáculo" para nuestra actividad sindical. Esto equivale a decir que el mayor obstáculo para nuestra actividad en las masas es la existencia de la burguesía y de sus lugartenientes en las organizaciones obreras. La burocracia sindical es la policía del capital, mucho más eficaz que la policía oficial. Nunca hemos alegado a la mala voluntad de la policía del zar para justificar nuestra separación de las masas. Hemos buscado caminos clandestinos, métodos conspirativos para engañar a la policía. Hay que hacer lo mismo con la policía reformista de los sindicatos. Este es el único trabajo verdaderamente serio. No puede haber obstáculos que nos puedan impedir llevarlos adelante. Espero con gran interés las decisiones de su congreso.

---

[1] Carta a W. Dauge, dictada en francés. Traducción especial para esta edición de *Œuvres* T18, Francia, ILT, 1984, p. 271.

[2] Walter Dauge (1907-1944): Jefe del movimiento trotskista belga en los años '30 fue elegido para el Comité Ejecutivo Internacional de la Conferencia de fundación de la IV Internacional. Abandonó el movimiento durante la Segunda Guerra Mundial.

PD: Vereecken[3] me envió un grueso panfleto conteniendo su discurso al congreso. El buen hombre, que tanto se ama a sí mismo, se imagina que yo quiero leer su prosa, ahora que nos ha liberado, por medio de su dimisión, de estas obligaciones tan desagradables. Creo que el mejor método de tratarlo en adelante, es ignorarlo totalmente.

[3] George Vereecken (1896-1978): Representante de una tendencia sectaria dentro de la sección belga del Movimiento pro IV Internacional. Rompió con Trotsky cuando la sección belga ingresó al Partido Obrero Belga, más tarde se reconcilió con él, para separarse definitivamente el 8 de junio en vísperas del Congreso de Fundación y formar su propio grupo.

LOS SINDICATOS Y LA CRISIS SOCIAL EN LOS EEUU[1]

29 DE SEPTIEMBRE DE 1938

Plotkin[2]: Por su política, nuestro sindicato se esfuerza en evitar el desempleo total. Hemos procedido al reparto del trabajo entre los miembros del sindicato, manteniendo la tasa horaria existente.

Trotsky: ¿Y qué proporción de su antiguo salario perciben los obreros hoy?

Plotkin. Aproximadamente el 40%.

Trotsky: ¡Pero es monstruoso! Han obtenido la escala móvil de horas de trabajo manteniendo su antiguo salario horario, lo que significa descargar sobre los obreros todo el peso de la desocupación. Al permitir que cada obrero sacrifique los 3/5 de su paga, ustedes liberan a la burguesía de la obligación de sostener a los desocupados con sus propios recursos.

Plotkin: Eso es verdad, en parte. Pero ¿qué podemos hacer?

Trotsky: Eso es totalmente cierto, no "en parte". El capitalismo norteamericano sufre un mal crónico e incurable. ¿Ustedes pueden consolar a los obreros con la esperanza de que la crisis sólo es pasajera, que pronto llegará una época de prosperidad?

Plotkin: Personalmente, no me hago ninguna ilusión al respecto. La mayoría de nosotros entiende que comenzó una fase de decadencia para el capitalismo norteamericano.

Trotsky: Pero eso significa que los obreros mañana van a cobrar el 30% de su salario anterior, pasado mañana el 25%, y así siguiendo. Es verdad que una

[1] Tomado de León Trotsky, *El programa de transición y la fundación de la IV Internacional (comp.)*, op. cit., CD, pp. 83-90.

[2] Abraham Plotkin (1896-1988): Fue uno de los dirigentes del poderoso sindicato de la IGLWU (International Garment Ladies Workers Union) de Chicago. "Progresista", había aprovechado la oportunidad de un viaje a México para encontrarse con Trotsky, a quien le interesaba esa discusión.

mejoría pasajera es posible, e incluso probable, pero la tendencia general es a la declinación, la degradación y la miseria. Ya en el *Manifiesto Comunista,* Marx y Engels lo habían previsto. ¿Cuál será ahora el programa de su sindicato y el del CIO[3] en su conjunto?

Plotkin: Desgraciadamente, usted no conoce la psicología de los obreros norteamericanos. No están acostumbrados a pensar en su futuro. Sólo les preocupa una cuestión: qué es lo que pueden hacer mañana, enseguida. Algunos dirigentes se dan cuenta realmente de los peligros que nos amenazan, pero no pueden cambiar la psicología de las masas. Las costumbres, las tradiciones, las concepciones de los obreros norteamericanos nos traban, limitan nuestras posibilidades. No se puede cambiar todo en un día.

Trotsky: ¿Usted está seguro que la historia le va a dar varios años para prepararse? La crisis del capitalismo norteamericano se desarrolla a un ritmo "norteamericano", a una escala "norteamericana". Un organismo sólido, que nunca estuvo enfermo, se debilita muy rápido a partir de cierto momento.

El hundimiento del capitalismo constituye al mismo tiempo una amenaza directa contra la democracia, que es indispensable para la existencia de los sindicatos. ¿Usted piensa, por ejemplo, que la aparición de Hague[4] es pura casualidad?

Plotkin: Para nada. Al respecto, tuve no pocas entrevistas con los responsables sindicales. Mi opinión es que ya existe, en todos los Estados, bajo una u otra máscara, una organización reaccionaria sólida que mañana constituirá el principal sostén del fascismo a escala nacional. No tenemos quince o veinte años ante nosotros: el fascismo puede llegar al poder de aquí a tres o cuatro años.

Trotsky: En ese caso, ¿cuál es su...

Plotkin: ¿Nuestro programa? Entiendo su pregunta. La situación es muy difícil. Se imponen decisiones radicales. Pero no veo las fuerzas necesarias, los jefes que hacen falta.

Trotsky: ¿Lo que significa capitulación sin combate?

---

[3] El 9 de noviembre de 1935, un grupo de dirigentes sindicales seguidores de John Lewis, que estaban dentro de la AFL proclamaron el nacimiento de la CIO (Congress of Industrial Organizations, Congreso de Organizaciones Industriales) ya que la AFL, afirmando su política de sindicato por oficio, se negaba a la formación de sindicatos por industria.

[4] Frank Hague (1876-1956): Intendente demócrata de Jersey City desde 1917. Empleaba todos los recursos de la municipalidad al servicio de los patrones locales, oponiéndose a la sindicalización a través de la violencia, prohibiendo de hecho al CIO en "su" ciudad.

Plotkin: La situación es difícil. Hay que reconocer que, en su conjunto, los responsables sindicales no se dan cuenta, o no quieren darse cuenta del peligro. Como usted sabe, nuestros sindicatos en muy poco tiempo se han extendido considerablemente. Es natural que los dirigentes del CIO vivan actualmente una "luna de miel". Se inclinan a tomar a la ligera las dificultades.

El gobierno no solamente tiene consideraciones para ellos, sino también los arrastra a su juego, algo a lo que no estaban acostumbrados. Por lo tanto, es natural que estén un poco mareados. Ese delicioso vértigo no los predispone para el pensamiento crítico. Gozan el presente, sin pensar en el mañana.

Trotksy: Eso está bien dicho. Además, comparto totalmente su opinión.

Pero los éxitos del CIO sólo son pasajeros. Son sólo síntomas que revelan que la clase obrera de Estados Unidos se puso en movimiento, rompió su rutina y actualmente busca nuevos métodos para salvarse del abismo. Si sus sindicatos no encuentran nuevos métodos, se vaciarán completamente y se reducirán a polvo. Hoy, incluso Hague es más fuerte que Lewis[5], porque Hague, a pesar de sus límites, sabe perfectamente lo que quiere, mientras que Lewis no lo sabe. El "delicioso" vértigo de sus dirigentes puede terminar en un brutal despertar... en un campo de concentración.

Plotkin: Desgraciadamente, el desarrollo histórico de Estados Unidos, con sus inmensas posibilidades, su individualismo, no ha acostumbrado a los obreros a una reflexión social. Me bastará con indicarle que apenas un 15% de los obreros organizados asisten a las reuniones sindicales. Considere un poco este hecho...

Trotsky: ¿Pero no es posible que la causa de este ausentismo del 85% resida en que los oradores... no tienen nada que decirle a las masas?

Plotkin: Bueno, admitámoslo... es verdad hasta cierto punto. La situación económica es tal que estamos obligados a retener a los obreros, a frenar el movimiento, a batirse en retirada. Esto, por supuesto, no les gusta a los obreros.

Trotsky: Toda la cuestión está allí. La responsabilidad no le incumbe a las masas, sino a los dirigentes. En la época clásica del capitalismo también, los sindicatos estaban en dificultades durante las crisis, perdían adherentes, gastaban sus reservas. Pero entonces, al menos se tenía la certeza que en la próxima reactivación, todas las pérdidas serían compensadas. Ahora, tener esa esperanza es en vano, las fuerzas sindicales se van a ir debilitando cada vez más. Su organización, el CIO, podría hundirse tan rápidamente como se ha construido.

[5] John L. Lewis (1880-1969): Presidente de la United Mine Workers desde 1920. Luego de la crisis del '30 surgió como líder del sindicalismo de masas y desde 1935 encabezó el CIO.

Plotkin: ¿Qué hacer?

Trotsky: En primer lugar, exponer claramente a las masas la situación. No se puede jugar a las escondidas. Por supuesto, usted conoce mejor que yo la situación de los obreros norteamericanos. Sin embargo, me permito decirle que usted los mira con viejos anteojos. Las masas tienen muchas más cualidades, audacia y decisión que sus jefes. El hecho mismo del nacimiento y del rápido desarrollo del CIO muestra que, bajo la influencia de las terribles sacudidas económicas de la posguerra, y sobre todo, de los últimos diez años, se produjeron cambios profundos en la conciencia del obrero norteamericano. Cada vez que ustedes dieron muestras de un poco de iniciativa, creando nuevos sindicatos activos, los obreros les respondieron inmediatamente y los apoyaron con toda su fuerza, como nunca antes. Ustedes no tienen derecho a quejarse de las masas. Y las huelgas de brazos caídos; la iniciativa no surge de los jefes, sino de los propios obreros. Es un indicio seguro que los obreros norteamericanos están listos para adoptar métodos de lucha más determinados. Hague es un producto directo de esas huelgas de brazos caídos. Lamentablemente, nadie, en las cúpulas sindicales, se ha atrevido a sacar conclusiones tan audaces de la exacerbación de las luchas sociales como las que saca la reacción capitalista.

Este es el fondo del problema. Los jefes del capital piensan y actúan con mucha más resolución lógica y audacia que los jefes del proletariado –esos burócratas escépticos, siempre por detrás de los acontecimientos–, que debilitan la combatividad de las masas. De allí proviene el peligro de una amenaza fascista y, que en el futuro, está muy cerca. Los obreros no asisten a sus reuniones porque sienten instintivamente la insuficiencia, la inconsistencia, la falta de vida, la falsedad de la orientación del programa que le ofrecen ustedes. En el momento en que cada obrero siente la catástrofe que planea sobre su cabeza, los dirigentes sindicales se extienden en fórmulas generales. Ustedes tienen que encontrar un lenguaje que corresponda a la situación real del capitalismo putrefacto, y no a las ilusiones de los burócratas.

Plotkin: Ya se lo he dicho: no veo a los dirigentes. Existen grupos particulares, sectas, pero no veo a nadie que sea capaz de unir a las masas obreras: aun cuando yo estoy de acuerdo con el hecho de que ellas están listas para pelear.

Trotsky: No es una cuestión de *jefes*, sino de *programa*. Un programa correcto no sólo atraerá a las masas y les dará una cohesión, sino también formará a los jefes.

Plotkin: ¿Qué entiende usted por programa correcto?

Trotsky: Usted sabe que yo soy marxista, más exactamente, bolchevique.

Mi programa tiene un nombre muy simple y muy breve: *la revolución socialista*. Pero yo no les exijo a los jefes del movimiento sindical que adopten inmediatamente

el programa de la IV Internacional. Lo que exijo de ellos, es que de su trabajo, de su situación, saquen las conclusiones que se imponen; que se den a ellos mismos y a las masas, respuesta a estas dos preguntas: 1) ¿cómo se puede salvar al CIO de la quiebra y el desastre? 2) ¿cómo se puede salvar a Estados Unidos del fascismo?

Plotkin: ¿Qué haría Ud. en Estados Unidos si fuera dirigente sindical?

Trotsky: En primer lugar, los sindicatos deben plantear claramente el problema del desempleo y de los salarios. Usted planteó bien la cuestión de la escala móvil de horas de trabajo: todo el mundo debe tener un trabajo.

Pero la escala móvil de horas de trabajo debe acompañarse con la escala móvil de salarios. La clase obrera no puede tolerar una baja continua de su nivel de vida, que equivaldría al hundimiento de la cultura humana. Hay que tomar como base de apreciación los salarios máximos en vísperas de la crisis de 1929. Las poderosas fuerzas productivas creadas por los obreros no han desaparecido, no están destruidas; todavía existen. Los responsables del desempleo son los que poseen esas fuerzas productivas y disponen de ellas. Los obreros lo saben y quieren trabajar. El trabajo debe ser distribuido entre todos los trabajadores. Los salarios de ningún obrero deben ser inferiores al máximo alcanzado en el pasado. Esta es la reivindicación natural, necesaria, inexorable de los sindicatos. Si no, el desarrollo histórico los barrerá como el polvo.

Plotkin: ¿Este programa es realizable? Provoca la ruina de los capitalistas. Este programa, precisamente, podría acelerar el desarrollo del fascismo.

Trotsky: Este programa presupone, por supuesto, la lucha, y no una actitud pasiva. A los sindicatos se les presentan dos posibilidades: o bien navegar, maniobrar, batirse en retirada, cerrar los ojos y capitular poco a poco para “no agravar la situación de los patrones” y no “provocar” reacciones de su parte. Con este método, los socialdemócratas y los responsables sindicales de Alemania y Austria, intentaron preservarse del fascismo. Todo el mundo sabe el resultado: perdieron todas sus ventajas. El otro modo es comprender el carácter despiadado de la crisis social actual y llevar a las masas al combate.

Plotkin: Pero usted no ha respondido a mi objeción con respecto al fascismo, es decir, al peligro inmediato que nacería de las reivindicaciones más radicales de los sindicatos.

Trotsky: No olvido ni un instante este aspecto de la cuestión. El peligro fascista existe actualmente en este país incluso antes que se formulen estas exigencias radicales. Se origina en la decadencia y la putrefacción del capitalismo.

Podría agravarse indiscutiblemente durante algún tiempo por la influencia de un programa radical de los sindicatos. Hay que advertirles sinceramente esto a

los obreros. Es necesario que comiencen enseguida a poner enpie organizaciones especiales de defensa. No existe otro camino. Ya no se puede preservar del fascismo utilizando el arsenal de leyes democráticas, resoluciones, llamados, no se puede rechazar con notas diplomáticas el ataque de un régimen de caballería. Hay que enseñarles a los obreros a que defiendan, con las armas en la mano, su vida, su futuro contra los gangsters, los bandidos del Capital. El fascismo se desarrolla en la impunidad. No dudamos ni un instante que los héroes fascistas tendrán la cola entre las piernas a partir de que comprendan que los obreros están dispuestos a oponer a cada una de sus “brigadas de choque”, dos, tres o cuatro brigadas. La única manera de proteger a las organizaciones obreras y de reducir al mínimo el número inevitable de víctimas es crear a tiempo una poderosa organización de autodefensa obrera.

Esta es la primera tarea de los sindicatos, si no quieren morir vergonzosamente.

La clase obrera necesita una *milicia obrera.*

Plotkin: ¿Pero, cuál es la perspectiva para el futuro? ¿A qué resultados llegarán a fin de cuentas los sindicatos con estos métodos de lucha?

Trotsky: Por supuesto, la escala móvil de horas de trabajo y la autodefensa obrera no son suficientes. Son sólo los primeros pasos necesarios para preservar a los obreros del hambre, de la muerte y de los puñales de los fascistas.

Estos son medios elementales de defensa, que se imponen urgentemente. Pero no bastan para resolver la cuestión. La tarea esencial es orientarse hacia un mejoramiento del régimen económico y una utilización más juiciosa, más razonable, más honesta de las fuerzas productivas a favor de todo el pueblo.

Esto sólo puede realizarse rompiendo con la rutina habitual de los métodos “normales” del trabajo sindical. Ustedes deben reconocer que, en el período de decadencia capitalista, los sindicatos aislados son incapaces de oponerse al agravamiento incesante de las condiciones de vida de los obreros. Es necesario recurrir a métodos más eficaces. La burguesía, que posee los medios de producción y de poder del Estado, ha llevado a la economía a un total callejón sin salida, y sin esperanzas. Hay que declarar a la burguesía deudora insolvente y que la economía pase a manos honestas y limpias, es decir, a manos de los obreros.

¿Cómo se llega a esto? El primer paso está claro: todos los sindicatos deben unirse para crear este partido obrero. No un partido bajo control de Roosevelt y de La Guardia[6], que solo sería “obrero” de nombre[7], sino una organización política de la clase obrera, verdaderamente independiente.

---

[6] Fiorello La Guardia (1882-1947): Abogado republicano. Se convirtió en intendente de Nueva York en 1934 encabezando la coalición Republican-Fusion. Apoyaba a Roosevelt a nivel nacional y a la ALP en Nueva York.

[7] Clara alusión al American Labor Party (ALP) del Estado de Nueva York.

Sólo este partido es capaz de atraer hacia él a los agricultores arruinados, a los pequeños artesanos, a los pequeños comerciantes. Pero, para realizar esta tarea, hay que seguir combatiendo sin piedad contra los bancos, los trusts, los monopolios y sus agentes políticos, el partido republicano y el demócrata. El rol del partido obrero debe ser tomar en sus manos el poder, todo el poder, y volver a poner en orden a la economía. Lo que supone la organización del conjunto de la economía nacional según un plan razonable, a saber, un plan que tenga como objetivo, no aumentar las ganancias de un puñado de explotadores, no salvaguardar las ganancias de un puñado de explotadores, sino salvaguardar los intereses materiales y morales de 130 millones de hombres.

Plotkin: Muchos de nuestros dirigentes empiezan a entender que la tendencia actual se orienta hacia el partido obrero. Pero la popularidad de Roosevelt todavía es demasiado grande. Si llega a ser reelecto por tercera vez, el problema del partido obrero tomará un retraso de cuatro años. Esta es la desgracia.

Trotsky: Esta es la desgracia. Que los señores dirigentes no miren para abajo, sino para arriba. La proximidad de la guerra, el hundimiento del capitalismo norteamericano, el aumento del desempleo y la miseria, todos estos acontecimientos de una importancia capital, que deciden la suerte de decenas de millones de personas, no depende para nada de la candidatura o de la "popularidad" de Roosevelt. Le aseguro que él es mucho más popular entre los funcionarios bien pagados del CIO que entre los desocupados. Pero los sindicatos se crean para servir a los intereses de los obreros, y no de los burócratas.

Si la idea del CIO pudo, durante un período, entusiasmar a millones de obreros, la idea de un partido obrero independiente, combativo, que tenga la voluntad de poner fin a la anarquía económica, a la desocupación y a la miseria, puede entusiasmar a decenas de millones. Por supuesto, los agitadores del partido obrero deben demostrar a las masas por medio de actos y no de simples palabras, que no son agentes electorales de Roosevelt, La Guardia y Cía., sino los verdaderos defensores de los intereses de las masas explotadas.

Cuando los oradores comiencen a hablar el lenguaje de los dirigentes obreros, y no el de los agentes de la Casa Blanca, entonces, el 85% de los miembros de los sindicatos vendrán a las reuniones, y el 15% de los viejos conservadores, los aristócratas obreros y los arribistas se quedarán en sus casas. Las masas tienen más cualidades, más decisión que los jefes. Las masas quieren combatir. Los jefes, que se arrastran a remolque de las masas, frenan la lucha. Disimulan su propia indecisión, su conservadurismo, sus prejuicios burgueses detrás de la excusa de que las masas todavía no están listas. Esta es hoy la situación real.

Plotkin: Es evidente que hay mucho de cierto en lo que usted dice. Pero... hablaremos una vez más.

LAS TAREAS DEL MOVIMIENTO SINDICAL EN AMÉRICA LATINA[1]

11 DE OCTUBRE DE 1938

Entre el 6 y el 8 de septiembre se celebró en México un congreso de representantes sindicales de varios países latinoamericanos cuya consecuencia fue la fundación de una Confederación de Trabajadores Latinoamericanos. Los abajo firmantes consideramos nuestra obligación declarar ante los trabajadores de América Latina y de todo el mundo que este congreso, preparado a espaldas de las masas, fue utilizado unilateralmente con propósitos que nada tienen que ver con los intereses del proletariado latinoamericano sino que, por el contrario, son fundamentalmente hostiles a esos intereses. La "confederación" creada en este congreso no representa la unificación del proletariado organizado de nuestro continente sino una fracción política estrechamente ligada a la oligarquía de Moscú.

Solamente en México, no se invitó ni se admitió a las siguientes organizaciones: la Casa del Pueblo, la CROM y la CGT[2]. El camarada Mateo Fossa[3], que llegó de Buenos Aires con mandato de 24 sindicatos independientes argentinos, no fue admitido en el congreso simplemente por ser opositor al stalinismo. Podríamos señalar organizaciones sindicales de todos los países latinoamericanos que desde el comienzo fueron deliberadamente alejadas de los preparativos previos al congreso para no romper su homogeneidad política, es decir, su subordinación total al stalinismo.

[1] Sin firma. Aparentemente este artículo se escribió para hacerlo circular y publicarlo como petitorio, pero no se sabe quién lo firmó ni si se publicó. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos (comp.)*, Bs. As., Ediciones IPS-CEIP, 2007, 3º edición, p. 125.

[2] La Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM), fundada en 1918, era una organización moderada y oportunista afiliada a la Internacional de Ámsterdam. A diferencia de las otras organizaciones sindicales mexicanas, nunca cayó bajo la influencia stalinista. En 1938 ya estaba en decadencia. La Confederación General del Trabajo (CGT) era la central sindical más poderosa de México (fue fundada en 1921), hasta que a mediados de la década del '30 la desplazó la CNT. Se definía como grupo anarquista más que como organización política; pertenecía simultáneamente a la AIT (Internacional Anarquista) y al PRM (Partido Revolucionario Mexicano, que estaba en el gobierno).

[3] Mateo Fossa (1896-1973): Sindicalista argentino. Desde 1917 fue secretario de la Federación de los Trabajadores de la Madera y miembro del Partido Socialista Internacional que luego sería el Partido Comunista con el que rompió en 1927. Dirigió la huelga de los obreros de la madera en 1935, de la construcción en 1936 y presidió el congreso fundacional de la CGT. Delegado al Congreso Sindical Panamericano en México en representación de 24 sindicatos de Argentina, su entrada le fue impedida por el stalinismo mexicano.

La mayoría de los delegados al congreso sindical participaron también en el Congreso contra la Guerra y el Fascismo[4] donde tuvieron oportunidad de explayarse con amplitud sobre su línea política. Todos ellos votaron huecas resoluciones sobre la lucha contra el fascismo, pero repudiaron decididamente (salvo los representantes de Puerto Rico y Perú) la lucha contra el imperialismo. Esta política caracteriza plenamente a la burocracia de Moscú que, ante las amenazas de Hitler, busca la confianza y amistad de las democracias imperialistas: Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Las masas trabajadoras de América Latina, que ven en el fascismo a su enemigo mortal no pueden abandonar ni por un instante la lucha irreconciliable contra el imperialismo, aún cuando éste se esconda tras la máscara de la democracia. ¡Es por eso que el proletariado y los pueblos de América Latina no pueden tener objetivos comunes con la burocracia stalinista! ¡No es posible olvidar que, en nombre de la amistad con la burguesía de Francia e Inglaterra, la burocracia stalinista estranguló el movimiento de los obreros y los campesinos españoles!

El imperialismo "democrático", que en América Latina es infinitamente más fuerte que el imperialismo fascista, intenta –no sin éxito– introducir a través del robo, el engaño y la concesión de privilegios a sus propios agentes políticos en nuestros países, tanto en la burguesía, en la burocracia burguesa y la *intelligentsia* pequeñoburguesa como también en los estratos superiores de la clase obrera. Esos elementos corruptos de la burocracia o la aristocracia laboral generalmente albergan sentimientos serviles, ni proletarios ni revolucionarios, hacia sus protectores imperialistas.

Los agentes de la oligarquía del Kremlin utilizan estos sentimientos para reconciliar al proletariado latinoamericano con los esclavistas "democráticos".

A esto hay que añadir que en México, donde los sindicatos, desgraciadamente, dependen directamente del Estado, los puestos de la burocracia sindical se cubren generalmente con elementos provenientes de la *intelligentsia* burguesa. Se trata de abogados, ingenieros, etc., personas que no tienen nada en común con la clase obrera y que sólo pretenden utilizar las organizaciones sindicales en su propio beneficio, ya sea para mejorar su situación económica o favorecer sus carreras políticas. Esforzándose por ocultar a los obreros su política crudamente egoísta, estos trepadores burgueses a menudo se presentan como "antifascistas" y "amigos de la URSS", cuando en realidad son agentes del imperialismo anglosajón.

Para mantener los sindicatos en poder de su fracción, pisotean ferozmente la democracia obrera y acallan todo planteo crítico, comportándose como perfectos gángsteres con las organizaciones que luchan por la independencia revolucionaria del proletariado del Estado burgués y el imperialismo extranjero. Al dividir de esta manera

[4] El Congreso Contra la Guerra y el Fascismo se reunió en la ciudad de México el 12 de septiembre de 1938. Sus patrocinadores stalinistas trataban de ganar al movimiento obrero internacional para el apoyo a los imperialistas "democráticos" contra los países fascistas en la próxima guerra y los delegados se escogieron de acuerdo a este criterio. Sin embargo, los delegados mexicano, portorriqueño y peruano, sostuvieron que los gobiernos aliados compartían la responsabilidad de la guerra.

el movimiento sindical y estimular la lucha entre sus distintas tendencias, los agentes de Stalin debilitan al proletariado, lo corrompen, socavan la democracia en nuestro país y de hecho le allanan el camino al fascismo. El abogado mexicano Lombardo Toledano[5], electo secretario de la Federación Latinoamericana que él mismo organizó, es el dirigente al que mayor responsabilidad le cabe por esta política criminal.

Los abajo firmantes somos ardientes y devotos partidarios de la unificación del proletariado latinoamericano y de que éste estreche los mayores lazos posibles con el proletariado de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero, como surge de lo que venimos diciendo, esta tarea está todavía por realizarse. La organización política fraccional que se formó en diciembre no constituye una ayuda sino un obstáculo para su realización.

Estamos firmemente convencidos de que se puede lograr la unificación del proletariado latinoamericano en base a los siguientes principios:

1. La total independencia del movimiento sindical de su propio gobierno burgués y de todo imperialismo extranjero, ya sea fascista o "democrático".

2. Un programa revolucionario de lucha de clases.

3. La expulsión del movimiento sindical de los arribistas pequeñoburgueses, ajenos a la clase obrera.

4. La unificación en cada país de todos los sindicatos obreros en base a la democracia proletaria. Que la lucha ideológica dentro de los sindicatos se conduzca de manera libre y fraternal, que la minoría se someta estrictamente a la mayoría y se aplique en la acción una disciplina de hierro.

5. La preparación honesta de un congreso sindical latinoamericano con la participación activa de las masas trabajadoras, es decir, con una discusión seria y sin restricciones sobre las tareas del proletariado latinoamericano y sus métodos de lucha.

Nuestro proletariado debe entrar firmemente en la escena histórica para tomar en sus manos el destino de Latinoamérica y asegurar su futuro.

El proletariado unificado atraerá a decenas de millones de campesinos indoamericanos, eliminará las fronteras hostiles que nos dividen y nucleará a las 24 repúblicas y posesiones coloniales bajo las banderas de los Estados Unidos Obreros y Campesinos de Latinoamérica.

Presentamos este programa para que lo discutan todas las organizaciones obreras de nuestro continente.

¡Obreros revolucionarios de América Latina, ustedes tienen la palabra!

---

[5] Vicente Lombardo Toledano (1893-1968): Luego de un viaje a Moscú en 1935, encabezó la campaña de la GPU en México contra Trotsky. En 1936 dirigió la Confederación de Trabajadores de México (CTM) siendo desplazado en 1937 por Fidel Velázquez.

DISCUSIÓN SOBRE AMÉRICA LATINA
(EXTRACTO)[1]

4 DE NOVIEMBRE DE 1938

Lankin[2]: Ud. decía hablando de los sindicatos que, si no se estaba de acuerdo con los dirigentes sindicales, se podía perder el trabajo. ¿Un dirigente sindical mexicano tiene ese poder sobre un grupo de trabajadores, como un funcionario de gobierno, o bien gozan de la misma democracia que nosotros, la que consideramos tener en Estados Unidos?

Curtiss[3]: En todos los países de América Latina, los estatutos de los sindicatos son modelos perfectos de democracia, pero los dirigentes aplican métodos dictatoriales. Todos los sindicatos ofrecen muchas garantías, pero estas no valen nada. Un dirigente puede excluir a quien quiere del sindicato, y el excluido se encuentra en una posición muy, muy desagradable. Incluso no vale la pena apelar la exclusión. La única apelación verdadera sería la de los puños. John L. Lewis, Green y todos nuestros otros dirigentes sindicales norteamericanos no tienen nada que envidiar a la burocracia sindical mexicana.

[…]

Trotsky: […] Los sindicatos en México están estatizados constitucionalmente. No se puede obtener un trabajo si no se es miembro de un sindicato, y los sindicatos burocráticos perciben las cotizaciones por medio del Estado.

En el caso de los maestros, por ejemplo, los dirigentes decidieron que cada maestro pagaría el 1,5% de su salario. El secretario de Finanzas ordenó que ese 1,5% sea deducido para los sindicatos.

---

[1] Resumen estenográfico de una discusión en Coyoacán entre Trotsky, Curtiss y los guardias norteamericanos de Trotsky. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos (comp.)*, op. cit., pp. 141-144.

[2] Sol Lankin: Se unió a las Juventudes Comunistas (YWL) en 1923 en Filadelfia y había sido el organizador de los jóvenes desocupados y de actividades deportivas. Fue excluido en noviembre de 1928 por sus actividades de oposicionista de izquierda. Era un veterano obrero del SWP que había llegado como “guardia” y que colaboraba muy activamente en el SI.

[3] Charles Curtiss (seud. de Samuel Kurz) (1908-1993): Miembro de la Liga Comunista Norteamericana desde su fundación. Residió en México como representante del Secretariado Internacional de la IV, era considerado un especialista en el país.

En el contexto general de la política mexicana, los sindicatos están ahora en una etapa muy interesante. Se puede constatar una tendencia general a su estatización. En los países fascistas, se encuentra la expresión extrema de esta tendencia. En los países democráticos, se transforma a los antiguos sindicatos independientes en instrumentos del Estado. Los sindicatos en Francia están por transformarse en la burocracia oficial del Estado. Jouhaux vino a México para proteger a los intereses franceses en el petróleo[4], etc.

La causa de esta tendencia a la estatización es que el capitalismo en su declinación no puede tolerar sindicatos independientes. Si los sindicatos son demasiado independientes, los capitalistas empujan a los fascistas a destruirlos o buscan espantar a sus dirigentes con la amenaza fascista para encarrilarlos. Así fue encarrilado Jouhaux. No hay duda que, si él es el mejor de los republicanos, entonces Francia no establecerá un régimen fascista. Hemos visto en España a los dirigentes de los sindicatos más anarquistas convertirse en ministros burgueses en el transcurso de la guerra civil.

En Alemania y en Italia, esto se realizó de forma totalitaria. Los sindicatos están directamente integrados al Estado, con los propietarios capitalistas. Sólo es una diferencia de grado, no de naturaleza. Se puede observar que en México, como en los otros países latinoamericanos, se saltaron la mayor parte de las etapas del desarrollo. En México, esto comenzó con la integración de los sindicatos al Estado.

Hay una doble dominación. A saber, el capital extranjero y la burguesía nacional o, como dice Diego Rivera, una sub burguesía –una capa controlada por el capital extranjero y al mismo tiempo opuesta a los obreros. Un régimen semibonapartista entre el capital extranjero y el capital nacional, el capital extranjero y los trabajadores. Todo gobierno puede crear, en una situación similar, una posición en la que oscile, inclinándose unas veces hacia la burguesía nacional y los obreros y, otras veces, hacia el capital extranjero. Para sujetar a los obreros, integran a los sindicatos al Estado. También saltan las etapas de desarrollo, por encima de las relaciones económicas. Es en este sentido que han expropiado el petróleo, por ejemplo, tomándolo del capital extranjero y no se lo han dado aún a los capitalistas nacionales. Si no lo distribuyen o no lo venden a la burguesía mexicana, es sobre todo porque tienen miedo de la lucha de clases de los obreros, y entonces prefieren dar los pozos de petróleo al Estado. Crearon así un capitalismo de Estado que no tiene nada que ver con el socialismo. Es la forma más pura de capitalismo de Estado. Al mismo tiempo se integra a los obreros, a los sindicatos, que están ya estatizados. Se los incorpora, entonces en la administración de los ferrocarriles, de la industria petrolera, etc. para transformar a las direcciones sindicales en representantes del gobierno. El contramaestre es, al mismo tiempo, el representante de los obreros, de sus intereses en los papeles, pero en realidad

[4] Trotsky hace alusión aquí a la llegada de Jouhaux a México, para el Congreso Sindical de septiembre de 1938, unos pocos meses después de la nacionalización del petróleo, donde el dirigente sindical francés había sostenido que no era cuestión de combatir el "imperialismo" sino únicamente al fascismo.

es el representante del Estado por encima de ellos. Y tiene el derecho, o mejor dicho, la posibilidad de quitar a los obreros toda posibilidad de trabajar porque, en nombre de la disciplina sindical, puede decidirlo según el interés de la producción.

En ese sentido, por supuesto, cuando decimos “control de la producción por los obreros”, esto no quiere decir control de la producción por los burócratas de los sindicatos estatizados, sino control por parte de los obreros de la propia burocracia y un combate por la independencia de los sindicatos frente al Estado. En México es la tarea más importante: liberar a los sindicatos de la tutela del Estado burgués, liberar a los obreros de la dictadura de los burócratas sindicales. Esta es la democracia obrera.

Es necesario subrayar el hecho que hoy los sindicatos no pueden ser sindicatos democráticos en el antiguo sentido del término. Los imperialistas no pueden tolerarlo. En los viejos países, así como en México, son, ya sea instrumentos de la burguesía imperialista, ya sea organizaciones revolucionarias contra la burguesía imperialista. Por esto, nosotros comenzamos en México con consignas como: independencia frente al Estado, democracia obrera, libre discusión, etc. Pero sólo son consignas de transición, que conducen a consignas más importantes del Estado obrero. Sólo se trata de una etapa que puede darnos la posibilidad de remplazar a las direcciones actuales de los sindicatos por una dirección revolucionaria.

Los sindicatos no pueden ser independientes como en los buenos viejos tiempos en que la burguesía los toleraba porque podía darles una libertad mucho mayor. No es posible, a partir de ahora restablecer en los sindicatos la antigua democracia, tanto como no es posible restablecer la democracia en el Estado. Es un desarrollo absolutamente paralelo.

En México, Lombardo Toledano sólo utiliza esta situación para asegurar su dominación sobre los trabajadores, al igual que todos los Estados latinoamericanos lo utilizan para asegurar su propia dominación. Es una dominación semi bonapartista, que se inclina hoy a la izquierda, mañana a la derecha, en función de la etapa histórica concreta en cada país. Pero aquí no podemos saltar etapas: no podemos decir a los obreros: “¡Dennos la dirección y nosotros les mostraremos lo que hay que hacer!”

No hay ninguna duda que la IV Internacional es capaz de asegurar a los sindicatos una dirección revolucionaria en el curso de las etapas de transición en México. La IV Internacional defenderá esta etapa en México contra toda intervención extranjera. No es como en Francia o en Estados Unidos.

Combatimos para que este país no sea colonizado, reducido a la esclavitud.

Pero, como sección mexicana de la IV Internacional, este no es nuestro Estado y debemos ser independientes frente a él. En ese sentido, no nos oponemos al capitalismo de Estado en México; pero, lo primero que reivindicamos, es nuestra propia representación de los trabajadores frente al Estado. Tratar de apoderarse del Estado de esta manera es totalmente idiota. No se puede tomar el poder por esta vía pacífica. Es un sueño pequeñoburgués.

¡AL POZO![1]
SOBRE EL ÚLTIMO CONGRESO DE LA CGT

31 DE DICIEMBRE DE 1938

Si alguien todavía abrigara la menor ilusión sobre la dirección de la CGT, el último congreso de esta organización sin duda la habría disipado. Si alguien todavía ayer hubiera tenido esperanzas de que la dirección de la CGT pudiera evolucionar en una dirección progresiva, hoy tendría que enterrar esas esperanzas. Ramírez[2] y sus secuaces demostraron, con loable franqueza, la profundidad de su degeneración y su caída. El vocabulario político no cuenta con términos apropiados para caracterizar la actual fisonomía política de esta banda.

Frente a la próxima campaña electoral[3] y con las apuestas y prebendas que la acompañan, los dirigentes de la CGT, súbitamente, dejaron caer sus máscaras "anarquistas" e "internacionalistas" para unirse con el Estado nacionalista burgués. Con el pretexto de combatir al stalinismo, vuelcan a una organización proletaria hacia la peor de las reacciones burguesas al servicio del imperialismo extranjero. Para los magnates petroleros y otros capitalistas, Ramírez no es más que un agente de segunda categoría. Nadie prestó ni podría haber prestado un mayor servicio a Lombardo Toledano y toda la agencia stalinista que el que les prestó la banda de la CGT.

Obviamente, la gran mayoría de los obreros de esta organización no tiene la menor idea de la traidora intriga que se llevó a cabo a espaldas suyas. Los trabajadores son simples víctimas de las maquinaciones personales y fraccionales de los "dirigentes". Esto hace aún más criminal y vergonzoso el giro reaccionario que llegó a su culminación en el último congreso de la CGT, abriendo una era de real y descarada prostitución política.

Los calumniadores del bando stalinista hacen circular el rumor de que la IV Internacional y sus grupos simpatizantes plantean el bloque político con la dirección de la CGT. Rechazamos esta calumnia, igual que todas las demás, con un comprensible desagrado. El deber elemental de todo marxista consiste en realizar

---

[1] Publicado en *Clave* Nº 4, primera época, enero de 1939. Aparece en el original con el título "A la picota". Sin firma. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos (comp.)*, op. cit., p. 207. El Congreso de la CGT se realizó en diciembre de 1938.

[2] Julio Ramírez era el presidente de la CGT.

[3] Se refiere a la campaña electoral que precedió a la elección de presidente realizada en septiembre de 1940 en México.

un trabajo sistemático en las organizaciones proletarias de masas, sobre todo en los sindicatos. Esta obligación comprende a la CTM, a la CGT y a los sindicatos en general.

Pero el trabajo sistemático dentro de los sindicatos y la educación de su base en el espíritu del marxismo revolucionario están tan alejados de bloques aventureros con los corruptos funcionarios sindicales como el cielo lo está de la tierra. Si se le da un dedo al diablo, se arriesga toda la mano. Pero no hay un sólo marxista revolucionario que pueda darle siquiera una uña, no digamos todo un dedo, a la banda que dirige actualmente a la CGT. La lucha implacable contra ella, ante toda la clase obrera, es una obligación revolucionaria elemental. ¡La vanguardia proletaria hundirá para siempre a Ramírez y sus amigos!

La banda de Toledano-Laborde[4] organizó una persecución física a la CGT; ataca sus locales y sus reuniones, sabotea técnicamente sus transmisiones radiales, etcétera. Este tipo de gangsterismo, difundido en el movimiento obrero mundial por Stalin, no tiene nada en común con una lucha real contra la reacción; no es más que el método que usan normalmente los distintos grupos de la aristocracia laboral para arreglar las cosas entre ellos. El objetivo de la política revolucionaria no es impedirle mecánicamente hablar a un dirigente sindical sino enseñar a las masas a desconfiar de los dirigentes reaccionarios y a liberarse de ellos.

No se puede dejar de señalar que los stalinistas, imitando a su patrón, emplean cada vez más insolente y abiertamente toda clase de represiones "totalitarias" para lograr sus objetivos. Pero, como en México no están en el poder, se ven obligados a limitarse a la lucha dentro del movimiento obrero. Los métodos totalitarios utilizados en un Estado *burgués*, es decir en una sociedad basada en la propiedad privada, no son otra cosa que *fascismo*. En este sentido las acciones de Toledano-Laborde le abren el camino a la dictadura fascista. En una sociedad burguesa, todas las restricciones a los derechos democráticos, en última instancia, caen con todo su peso sobre la clase obrera. No sólo Ramírez, el agente directo de la represión abierta, es un verdadero precursor del fascismo en México; también lo son los stalinistas Laborde y Toledano.

Sin embargo, no hay que suponer que resultarán absueltos bajo la dictadura fascista para la que preparan el terreno. No; en el caso de un triunfo fascista, se encontrarán todos en un campo de concentración... si no escapan a tiempo. Una vez allí puede ser que por fin entiendan el significado de nuestras repetidas advertencias.

---

[4] Hernán Laborde (1896-1955): Secretario general del PCM desde 1929 hasta 1940, cuando fue expulsado por no pasar a la "acción directa" con el asesinato de Trotsky.

LA INDUSTRIA NACIONALIZADA Y LA ADMINISTRACIÓN OBRERA[1]

12 DE MAYO DE 1939

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía *nacional* en relación al proletariado *nacional*. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista *sui generis*, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases.

En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano], se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras.

Estas medidas se encuadran enteramente en los marcos del capitalismo de Estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de Estado se halla bajo la gran presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores.

Eso es lo que explica por qué, sin dejar que el poder real escape de sus manos [el gobierno mexicano], trata de darles a las organizaciones obreras una considerable parte de responsabilidad en la marcha de la producción de las ramas nacionalizadas de la industria.

[1] Publicado en *Fourth International*, agosto de 1946. Sin firma. Cuando se publicó el artículo en *Fourth International* se calculó que había sido escrito en mayo o junio de 1938 (en el manuscrito no figuraba fecha). Pero en el original que está en los archivos de Trotsky en Harvard figura la fecha 12 de mayo de 1939. Trotsky escribió este artículo después de que el gobierno de Cárdenas expropió la industria petrolera y los ferrocarriles y dio a los sindicatos gran responsabilidad en su administración. Un funcionario de la CTM, Rodrigo García Treviño, en ese entonces adversario de los stalinistas, le preguntó a Trotsky su opinión sobre la actitud que deberían tomar los sindicatos respecto a participar en la administración. Trotsky aceptó escribir un memorándum y varios días después le entregó este artículo a Treviño. Tomado de la versión publicada en León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos (comp.)*, op. cit., p. 170.

¿Cuál debería ser la política del partido obrero en estas circunstancias?

Sería un error desastroso, un completo engaño, afirmar que el camino al socialismo no pasa por la revolución proletaria, sino por la nacionalización que haga el Estado burgués en algunas ramas de la industria y su transferencia a las organizaciones obreras. Pero ésta no es la cuestión. El gobierno burgués llevó a cabo por sí mismo la nacionalización y se ha visto obligado a pedir la participación de los trabajadores en la administración de la industria nacionalizada. Por supuesto, se puede evadir la cuestión aduciendo que, a menos que el proletariado tome el poder, la participación de los sindicatos en el manejo de las empresas del capitalismo de Estado no puede dar resultados socialistas. Sin embargo, una política tan negativa de parte del ala revolucionaria no sería comprendida por las masas y reforzaría las posiciones oportunistas. Para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de Estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores.

La participación en los parlamentos burgueses ya no puede ofrecer resultados positivos importantes; en determinadas situaciones, puede incluso conducir a la desmoralización de los diputados obreros. Pero esto no es argumento para que los revolucionarios apoyen el antiparlamentarismo.

Sería inexacto identificar la participación obrera en la administración de la industria nacionalizada con la participación de los socialistas en un gobierno burgués (lo que se llama *ministerialismo*). Todos los miembros de un gobierno están ligados por lazos de solidaridad. Un partido representado en el gobierno es responsable de la política del gobierno en su conjunto. La participación en el manejo en una cierta rama de la industria brinda, en cambio, una amplia oportunidad de oposición política. En caso de que los representantes obreros estén en minoría en la administración, tienen todas las oportunidades para proclamar y publicar sus propuestas rechazadas por la mayoría, ponerlas en conocimiento de los trabajadores, etcétera.

La participación de los sindicatos en la administración de la industria nacionalizada puede compararse con la de los socialistas en los *gobiernos municipales*, donde ganan a veces la mayoría y están obligados a dirigir una importante economía urbana, mientras la burguesía continúa dominando el Estado y siguen vigentes las leyes burguesas de propiedad. En la municipalidad, los reformistas se adaptan pasivamente al régimen burgués. En el mismo terreno, los revolucionarios hacen todo lo que pueden en interés de los trabajadores y, al mismo tiempo, les enseñan a cada paso que, sin la conquista del poder del Estado, la política municipal es impotente.

La diferencia es, sin duda, que en el gobierno municipal los trabajadores ganan ciertas posiciones por medio de elecciones democráticas, mientras que en la esfera de la industria nacionalizada el propio gobierno los invita a hacerse cargo de determinados puestos. Pero esta diferencia tiene un carácter puramente formal.

En ambos casos, la burguesía se ve obligada a conceder a los trabajadores ciertas esferas de actividad. Los trabajadores las utilizan en favor de sus propios intereses.

Sería necio no tener en cuenta los peligros que surgen de una situación en que los sindicatos desempeñan un papel importante en la industria nacionalizada. El riesgo radica en la conexión de los dirigentes sindicales con el aparato del capitalismo de Estado, en la transformación de los representantes del proletariado en rehenes del Estado burgués. Pero por grande que pueda ser este peligro, sólo constituye una parte del peligro general, más exactamente, de una enfermedad general: la degeneración burguesa de los aparatos sindicales en la época del imperialismo, no sólo en los viejos centros metropolitanos sino también en los países coloniales. Los líderes sindicales son, en la abrumadora mayoría de los casos, agentes *políticos* de la burguesía y de su Estado. En la industria nacionalizada pueden volverse, y ya se están volviendo, sus agentes *administrativos* directos. Contra esto no hay otra alternativa que luchar por la independencia del movimiento obrero en general; y, en particular, por la formación en los sindicatos de firmes núcleos revolucionarios que, a la vez que defienden la unidad del movimiento sindical, sean capaces de luchar por una política de clase y una composición revolucionaria de los organismos directivos.

Otro peligro reside en el hecho de que los bancos y otras empresas capitalistas, de las cuales depende económicamente una rama determinada de la industria nacionalizada, pueden utilizar, y sin duda lo harán, métodos especiales de sabotaje para poner obstáculos en el camino de la administración obrera, desacreditarla y empujarla al desastre. Los dirigentes reformistas tratarán de evitar el peligro adaptándose servilmente a las exigencias de sus proveedores capitalistas, en particular de los bancos.

Los líderes revolucionarios, en cambio, del sabotaje bancario extraerán la conclusión de que es necesario expropiar los bancos y establecer *un solo banco nacional*, que llevaría la contabilidad de toda la economía. Por supuesto, esta cuestión debe estar indisolublemente ligada a la de la *conquista del poder por la clase trabajadora*.

Las distintas empresas capitalistas, nacionales y extranjeras, conspirarán inevitablemente, junto con las instituciones estatales, para obstaculizar la administración obrera de la industria nacionalizada. Por su parte, las organizaciones obreras que manejen las distintas ramas de la industria nacionalizada deben unirse para intercambiar experiencias, darse mutuo apoyo económico, y actuar unidas ante el gobierno, por las condiciones de crédito, etcétera. Por supuesto, esa dirección central de la administración obrera de las ramas nacionalizadas de la industria debe estar en estrecho contacto con los sindicatos.

Para resumir, puede afirmarse que este nuevo campo de trabajo implica las más grandes oportunidades y los mayores peligros. Estos consisten en que el capitalismo de Estado, por medio de sindicatos controlados, puede contener a los obreros, explotarlos cruelmente y paralizar su resistencia.

Las posibilidades revolucionarias consisten en que, basándose en sus posiciones en ramas industriales de excepcional importancia, los obreros lleven el ataque contra todas las fuerzas del capital y del Estado burgués.

¿Cuál de estas posibilidades triunfará? ¿Y en cuánto tiempo? Naturalmente, es imposible predecirlo. Depende totalmente de la lucha de las diferentes tendencias en la clase obrera, de la experiencia de los propios trabajadores, de la situación mundial. De todos modos, para utilizar esta nueva forma de actividad en interés de los trabajadores y no de la burocracia y aristocracia obreras, sólo se necesita una condición: la existencia de un partido marxista revolucionario que estudie cuidadosamente todas las formas de actividad de la clase obrera, critique cada desviación, eduque y organice a los trabajadores, gane influencia en los sindicatos y asegure una representación obrera revolucionaria en la industria nacionalizada.

LOS SINDICATOS EN LA ÉPOCA DE LA DECADENCIA IMPERIALISTA[1]

AGOSTO DE 1940

LA INTEGRACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES AL PODER DEL ESTADO

Hay una característica común en el desarrollo, o para ser más exactos, en la degeneración de las modernas organizaciones sindicales de todo el mundo; su acercamiento y su integración al poder estatal.

Este proceso es igualmente característico de los sindicatos neutrales, socialdemócratas, comunistas y anarquistas. Este solo hecho demuestra que la tendencia a integrarse al Estado no es propia de tal o cual doctrina sino que proviene de las condiciones sociales comunes para todos los sindicatos.

El capitalismo monopolista no se basa en la competencia y en la libre iniciativa privada sino en una dirección centralizada.

Las camarillas capitalistas que encabezan los poderosos trusts, monopolios, consorcios bancarios, etc., controlan la vida económica al mismo nivel que el poder estatal y, a cada instante, tienen recursos para la colaboración de este último. A su turno los sindicatos, en las ramas más importantes de la industria, se ven privados de la posibilidad de aprovechar la competencia entre las distintas empresas. Deben enfrentar un adversario capitalista centralizado, íntimamente ligado al poder estatal. De ahí la necesidad que tienen los sindicatos –mientras se mantengan en una posición reformista, o sea de posiciones basadas en la adaptación a la propiedad privada– de adaptarse al Estado capitalista y de intentar cooperar con él.

A los ojos de la burocracia sindical, la tarea principal es la de "liberar" al Estado de sus compromisos capitalistas debilitando su dependencia de los monopolios y atrayéndolo a su favor. Esta actitud armoniza perfectamente con la posición social de la aristocracia y la burocracia obreras, que luchan por obtener unas migajas de las superganancias del imperialismo capitalista.

En sus discursos, los burócratas obreros hacen todo lo posible, para intentar demostrarle al Estado "democrático" hasta qué punto son indispensables y dignos

---

[1] Este fue el último artículo escrito por Trotsky antes de su asesinato. Tomado de la versión publicada León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos* (comp.), op. cit., p. 176. Cotejado y modificado con la versión francesa de www.marxists.org.

de confianza en tiempos de paz y, más especialmente, en tiempos de guerra. Al transformar los sindicatos en organismos del Estado, el fascismo no inventó nada nuevo: simplemente llevó hasta sus últimas consecuencias las tendencias inherentes al capitalismo.

Los países coloniales y semicoloniales no están bajo el dominio de un capitalismo nativo sino del imperialismo extranjero. Pero este hecho fortalece, en vez de debilitarla, la necesidad de lazos directos, diarios, prácticos entre los magnates del capitalismo y los gobiernos coloniales y semicoloniales que, de hecho, dependen de ellos.

En la medida en que el capitalismo imperialista crea en las colonias y semicolonias una capa de aristócratas y burócratas obreros, éstos necesitan el apoyo de estos gobiernos como protectores, vigilantes y, a veces, como árbitros.

Ésta constituye la base social más importante del carácter bonapartista y semibonapartista de los gobiernos de las colonias y de los países "atrasados" en general. También es la base de la dependencia de los sindicatos reformistas respecto al Estado.

En México, los sindicatos se han transformado por ley en instituciones semiestatales, y adquirieron, en consecuencia, un carácter semitotalitario. Según los legisladores, la estatización de los sindicatos se hizo en bien de los intereses de los obreros, con el objetivo de asegurarles una influencia en la vida económica y gubernamental. Pero en la medida en que el imperialismo extranjero domine el Estado nacional y pueda, con la ayuda de fuerzas reaccionarias internas, derrocar a la inestable democracia y remplazarla por una dictadura fascista desembozada, la legislación sindical puede convertirse fácilmente en una herramienta de la dictadura imperialista.

LA CONSIGNA POR LA INDEPENDENCIA DE LOS SINDICATOS

A primera vista, podría deducirse de lo antedicho que los sindicatos renuncian a sí mismos en la era imperialista, que casi no dan cabida a la democracia obrera que, en los buenos tiempos, en que reinaba el libre comercio, constituía la esencia de la vida interna de las organizaciones obreras.

También se podría pensar que al no existir la democracia obrera, no puede haber una de luchar abierta por influenciar a los miembros del sindicato y que con esto desaparece de hecho, para los revolucionarios, el campo principal de trabajo en los sindicatos. Sin embargo, esta posición sería fundamentalmente falsa. No podemos elegir el campo de trabajo ni las condiciones en que desarrollaremos nuestra actividad según nuestros deseos o aversiones. Es infinitamente más difícil luchar por influenciar a las masas obreras dentro de un Estado totalitario o semitotalitario que en una democracia. Esta observación se aplica también a los sindicatos cuya existencia refleja la evolución de los Estados capitalistas. Pero no podemos renunciar a trabajar con los obreros en Alemania simplemente porque el

régimen totalitario hace allí muy difícil esta tarea. Del mismo modo no podemos renunciar a la lucha dentro de las organizaciones del trabajo obligatorio creadas por el fascismo. Menos aún podemos renunciar a un trabajo sistemático dentro de los sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario solamente porque dependan directa o indirectamente del Estado obrero o porque la burocracia prive a los revolucionarios de la posibilidad de trabajar libremente en ellos. Hay que luchar bajo todas estas condiciones concretas creadas por la evolución anterior, incluyendo los errores de la clase obrera y los crímenes de sus dirigentes.

En los países fascistas y semifascistas es imposible llevar a cabo un trabajo revolucionario que no sea clandestino e ilegal. Tenemos que adaptarnos a las condiciones concretas existentes en los sindicatos de cada país dado para movilizar a las masas no sólo contra la burguesía sino también contra el régimen totalitario de los propios sindicatos y contra los dirigentes que sustentan este régimen.

La consigna esencial en esta lucha es: *independencia completa e incondicional de los sindicatos respecto del Estado capitalista*. Esto significa: luchar por transformar los sindicatos en organismos de las masas explotadas y no de una aristocracia obrera.

La segunda consigna es: *democracia sindical*.

Esta segunda consigna se desprende directamente de la primera y presupone para su realización la independencia total de los sindicatos del Estado imperialista o colonial.

En otras palabras, en la época actual, los sindicatos no pueden ser simples órganos democráticos como en la época del capitalismo librecambista y ya no pueden permanecer por mucho tiempo políticamente neutrales, o sea, limitarse a la defensa de los intereses cotidianos de la clase obrera. No pueden ser por mucho tiempo más anarquistas, es decir, ignorar la influencia decisiva del Estado en la vida del pueblo y de las clases.

No pueden ser por mucho más tiempo reformistas, porque las condiciones objetivas ya no permiten reformas serias y duraderas. Los sindicatos de nuestra época pueden o bien servir como herramientas secundarias del capitalismo imperialista para subordinar y disciplinar a los obreros e impedir la revolución, o bien por el contrario, convertirse en las herramientas del movimiento revolucionario del proletariado.

La neutralidad de los sindicatos es total e irreversiblemente cosa del pasado. Ha desaparecido junto con la libre democracia burguesa.

NECESIDAD DEL TRABAJO EN LOS SINDICATOS

De todo lo anterior se desprende claramente que, a pesar de la continua degeneración de los sindicatos y de su integración progresiva al Estado imperialista, el trabajo en su seno no sólo que no ha perdido su importancia sino que se mantiene y se vuelve en cierto sentido incluso, revolucionaria. Se trata

esencialmente de luchar para ganar influencia sobre la clase obrera. Cada organización, cada partido, cada fracción que tome una posición ultimatista respecto a los sindicatos, es decir que de hecho le de la espalda a la clase obrera, sólo por no estar de acuerdo con su organización, está destinada a perecer. Y hay que decir que merece perecer.

EN LOS PAÍSES ATRASADOS

Como en los países atrasados el papel principal no lo juega el capitalismo nacional sino el extranjero, la burguesía nacional ocupa, en cuanto a su ubicación social, una posición muy inferior a la que corresponde al desarrollo de la industria.

Mientras el capital extranjero no importe obreros sino que proletarice a la población nativa, el proletariado nacional comienza muy rápidamente a jugar el rol más importante en la vida nacional. Bajo tales condiciones, en la medida en que el gobierno nacional intenta ofrecer alguna resistencia al capital extranjero, se ve obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado.

En cambio, los gobiernos de estos países que consideran inevitable o más provechoso marchar mano a mano con el capital extranjero, destruyen las organizaciones obreras e instauran un régimen más o menos totalitario.

De modo que la debilidad de la burguesía nacional, la falta de tradiciones del gobierno democrático, la presión del imperialismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado suprimen cualquier base para un régimen democrático estable. Los gobiernos de los países atrasados, o sea coloniales o semicoloniales, asumen en general un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren entre sí en que algunos intentan orientarse en una dirección democrática, buscando el apoyo de obreros y campesinos, mientras que otros implantan una forma de dictadura policíaco-militar. Esto determina también la suerte de los sindicatos: o están bajo la tutela del Estado o bien, sujetos a una cruel persecución. Este tutelaje está determinado por las dos grandes tareas antagónicas que el Estado debe encarar: atraer a toda la clase obrera, para así ganar un punto de apoyo para la resistencia a las pretensiones excesivas por parte del imperialismo y, al mismo tiempo, disciplinar a los mismos obreros poniéndolos bajo control de una burocracia.

EL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LOS SINDICATOS

El capitalismo monopolista cada vez está menos dispuesto a admitir sobre nuevas bases la independencia de los sindicatos. Exige que la burocracia reformista y la aristocracia obrera, que picotean las migajas que caen de su mesa, se transformen en su policía política a los ojos de la clase obrera.

Cuando no se puede lograr esto, la burocracia es suprimida y remplazada por los fascistas. Entonces, todos los esfuerzos que haga la aristocracia obrera al servicio del imperialismo no podrán salvarla por mucho tiempo de la destrucción.

En un determinado grado de la intensificación de las contradicciones de clase dentro de cada país y de los antagonismos entre las naciones, el imperialismo sólo puede tolerar (al menos hasta cierto punto) una burocracia reformista siempre que ésta actúe directamente como un pequeño pero activo accionista de sus empresas imperialistas, de sus planes y programas, tanto dentro del país como en el plano mundial. El socialreformismo debe convertirse en socialimperialismo para poder prolongar su existencia, pero para prolongarla y nada más, pues ese camino no tiene, en general, ninguna salida.

¿Significa esto que en la época imperialista no pueden existir, en general, sindicatos independientes? Plantear así esta cuestión sería fundamentalmente erróneo. Lo que es imposible, efectivamente, es la existencia de sindicatos reformistas independientes o semiindependientes. Completamente posible es la existencia de sindicatos revolucionarios que no sólo no sólo no sean sostenedores de la policía imperialista sino que se planteen como tarea derrocar directamente el sistema capitalista. En la época de la decadencia imperialista los sindicatos sólo pueden ser independientes en la medida en que sean conscientes de ser en la práctica los organismos de la revolución proletaria. En este sentido, en el programa de consignas de transición adoptado por el último congreso de la IV Internacional no es sólo un programa para la actividad del partido sino que, en sus líneas esenciales, es también el programa para la actividad sindical.

EN LOS PAÍSES COLONIALES Y SEMICOLONIALES

El desarrollo de los países atrasados presenta un carácter combinado. En otras palabras: la última palabra en tecnología, economía y política imperialistas se combina en estos países con el estado atrasado y primitivo tradicional. Esta ley puede ser observada en las esferas más diversas del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, incluso en el movimiento sindical. El capitalismo imperialista opera aquí de la manera más cínica y abierta. Transporta a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su dominación tiránica.

EN INGLATERRA

En todo el movimiento sindical mundial, en el último período, se puede notar un giro hacia la derecha y la supresión de la democracia interna. En Inglaterra, fue aplastado el Movimiento de la Minoría de los sindicatos (no sin ayuda de Moscú); los dirigentes sindicales son hoy, especialmente en el terreno de la política exterior, fieles agentes del Partido Conservador.

EN FRANCIA

En Francia, no había lugar para una existencia independiente de los sindicatos stalinistas. Se unieron a los llamados anarco-sindicalistas bajo la dirección de Jouhaux, y el resultado de esta unificación no fue un giro general hacia la izquierda, sino hacia la derecha.

La dirección de la CGT es el agente más directo y abierto del capitalismo imperialista francés.

EN EEUU

En los Estados Unidos, el movimiento sindical ha pasado en los últimos años por un período muy agitado. El surgimiento del CIO pone en evidencia la existencia de las tendencias revolucionarias que se manifiestan en las masas obreras. Sin embargo, es significativo y relevante señalar el hecho que la nueva organización sindical de izquierda ni bien se fundaba, caía bajo la dependencia del Estado imperialista. La lucha entre los dirigentes de la vieja y la nueva Federación[2] se reduce en gran medida a la lucha por obtener la simpatía y el apoyo de Roosevelt y su gabinete.

EN ESPAÑA

Si bien en un sentido diferente, no es menos significativo el desarrollo o la degeneración de los sindicatos españoles.

En los sindicatos socialistas, todos los elementos que en alguna medida representaban la independencia del movimiento sindical, fueron echados. En cuanto a los sindicatos anarco-sindicalistas, se transformaron en instrumentos de la burguesía republicana.

Sus dirigentes se convirtieron en ministros burgueses conservadores. El que esta transformación tuviera lugar en condiciones de guerra civil no atenúa su significación. La guerra es una continuación de la política. Acelera procesos, pone al desnudo sus rasgos fundamentales, destruye todo lo que está podrido, lo falso, lo equívoco y mantiene sólo lo que es esencial. El giro hacia la derecha de los sindicatos se debe a la agudización de las contradicciones sociales e internacionales. Los dirigentes del movimiento sindical sentían o entendían, o les hicieron entender, que no es el momento de jugar a la oposición. Todo movimiento de oposición dentro del movimiento sindical, especialmente en las altas esferas, amenaza con provocar una movilización formidable del movimiento de masas y crearle así dificultades al imperialismo nacional. Esto motiva el giro hacia la derecha y la supresión de

[2] Se refiere a la AFL y al CIO.

la democracia obrera en los sindicatos, la evolución hacia el régimen totalitario, característica fundamental del período.

EN HOLANDA

También deberíamos tener en cuenta el caso de Holanda, donde no sólo el movimiento sindical reformista sirvió de apoyo al imperialismo, sino que también la llamada organización anarco-sindicalista estaba también bajo el control del gobierno imperialista. El secretario de esta organización, Sneevliet, a pesar de su simpatía platónica por la IV Internacional, como diputado del parlamento holandés tenía como primer objetivo evitar que la cólera del gobierno no cayera sobre su organización sindical.

EN MÉXICO

La nacionalización de los ferrocarriles y de los campos petrolíferos en México no tiene, por supuesto, nada que ver con el socialismo.

Es una medida de capitalismo de Estado en un país atrasado que busca de este modo defenderse por un lado del imperialismo extranjero y, por el otro, de su propio proletariado. La administración de los ferrocarriles, campos petrolíferos, etc., por medio de organizaciones obreras no tiene nada que ver con el control obrero de la industria porque, al final de cuentas, la administración se hace por intermedio de la burocracia obrera, que es independiente de los obreros pero por el contrario, depende totalmente del Estado burgués. Esta medida por parte de la clase dirigente, apunta a disciplinar a la clase obrera, para hacerla trabajar más al servicio de los "intereses comunes" del Estado, que parecen confundirse con los intereses de la propia clase obrera. En realidad, la tarea de la burguesía consiste en liquidar a los sindicatos como organismos de lucha de clases y sustituirlos por la burocracia sindical como órgano de dirección del Estado burgués sobre los obreros. En estas condiciones, la tarea de la vanguardia revolucionaria es emprender la lucha por la total independencia de los sindicatos y por la introducción de un verdadero control obrero sobre la burocracia sindical, a la que se entregó la administración de los ferrocarriles, las empresas petroleras y demás.

EL ANARQUISMO

Los sucesos del último período anterior a la guerra han demostrado con una claridad particular que el anarquismo –que desde el punto de vista teórico sólo es un liberalismo llevado hasta sus últimas consecuencias–, no era en la práctica más que un movimiento de propaganda ejercida pasivamente en el marco de la república democrática, de la que buscaba protección.

Si dejamos de lado los actos de terrorismo individual, etc., el anarquismo, como movimiento de masas y acción política, sólo ejerció una actividad propagandística bajo la pacífica protección de la legalidad.

En situaciones de crisis, los anarquistas siempre hacen lo contrario de lo que predican en tiempos de paz. Esto ya lo había señalado el propio Marx refiriéndose a la Comuna de París, y se reprodujo, en mucha mayor escala, en la experiencia de la Revolución Española.

Los sindicatos democráticos, en el viejo sentido del término –es decir, organismos en el marco de los cuales diferentes tendencias se enfrentaban más o menos libremente en el seno de una misma organización de masas– no pueden existir por mucho tiempo más.

Del mismo modo que no se puede volver al Estado democráticoburgués, tampoco es posible volver a la vieja democracia obrera. El destino de uno refleja el del otro. Es indudable que la independencia de clase de los sindicatos en cuanto a sus relaciones con el Estado burgués solamente puede garantizarla, en las condiciones actuales, por una dirección completamente revolucionaria que es la dirección de la IV Internacional. Naturalmente, esta dirección debe y puede ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible bajo las condiciones concretas actuales. Pero, *sin la dirección política de la IV Internacional, la independencia de los sindicatos es imposible*.

ANEXO

SOBRE LAS HUELGAS[1]

VLADIMIR I. LENIN

FINES DE 1899

En los últimos años, las huelgas se han vuelto extremadamente frecuentes en Rusia. De ahora en adelante no es sólo en provincias industriales donde hay varias huelgas. En las grandes ciudades, las huelgas estallan sin cesar. Se comprende entonces que los obreros conscientes así como los socialistas, se planteen cada vez más a menudo la cuestión del significado de las huelgas, cómo dirigirlas y cuáles son las tareas de los socialistas que participan en ellas.

Queremos intentar hacer una exposición de alguna de nuestras consideraciones sobre estos problemas. En el primer artículo nos proponemos estudiar el significado de las huelgas en el movimiento obrero en general; en el segundo, hablaremos de las leyes rusas contra las huelgas, y en el tercero, de cómo han sido y son conducidas las huelgas en Rusia y cuál debe ser la actitud de los obreros conscientes ante ellas[2].

I

En primer lugar, es preciso plantearse una cuestión: ¿cómo se explica la aparición de las huelgas y su extensión? Quien recuerde todos los casos de huelgas que haya conocido por su experiencia personal, por los relatos de otros o a través de los periódicos, verá enseguida que las huelgas surgen y se extienden allí donde aparecen y se extienden las grandes fábricas. Entre las fábricas más importantes que emplean centenares (y a veces miles) de obreros, apenas si se encontrará una

[1] Publicado por primera vez en 1924, en la revista *Proletarskaya Revoliútsia* Nº 8-9. Tomado de la versión publicada en *Acerca de los sindicatos*, URSS, Editorial Progreso, 1978, pp. 35-46. Cotejado y modificado con la versión francesa de www. marxists.org.

[2] El artículo "Sobre las huelgas" fue escrito a fines de 1899 por Lenin, entonces en el exilio en Siberia, para la *Rabochaia Gazeta*. El artículo debía tener tres partes, como lo indica Lenin en su preámbulo. Sólo se posee la primera parte, copiada a mano por Nadezdna Krupskaia y no se pudo establecer si las otras dos partes fueron redactadas. (Nota de la edición francesa)

donde no haya habido huelgas. Cuando las grandes fábricas en Rusia eran poco numerosas, también escaseaban las huelgas, pero desde que éstas crecen con rapidez, tanto las antiguas localidades fabriles como en las nuevas ciudades y pueblos industriales, las huelgas son cada vez más frecuentes.

¿Por qué la gran producción fabril conduce siempre a las huelgas? Ello se debe a que el capitalismo lleva necesariamente a la lucha de los obreros contra los patrones y cuando se pasa al estadio de la producción a gran escala, esta lucha afecta necesariamente la forma de las huelgas.

Aclaremos esto.

Se denomina capitalismo a una organización de la sociedad en que la tierra, las fábricas, las herramientas, etc., pertenecen a un pequeño número de grandes terratenientes y capitalistas, mientras que la masa del pueblo no posee nada o casi ninguna propiedad y debe, consecuentemente, buscar que contraten su fuerza de trabajo. Los grandes terratenientes y los empresarios contratan a los obreros, los obligan a producir tales o cuales artículos, que ellos venden en el mercado. Haciendo esto, los patrones se contentan con pagar a los obreros un salario que apenas les permita subsistir a éstos y sus familiares; todo lo que el obrero produjo por encima de esta cantidad de productos se lo embolsa el patrón, esto constituye su ganancia. Así, en el régimen de la economía capitalista, la masa del pueblo realiza un trabajo asalariado para otro, no para sí misma sino para los patrones a cambio de un salario. Se comprende que los patrones se esfuercen siempre por reducir el salario: cuanto menos le den a los obreros, mayor será su ganancia. En cambio, los obreros tratan de recibir el mayor salario posible, para poder sostener a su familia con una alimentación abundante y sana, vivir en una buena casa y no vestirse como pordioseros, sino como se viste todo el mundo.

Por lo tanto, entre patrones y obreros se libra una lucha constante por el salario: el patrón es libre de contratar al obrero que mejor le parezca, y busca al obrero más barato. El obrero es libre de ser contratado por el patrón que quiera, y busca el más caro, el que más pague. Que el obrero trabaje en el campo o en la ciudad, que sea contratado por un gran terrateniente, a un campesino rico, un comerciante o en una fábrica, siempre está luchando contra él con respecto a su salario.

Pero, ¿el obrero aislado puede sostener esta lucha? Cada vez es mayor el número de obreros: los campesinos arruinados abandonan las aldeas y huyen hacia las ciudades y las fábricas. Los grandes terratenientes y los empresarios introducen máquinas, que dejan sin trabajo a los obreros. En las ciudades aumenta sin cesar el número de desocupados y los mendigos en las aldeas; los hambrientos hacen bajar cada vez más los salarios. Al obrero le es imposible luchar aisladamente contra el patrón. Si el obrero exige mejor salario o no acepta la rebaja del mismo, el patrón contestará: "Váyase de aquí, hay muchos hambrientos que esperan en la puerta de mi fábrica y estarán muy contentos de trabajar aunque sea por un salario bajo".

Cuando la miseria del pueblo llega a tal punto en las ciudades y en el campo hay continuamente masas de desocupados, los patrones acumulan inmensas riquezas y los pequeños propietarios son desplazados por los millonarios, entonces el obrero aislado se encuentra *totalmente impotente* frente al capitalista. Este último puede aplastarlo completamente, hasta condenarlo a muerte a través de un trabajo inhumano, y no sólo a él, sino también a su mujer y sus hijos. En efecto, vean las ramas de producción en las que los obreros no han obtenido aún la protección de la ley y donde no pueden ofrecer resistencia a los capitalistas: comprobarán que la jornada de trabajo es desmesuradamente larga, que llega hasta de 17 y 19 horas; verán que criaturas de cinco o seis años ejecutan un trabajo extenuante; verán obreros que padecen hambre constantemente y muriendo lentamente por inanición. Un ejemplo es el de los obreros que trabajan a domicilio para los capitalistas; ¡pero cada obrero recordará muchos otros ejemplos! Ni siquiera bajo la esclavitud y bajo el régimen de servidumbre existió jamás una opresión tan tremenda del pueblo trabajador como la que logran los capitalistas cuando los obreros no pueden oponerles resistencia, cuando no pueden arrancarle leyes que limiten la arbitrariedad patronal.

Pues bien, para no permitir verse reducidos a esta situación tan extrema, los obreros inician la lucha más encarnada. Viendo que actuando aisladamente, cada uno de ellos es totalmente impotente y se arriesga a perecer bajo el yugo del capital, los obreros empiezan a alzarse juntos contra sus patrones. Las huelgas obreras estallan. Al principio es frecuente que los obreros no sepan incluso lo que tratan de conseguir, que no comprendan *porqué* actúan así: simplemente rompen las máquinas o destruyen las fábricas. Lo único que desean es dar a conocer a los patrones su indignación, prueban sus fuerzas mancomunadas para salir de una situación insoportable, sin saber aún por qué su situación es tan desesperada y hacia dónde deben orientar sus esfuerzos.

En todos los países, la indignación obrera comenzó con disturbios aislados, con revueltas, como los llaman en nuestro país la policía y los patrones. En todos los países, estos disturbios dieron lugar, por un lado, a huelgas más o menos pacíficas y, por otro, a una lucha general de la clase obrera por su emancipación.

¿Cuál es el rol de las huelgas (o cese del trabajo) en la lucha de la clase obrera? Para responder a esta pregunta debemos detenernos primero a examinar con más detalle las huelgas. Si el salario del obrero se determina –como hemos visto– por un contrato entre el patrón y el obrero, y si el obrero aislado es totalmente impotente, es evidente que los obreros deben necesariamente defender juntos sus reivindicaciones, deben necesariamente organizar huelgas para impedir que los patrones rebajen el salario o para lograr un salario más alto. Y, efectivamente, no existe ningún país capitalista en el que no haya huelgas obreras. En todos los países de Europa y América, los obreros se sienten por doquier impotentes cuando actúan individualmente y sólo pueden resistir a los patrones si están unidos, ya sea declarándose en huelga, o

agitando la amenaza de ella. Y cuanto más se desarrolla el capitalismo, cuanto mayor es la rapidez con que crecen las fábricas, cuanto más se ven desplazados los pequeños capitalistas por los grandes, más imperiosa es la necesidad de una resistencia conjunta de los obreros porque se agrava la desocupación, se agudiza la competencia entre los capitalistas, que tratan de producir sus mercancías al más bajo precio posible (para lo cual es preciso pagar a los obreros lo menos posible), y se acentúan las oscilaciones de la industria y las crisis se vuelven más violentas[3]. Cuando la industria prospera, los patrones obtienen grandes beneficios y no piensan de ninguna manera repartírselos con los obreros; pero durante la crisis los patrones tratan de cargar las pérdidas sobre los obreros. La necesidad de las huelgas en la sociedad capitalista está tan reconocida por todos en los países europeos, que allí la ley no prohíbe la declaración de huelgas; sólo en Rusia subsisten leyes salvajes contra las huelgas (de estas leyes y de su aplicación hablaremos en otro momento).

Pero las huelgas, por dimanar de la propia naturaleza de la sociedad capitalista, significan el comienzo de la lucha de la clase obrera contra esta organización de la sociedad. Cuando los ricos capitalistas se enfrentan a obreros aislados y necesitados, esto equivale para estos últimos la esclavización total. Pero la situación cambia cuando estos obreros desposeídos unen sus esfuerzos. Los patrones no extraerán ningún beneficio de sus riquezas si no encuentran obreros que acepten trabajar con las herramientas y las materias primas de los capitalistas y producir nuevas riquezas. Cuando los obreros aislados se relacionan con los patrones, permanecen como verdaderos esclavos condenados a trabajar eternamente en beneficio de otro por un pedazo de pan, a permanecer eternamente como mercenarios sumisos y silenciosos. Pero cuando los obreros proclaman juntos sus reivindicaciones y se niegan a obedecer a los que tienen la bolsa de oro, entonces dejan de ser esclavos, se convierten en seres humanos y comienzan a exigir que su trabajo no sólo sirva para enriquecer a un puñado de parásitos, sino que permita a los trabajadores vivir como personas. Los esclavos comienzan a exigir transformarse en dueños: a trabajar y vivir no como quieren los grandes terratenientes y capitalistas, sino como quieran los propios trabajadores. Si las huelgas infunden siempre tal espanto a los capitalistas es porque comienzan a hacer vacilar su dominio: "Todas las ruedas se detienen, si así lo quiere tu brazo vigoroso", dice de la clase obrera una canción de los obreros alemanes. Efectivamente: las fábricas, las grandes explotaciones de los terratenientes, las máquinas, los ferrocarriles, etc., etc., son, por decirlo así, las ruedas de un enorme mecanismo que extrae todo tipo de productos, los transforma y los distribuye al

[3] Sobre las crisis en la industria y sobre su significado para los obreros hablaremos algún día con más detalle. Ahora observemos sólo que, en los últimos años, los asuntos industriales en Rusia han ido a las mil maravillas, la industria "ha prosperado", pero ahora (a fines de 1899) se observan ya claros síntomas de que esta "prosperidad" desembocará en la crisis: en las dificultades para la venta de mercancías, en las quiebras de empresarios, en la ruina de pequeños propietarios y en terribles calamidades para los obreros (desocupación forzosa, disminución del salario, etc.). (NdVL)

lugar querido. Todo este mecanismo lo acciona el obrero, que cultiva la tierra, extrae el mineral, elabora las mercancías en las fábricas, construye casas, talleres y líneas férreas. Cuando los obreros se niegan a trabajar, todo este mecanismo amenaza con paralizarse. Cada huelga recuerda a los capitalistas que los verdaderos dueños no son ellos, sino los obreros, que proclaman cada vez más sus derechos con creciente fuerza. Cada huelga recuerda a los obreros que su situación no es desesperada, que no están solos. Vean qué enorme influencia ejerce una huelga tanto sobre los huelguistas como sobre los obreros de las fábricas vecinas o próximas o que forman parte de la misma rama industrial. En tiempos normales, pacíficos, el obrero arrastra en silencio su carga, sin contradecir al patrón, sin reflexionar sobre su situación. Durante una huelga el obrero proclama en voz alta sus reivindicaciones, recuerda a los patrones todos los atropellos de que ha sido víctima, proclama derechos, no piensa solo en sí mismo ni en su paga, sino que piensa también en todos sus camaradas, que han abandonado el trabajo junto con él y que defienden la causa obrera sin temer las privaciones. Toda huelga acarrea al obrero gran número de privaciones, y además tan terribles que sólo pueden compararse con las calamidades de la guerra: hambre en la familia, pérdida del salario, a menudo detenciones, expulsión de la ciudad en donde vivía hace mucho tiempo y donde tiene su trabajo. Y a pesar de todas estas calamidades, los obreros desprecian a los que se apartan de sus camaradas y entran en componendas con el patrón. A pesar de las miserias causadas por la huelga, los obreros de las fábricas inmediatas sienten entusiasmo siempre que ven que sus camaradas han iniciado la lucha. “Quienes soportan tantas miserias para doblegar a un solo burgués sabrán también, cuando llegue la hora, enfrentarse al poder de toda la burguesía”[4], decía un gran maestro del socialismo, Engels, hablando de las huelgas de los obreros ingleses. Con frecuencia, basta que se declare en huelga una fábrica para que inmediatamente comience una serie de huelgas en otras muchas fábricas. ¡Tan grande es la influencia moral de las huelgas, tan contagioso es para los obreros ver a sus camaradas que, aunque sólo sea temporalmente, dejen de ser esclavos para tener los mismos derechos que los ricos! Toda huelga contribuye potentemente a llevar a los obreros a la idea del socialismo, de la lucha de toda la clase obrera por su emancipación del yugo del capital. Es muy frecuente que antes de una importante huelga, los obreros de una fábrica o de una industria o una ciudad cualquiera no sepan casi nada del socialismo y casi ni piensen en él y que después de la huelga, los círculos y las asociaciones se multipliquen entre ellos, mientras que un número creciente se conviertan en socialistas.

La huelga enseña a los obreros a comprender dónde radica la fuerza de los patrones y dónde la de los obreros, enseña a pensar no sólo en su patrón ni en sus

---

[4] Federico Engels, “La situación de la clase trabajadora en Inglaterra”, en *Escritos de Juventud de Federico Engels, Obras fundamentales de Marx y Engels* T2, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 470.

camaradas más cercanos, sino en todos los patrones, en toda la clase capitalista y en toda la clase obrera. Cuando un patrón que ha amasado millones a costa del trabajo de varias generaciones de obreros, niega el mínimo aumento de salario e incluso intenta reducirlo todavía más y, en el caso de que los obreros ofrezcan resistencia, arroja a la calle a miles de familias hambrientas, entonces los obreros ven con claridad que la clase capitalista en su conjunto es enemiga de toda la clase obrera y que los obreros pueden confiar tan sólo en sí mismos y en su unión. Ocurre muy a menudo que el patrón se ocupa con el mayor empeño posible en engañar a los obreros, en hacerse pasar como su benefactor, en disimular la explotación de sus obreros con una mínima caridad, con promesas mentirosas. Cada huelga destruye siempre, de un golpe, todo este engaño, haciendo ver a los obreros que su "benefactor" es un lobo con piel de cordero.

Pero la huelga abre los ojos a los obreros no sólo en lo que se refiere a los capitalistas, sino también en lo que se refiere al gobierno y a las leyes. Del mismo modo que los patrones se esfuerzan por aparecer como benefactores de los obreros, así también los funcionarios y sus lacayos se esfuerzan por convencer a los obreros de que el zar y el gobierno zarista actúan con equidad, preocupándose por los patrones y los obreros por igual. El obrero no conoce las leyes y no se codea con los funcionarios, en particular con los altos, por lo que frecuentemente da crédito a todo esto. Pero he aquí que estalla una huelga: el fiscal, el inspector fabril, la policía y a menudo las tropas se presentan en la fábrica. Los obreros aprenden entonces que han infringido la ley: ¡la ley le permite a los patrones reunirse y discutir abiertamente los medios para reducir el salario de los obreros, mientras que los obreros cometen un crimen si se ponen de acuerdo en una acción común! Desalojan a los obreros de sus viviendas, la policía cierra los comercios en los que los obreros podrían adquirir comestibles a crédito y se pretende azuzar a los soldados contra los obreros incluso cuando éstos mantienen una actitud serena y pacífica. Se da incluso a los soldados la orden de abrir fuego contra los obreros, y cuando masacran a trabajadores desarmados disparando por la espalda a los que intentan huir, el propio zar manifiesta su gratitud a las tropas (así lo hizo con los soldados que mataron en 1895 en Yaroslavl a unos huelguistas[5]). Para todo obrero resulta claro que el gobierno zarista es su peor enemigo, que defiende a los capitalistas y ata de pies y manos a los obreros. El obrero comienza a comprender que las leyes se dictan en beneficio exclusivo de los ricos, que también los funcionarios defienden los intereses de los ricos, que la clase obrera es silenciada y que no se le permite expresar sus necesidades, que debe necesariamente conquistar el derecho

[5] Lenin alude a la huelga declarada en abril-mayo de 1895 en la Gran Manufactura de Yaroslav. La huelga en la que participaron 4.000 obreros, fue provocada por la decisión de la administración de establecer nuevas tarifas que reducían los salarios. La huelga fue aplastada con ensañamiento por el ejército, resultando un obrero muerto, 14 heridos y 11 procesados. (NdEd.P)

de huelga, el derecho a publicar periódicos obreros y el derecho a participar en la representación nacional la que debe promulgar las leyes y vigilar su aplicación. A su vez el gobierno comprende muy bien que las huelgas abren los ojos a los obreros, por lo que tanto las teme y se esfuerza a toda costa por sofocarlas lo antes posible. Un ministro alemán del Interior, que adquirió fama por sus feroces persecuciones contra los socialistas y los obreros conscientes, declaró no sin motivo en una ocasión ante los representantes del pueblo: "Detrás cada huelga se esconde la hidra [el monstruo] de la revolución"[6]. Cada huelga afirma y desarrolla en los obreros la conciencia de que el gobierno es su enemigo y de que la clase obrera debe prepararse para luchar contra él por los derechos del pueblo.

Así pues, las huelgas enseñan a los obreros a unirse, les hacen ver que sólo unidos pueden sostener la lucha contra los capitalistas, enseñan a los obreros a pensar en la lucha de toda la clase obrera contra toda la clase patronal y contra el gobierno autocrático y policial. Por eso mismo, los socialistas llaman a las huelgas "escuela de guerra", una escuela en la que los obreros aprenden a librar la guerra contra sus enemigos con el objetivo de emancipar a todo el pueblo y a todos los trabajadores del yugo de los funcionarios y del yugo del capital.

Pero la "escuela de guerra" no es aún la guerra misma. Cuando las huelgas se propagan ampliamente entre los obreros, algunos de ellos (y algunos socialistas) comienzan a pensar que la clase obrera puede limitarse a hacer huelga, organizar fondos y asociaciones de huelga, y que éstas son suficientes para arrancar una seria mejora de su situación e incluso su emancipación. Viendo la fuerza que representan la unión de los obreros, incluso las de pequeña envergadura, algunos piensan que a los obreros les basta declarar la huelga general en todo el país para poder conseguir de los capitalistas y del gobierno todo lo que quieran. Esta opinión la expresaron también los obreros de otros países, cuando el movimiento obrero estaba en su etapa inicial y los obreros tenían aún muy poca experiencia. *Pero esta opinión es falsa*. Las huelgas son *uno* de los medios de lucha de la clase obrera por su emancipación, pero no el único, y si los obreros no prestan atención a otros medios de lucha, demorarán el desarrollo y el progreso de la clase obrera. Efectivamente, para que las huelgas tengan éxito son necesarios los fondos de huelga, a fin de mantener a los obreros mientras dure el conflicto. Los obreros (generalmente en el marco una industria dada, oficio o taller) organizan estos fondos en todos los países, pero en Rusia esto es sumamente difícil, porque la policía las persigue, confisca el dinero y detiene a los obreros. Naturalmente, los obreros saben resguardarse de la policía, que la organización de estos fondos es útil, y nosotros no queremos disuadir a los obreros de que los hagan. Pero no se puede esperar que, estando prohibidos por la ley, los fondos obreros puedan contar con muchos miembros; y con un escaso número de cotizantes, dichos fondos no serán gran utilidad. Además, hasta en los

[6] Lenin cita una máxima del ministro prusiano del Interior Jesco von Puttkamer. (NdEd.P)

países en que existen libremente las asociaciones obreras, y disponen de fondos muy importantes, la clase obrera de ningún modo puede limitarse en su lucha únicamente a las huelgas. Basta con dificultades en los negocios en la industria (una crisis, como la que, por ejemplo, se acerca ahora en Rusia), para que los patrones provoquen incluso las huelgas, porque a veces les conviene suspender temporalmente el trabajo y hacer consumir los fondos de huelga. De ahí que los obreros no pueden en modo alguno circunscribirse exclusivamente a las huelgas y a las formas de organización que implican. En segundo lugar, las huelgas sólo son victoriosas donde los obreros son ya bastante conscientes, cuando saben elegir el momento propicio, formular sus reivindicaciones, donde mantienen contacto con los socialistas para recibir volantes y folletos. Pero estos obreros aún son pocos numerosos en Rusia, y es indispensable dirigir todos los esfuerzos para aumentar su número, para dar a conocer la causa obrera a las masas obreras, para iniciarlos en el socialismo y la lucha obrera. Esta tarea debe ser asumida en común por los socialistas y los obreros conscientes, formando para ello un partido obrero socialista. En tercer lugar, las huelgas muestran a los obreros, como hemos visto, que el gobierno es su enemigo y que es preciso luchar contra él. Efectivamente, las huelgas han enseñado progresivamente a la clase obrera, en todos los países, a luchar contra los gobiernos por los derechos de los obreros y de todo el pueblo. Como ya hemos dicho, esta lucha sólo puede llevarla adelante un partido obrero socialista, difundiendo entre los obreros correctas ideas sobre el gobierno y la causa obrera. En otra ocasión nos referiremos en particular a la forma en que nosotros conducimos las huelgas en Rusia y cómo deben utilizarlas los obreros conscientes. Por ahora debemos indicar que las huelgas son, como ya hemos anotado más arriba, una "escuela de guerra", pero no la guerra misma; las huelgas sólo son uno de los medios de lucha, una de las formas del movimiento obrero. De las huelgas aisladas los obreros pueden y deben pasar, y pasan realmente en todos los países, a la lucha de toda la clase obrera por la emancipación de todos los trabajadores. Cuando todos los obreros conscientes se hacen socialistas, es decir, cuando aspiran a esta emancipación, cuando se unen en todo el país para propagar entre los obreros el socialismo y enseñarles todos los medios de lucha contra sus enemigos, cuando forman un partido obrero socialista luchando por liberar a todo el pueblo de la opresión del gobierno y por emancipar a todos los trabajadores del yugo del capital, sólo entonces la clase obrera se incorpora plenamente al gran movimiento de los obreros de todos los países, que agrupa a todos los obreros y enarbola en alto la bandera roja en la que están inscriptas estas palabras: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

EL MOVIMIENTO SINDICAL, LOS COMITÉS DE FÁBRICA Y DE EMPRESAS[1]

I

1. Los sindicatos creados por la clase obrera durante el período del desarrollo pacífico del capitalismo eran organizaciones obreras destinadas a luchar por el alza de salarios obreros en el mercado del trabajo y el mejoramiento de las condiciones del trabajo asalariado. Los marxistas revolucionarios fueron obligados a entrar en contacto con el partido político del proletariado, el partido socialdemócrata, a fin de entablar una lucha común por el socialismo. Las mismas razones que, con raras excepciones, habían hecho de la democracia socialista no un arma de la lucha revolucionaria del proletariado por la liquidación del capitalismo, sino una organización que encauzaba el esfuerzo revolucionario del proletariado según los intereses de la burguesía, hicieron que, durante la guerra, los sindicatos se presentaran con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía. Ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con la mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo.

Al sólo abarcar a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patrones, al actuar en límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus líderes oportunistas, los sindicatos traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino también la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado. Abandonaron el ámbito de la lucha profesional contra los patrones y lo remplazaron, a cualquier precio, por un programa de transacciones amistosas con los capitalistas. Esta política fue no solamente la de las tradeunions liberales en Inglaterra y en EEUU, la de los sindicatos libres pretendidamente socialistas de Alemania y Austria, sino también la de las uniones sindicales francesas.

2. Las consecuencias económicas de la guerra, la total desorganización del sistema económico en el orden mundial, la carestía enloquecedora de la vida, la explotación más intensa del trabajo de las mujeres y de los niños, el problema de la vivienda, que se agravan progresivamente, todo esto impulsa a las masas proletarias por el camino

[1] Tomado de *Los cuatro primeros congresos de la IC (1919-1923)*, Bs. As., Ediciones Pluma, 1973, II Congreso, julio de 1920, p. 177. Traducido del francés por Enrique Broquen.

de la lucha contra el capitalismo. Por su carácter y su envergadura, que se esbozan día a día con mayor nitidez, este combate se convertirá en una gran batalla revolucionaria que destruirá las bases generales del capitalismo. El aumento de salarios de una categoría determinada de obreros, arrancando a los patrones al precio de una lucha económica encarnizada, es reducido al día siguiente a cero por el alza del costo de la vida. Ahora bien, el alza de los precios debe continuar, pues la clase capitalista de los países vencedores, al arruinar con su política de explotación a la Europa oriental y central, no está en condiciones de organizar el sistema económico mundial. Por el contrario, lo desorganiza cada vez más. Para asegurarse el éxito en la lucha económica, las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate. El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y del intercambio capitalistas. Al aumentar sus exigencias a medida que aumenta el costo de la vida y que ellas mismas se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.

3. Pero la vieja burocracia profesional y las antiguas formas de organización sindical obstaculizan de cualquier forma esta transformación del carácter de los sindicatos. La vieja burocracia profesional trata por todos los medios de lograr que los sindicatos conserven su carácter de organizaciones de la aristocracia obrera, trata de mantener en vigor las reglas que imposibilitan la entrada de las masas obreras mal pagas en los sindicatos. La vieja burocracia sindical aún se esfuerza por remplazar el movimiento huelguístico, que cada día reviste más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado, por una política de contratos a largo plazo que han perdido toda significación ante las variaciones fantásticas de los precios. Trata de imponer a los obreros la política de las comunas obreras, de los Consejos unidos de la industria (Joint Industrial Councils) y a obstaculizar por la vía legal, gracias a la ayuda del Estado capitalista, la expansión del movimiento huelguístico. En los momentos críticos de la lucha, la burguesía siembra la discordia entre las masas obreras militantes e impide las acciones aisladas de diversas categorías de obreros que tienden a fusionarse en una acción de clase general. En esas tentativas, es apoyada por la acción de las antiguas organizaciones sindicales, que dividen a los trabajadores de un sector industrial en grupos profesionales artificialmente aislados, aunque todos

estén unidos por el mismo hecho de la explotación capitalista. La burguesía se basa en el poder de la tradición ideológica de la antigua aristocracia obrera, aunque esta última es incesantemente debilitada por la abolición de los privilegios de diversos grupos del proletariado. Esta abolición se explica por la descomposición general del capitalismo, la nivelación de la situación de diversos elementos de la clase obrera, la igualación de sus necesidades y su falta de seguridad.

De este modo, la burocracia sindical sustituye con débiles arroyos las poderosas corrientes del movimiento obrero, sustituye con parciales reivindicaciones reformistas los objetivos revolucionarios generales del movimiento y obstaculiza la transformación de los esfuerzos aislados del proletariado en una lucha revolucionaria única tendiente a destruir al capitalismo.

4. Dada la pronunciada tendencia de amplias masas obreras a incorporarse en los sindicatos, y considerando el carácter objetivo revolucionario de la lucha que esas masas sostienen pese a la burocracia profesional, es importante que los comunistas de todos los países formen parte de los sindicatos y trabajen para convertirlos en órganos conscientes de lucha para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en todos aquellos lugares donde aún no existan.

Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, toda tentativa de creación artificial de sindicatos que no esté determinada por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco calificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía... Las vacilaciones de las masas obreras, su indecisión política y la influencia que poseen sobre ellas los líderes oportunistas sólo podrán ser vencidas mediante una lucha cada vez más dura en la medida en que los sectores profundos del proletariado aprendan a través de la experiencia, mediante las lecciones de sus victorias y de sus fracasos, que el sistema económico capitalista nunca permitirá la obtención de condiciones de vida humanas y soportables, en la medida en que los trabajadores comunistas progresistas aprendan, por la experiencia de su lucha económica, a no ser solamente propagandistas teóricos de la idea comunista sino también conductores resueltos de la acción económica y sindical. Sólo de esta forma será posible apartar de los sindicatos a sus líderes oportunistas, poner a los comunistas en la dirección y hacer de estas organizaciones un arma de la lucha revolucionaria por el comunismo. Sólo así será posible detener la descomposición de los sindicatos, remplazarlos por uniones industriales, aislar a la burocracia extraña a las masas y sustituirlos por un organismo formado por los representantes de los

obreros industriales (Betriebsvertreter) dejando a las instituciones centrales solamente aquellas funciones estrictamente necesarias.

5. Como los comunistas asignan más valor al objetivo y a la sustancia de los sindicatos que a su forma, no deben vacilar ante las escisiones que puedan producirse en el seno de las organizaciones sindicales si, para evitarlas, debían abandonar el trabajo revolucionario, negarse a organizar al sector más explotado del proletariado. Si se impone, sin embargo, una escisión como una necesidad absoluta, sólo se recurrirá a ella si se tiene la seguridad de que los comunistas lograron con su participación en los problemas económicos convencer a las amplias masas obreras que la escisión se justifica no por consideraciones dictadas por un objetivo revolucionario aún muy lejano y vago sino por los intereses concretos inmediatos de la clase obrera correlativos a las necesidades de la acción económica. En el caso en que una escisión se torne inevitable, los comunistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.

6. En todos aquellos lugares donde la escisión entre las tendencias sindicales oportunistas y revolucionarias ya se produjo, donde existen, como en EEUU, sindicatos con tendencias revolucionarias, si no comunistas, al lado de los sindicatos oportunistas, los comunistas tienen la obligación de prestar su ayuda a esos sindicatos revolucionarios, de apoyarlos, de ayudarlos a liberarse de los prejuicios sindicalistas y a adherirse al comunismo, pues este es la única brújula fiel y segura para todos los problemas complicados de la lucha económica. Allí donde se constituyan organizaciones industriales (ya sea sobre la base de los sindicatos o al margen de ellos), tales como los Shop Stewards, los Betriebsraete (Consejos de producción), organizaciones que se dan como objetivo la lucha con las tendencias contrarrevolucionarias de la burocracia sindical, es evidente que los comunistas están obligados a apoyarlas con la mayor energía posible. Pero la ayuda prestada a los sindicatos revolucionarios no debe significar el alejamiento de los comunistas de los sindicatos oportunistas en estado de efervescencia política y en evolución hacia la lucha de clases. Por el contrario, sólo esforzándose por apresurar esta revolución de la masa de los sindicatos que se encuentran ya en la vía de la lucha revolucionaria, los comunistas podrán desempeñar el papel de un elemento que una moral y prácticamente a los obreros organizados para una lucha en común contra el régimen capitalista.

7. En la época en que el capitalismo cae en ruinas, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucho más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista. Todo conflicto económico importante puede plantear ante los obreros el problema de la Revolución. Por lo tanto, los comunistas deben destacar ante los obreros en todas las fases de la lucha económica, que

esta lucha sólo podrá ser coronada por el éxito cuando la clase obrera haya vencido a la clase capitalista en una batalla frontal y encare, una vez establecida su dictadura, la organización socialista del país. A partir de esta idea los comunistas deben tender a realizar, en la medida de lo posible, una unión perfecta entre los sindicatos y el partido comunista, subordinándolos a este último, vanguardia de la revolución. Con ese objetivo, los comunistas deben organizar en todos esos sindicatos y Consejos de producción (Betriebsraete), fracciones comunistas que los ayudarán a apoderarse del movimiento sindical y a dirigirlo.

II

1. La lucha económica del proletariado por el alza de los salarios y por el mejoramiento general de las condiciones de vida de las masas acentúa diariamente su carácter de lucha sin salida. La desorganización económica que invade a un país tras otro, en proporciones siempre crecientes, demuestra, aún ante los obreros menos esclarecidos, que no basta con luchar por el alza de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo, que la clase capitalista pierde cada vez más la capacidad de restablecer la vida económica y de garantizar a los obreros ni siquiera las condiciones de existencia que les aseguraba antes de la guerra. La conciencia siempre en aumento de las masas obreras hizo surgir entre ellas una tendencia a crear organizaciones capaces de sostener la lucha por el resurgimiento económico mediante el control obrero ejercido sobre la industria por los Consejos de producción. Esta tendencia a crear consejos industriales obreros, que va ganando terreno entre los obreros de todos los países, tiene su origen en múltiples factores (lucha contra la burocracia reaccionaria, fatiga causada por las derrotas sufridas por los sindicatos, tendencias a la creación de organizaciones que abarquen a todos los trabajadores) y se inspira, en definitiva, en el esfuerzo realizado para concretar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos industriales obreros. Es por eso que se cometería un error si se tratara de formar esos consejos sólo con obreros partidarios de la dictadura del proletariado. Por el contrario, la tarea del partido comunista consiste en aprovechar la desorganización económica para organizar a los obreros e inculcarles la necesidad de combatir por la dictadura del proletariado ampliando la idea de la lucha por el control obrero, idea que todos comprenden ahora.

2. El partido comunista sólo podrá llevar a cabo esta tarea consolidando en la conciencia de las masas la firme seguridad de que la restauración de la vida económica sobre la base capitalista es actualmente imposible, pues significaría un nuevo sometimiento a la clase capitalista. Una organización económica que responda a los intereses de las masas obreras sólo es posible si el Estado es gobernado por la

clase obrera y si la mano firme de la dictadura proletaria se encarga de suprimir al capitalismo y de realizar la nueva organización socialista.

3. La lucha de los comités de fábrica y de empresas contra el capitalismo tiene por objeto inmediato la introducción del control obrero en todos los sectores de la industria.

Los obreros de cada empresa, independientemente de sus profesiones, sufren el sabotaje de los capitalistas que estiman frecuentemente que la suspensión de la actividad de una determinada industria será ventajosa, pues el hambre obligará a los obreros a aceptar las condiciones más duras para evitar a algún capitalista un acrecentamiento de los gastos. La lucha contra este tipo de sabotaje une a la mayoría de los obreros independientemente de sus ideas políticas y hace de los comités de fábricas y elegidos por todos los trabajadores de una empresa, verdaderas organizaciones de masa del proletariado. Pero la desorganización de la economía capitalista es no sólo la consecuencia de la voluntad consciente de los capitalistas sino también y en mayor medida la de la decadencia irresistible de su régimen.

Por eso, los comités obreros se verán forzados, en su acción contra las consecuencias de esta decadencia, a superar los límites del control de las fábricas y las empresas aisladas, y pronto se enfrentarán con el problema del control obrero a ejercer sobre sectores enteros de la industria y sobre su conjunto. Las tentativas de los obreros de ejercer su control no sólo sobre el aprovisionamiento de las fábricas y de las empresas en materias primas, sino también sobre las operaciones financieras de las empresas industriales, provocarán sin embargo, por parte de la burguesía y del gobierno capitalista, medidas de rigor contra la clase obrera, lo que transformará la lucha obrera por el control de la industria en una lucha por la conquista del poder por parte de la clase obrera.

4. La propaganda en favor de los Consejos industriales debe ser llevada a cabo de modo tal de afianzar en la convicción de las grandes masas obreras, aún de aquellas que no pertenecen directamente al proletariado industrial, la idea de que la responsabilidad de la desorganización económica incumbe a la burguesía y que el proletariado, al exigir el control obrero, lucha por la organización de la industria, por la supresión de la especulación y de la carestía de la vida. La tarea de los partidos comunistas consiste en luchar por el control de la industria, aprovechando todas las circunstancias actuales, desde la carencia del combustible hasta la desorganización de los transportes, fusionando en el mismo objetivo los elementos aislados del proletariado y atrayendo a los medios más amplios de la pequeñoburguesía que se proletariza cada día más y sufre cruelmente la desorganización económica.

5. Los consejos industriales obreros no pueden remplazar a los sindicatos. Sólo pueden organizarse en el transcurso de la acción en diversos sectores de la industria y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha. Ya en la actualidad, los sindicatos representan organismos de combate centralizados, aunque no abarquen a masas obreras tan amplias como pueden hacerlos los consejos industriales obreros y su condición de organizaciones accesibles a todas las empresas obreras. El reparto de todas las tareas de la clase obrera entre los comités industriales obreros y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la revolución social. Los sindicatos han organizado a las masas obreras con el objetivo de una lucha por el alza de los salarios y por la reducción de las jornadas obreras y lo hacen en amplia escala. Los consejos obreros industriales se organizan para el control obrero de la industria y la lucha contra la desorganización económica; abarcan a todas las empresas obreras, pero la lucha que sostienen no puede revestir sino muy lentamente un carácter político general. Sólo en la medida en que los sindicatos lleguen a superar las tendencias contrarrevolucionarias de su burocracia o se conviertan en órganos conscientes de la revolución, los comunistas tendrán el deber de apoyar a los consejos industriales obreros en sus tendencias a convertirse en grupos industriales sindicalistas.

6. La tarea de los comunistas se reduce a los esfuerzos que deben hacer para que los sindicatos y los consejos industriales obreros se compenetren del mismo espíritu de resolución combativa, de conciencia y de comprensión de los mejores métodos de combate, es decir del espíritu comunista. Para llevarlo a cabo, los comunistas deben dirigir, en realidad, los sindicatos y los comités obreros al partido comunista y crear así organismos proletarios de masas que servirán de base para un poderoso partido proletario centralizado, que abarque a todas las organizaciones proletarias y las conduzca por la vía que lleva a la victoria de la clase obrera y a la dictadura del proletariado, al comunismo.

7. Mientras los comunistas hacen de los sindicatos y de los consejos industriales un arma poderosa para la revolución, esas organizaciones de masas se preparan para el gran papel que les tocará desempeñar cuando se establezca la dictadura del proletariado. Su deber consistirá en convertirse en la base socialista de la nueva organización de la vida económica. Los sindicatos, organizados en calidad de pilares de la industria, basándose en los consejos industriales obreros que representarán a las organizaciones de fábricas y de empresas, enseñarán a las masas obreras su deber industrial, harán de los obreros más progresistas directores de empresas, organizarán el control técnico de los especialistas, estudiarán y ejecutarán, de acuerdo con los representantes del poder obrero, los planes de la política económica socialista.

III

Los sindicatos manifestaban en tiempos de paz tendencia a formar una unión internacional.

Durante las huelgas, los capitalistas recurrían a la mano de obra de los países vecinos y a los servicios de "rompehuelgas" extranjeros. Pero antes de la guerra, la internacional sindical sólo tenía una importancia secundaria. Se ocupaba de la organización de ayudas financieras recíprocas y de un servicio de estadística relativo a la vida obrera, pero no trataba de unificar la vida obrera porque los sindicatos dirigidos por oportunistas hacían todo lo posible para sustraerse a toda lucha revolucionaria internacional. Los líderes oportunistas de los sindicatos que durante la guerra fueron los fieles servidores de la burguesía en sus respectivos países, tratan ahora de restaurar la internacional sindical haciendo de ella un arma del capitalismo internacional, dirigida contra el proletariado. Crean con Jouhaux, Gompers, Legien[2], etc., una "secretaría de trabajo" junto a la Liga de las Naciones[3], que no es sino una organización de bandolerismo capitalista internacional. Tratan de aplastar en todos los países al movimiento huelguístico haciendo decretar el arbitraje obligatorio de los representantes del Estado capitalista. Tratan de obtener, a fuerza de compromisos con los capitalistas, toda clase de favores para los obreros capitalistas, a fin de romper de este modo la unión cada día más estrecha de la clase obrera. La Internacional sindical de Ámsterdam es, por lo tanto, la remplazante de la II Internacional de Bruselas en bancarrota. Los obreros comunistas que forman parte de los sindicatos de todos los países deben, por el contrario, trabajar por la creación de un frente sindicalista internacional. Ya no se trata de la obtención de recursos pecuniarios en caso de huelga sino que ahora es preciso que cuando el peligro amenace a la clase obrera de un país, los sindicatos de los otros países, en calidad de organizaciones de masas, tomen su defensa y hagan todo lo posible para impedir que la burguesía de su país vaya en ayuda de aquella que está en conflicto con la clase obrera. En todos los Estados, la lucha económica del proletariado se torna cada vez más revolucionaria. Por eso los sindicatos deben emplear conscientemente su fuerza en apoyar toda acción revolucionaria, tanto en su propio país como en los otros.

Con ese objetivo, deben orientarse hacia la mayor centralización de la acción, no solamente en cada país sino también en la Internacional. Lo harán adhiriendo a la IC y fusionando allí en un solo ejército a los distintos elementos comprometidos en el combate, para que actúen en forma concertada y se presten una ayuda mutua.

---

[2] Carl Legien (1861-1920): Fue dirigente de la Internacional de Ámsterdam (II Internacional) entre 1913-1919.

[3] La Sociedad o Liga de las Naciones fue un organismo internacional creado por el Tratado de Versalles, el 28 de junio de 1919. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial a mediados del siglo XX, fue disuelta en 1946 siendo sucedida por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

TESIS SOBRE LA ACCIÓN COMUNISTA EN EL MOVIMIENTO SINDICAL[1]

I. SITUACIÓN DEL MOVIMIENTO SINDICAL

1. En el curso de estos dos últimos años, caracterizados por la ofensiva universal del capital, el movimiento sindical se debilitó sensiblemente en todos los países. Salvo raras excepciones (Alemania, Austria), los sindicatos perdieron gran cantidad de afiliados. Este retroceso se explica por las vastas ofensivas de la burguesía y por la impotencia de los sindicatos reformistas no sólo para resolver la cuestión social sino también para resistir seriamente al ataque capitalista y defender los intereses más elementales de las masas obreras.

2. Ante esta ofensiva capitalista por una parte, y esta colaboración de clases permanente por la otra, las masas obreras se decepcionan cada vez más. Esa es la causa no sólo de sus tentativas por crear nuevos agrupamientos sino también de la dispersión de un gran número de obreros conscientes que abandonan sus organizaciones. El sindicato dejó de ser para muchos un foco de agitación porque no supo, y en muchos casos no quiso, detener la ofensiva del capital y conservar las posiciones obtenidas. La esterilidad del reformismo se puso de manifiesto claramente en la práctica.

3. El movimiento sindical posee, en todos los países, un carácter de inestabilidad básica. Grupos bastante numerosos de obreros se alejan de él mientras los reformistas continúan asiduamente su política de colaboración de clases, con el pretexto de "utilizar el capital en beneficio de los obreros". En realidad, el capital continuó utilizando para sus fines a las organizaciones, haciéndolas cómplices del descenso del nivel de vida de las masas. El período transcurrido fortaleció sobre todo los vínculos que ya existían entre los gobiernos y los dirigentes reformistas, así como la subordinación de los intereses de la clase obrera a los de sus dirigentes.

---

[1] Tesis presentada al IV Congreso de la IC, noviembre de 1922. Tomado de la versión publicada en www.marxists.org.

II. LA OFENSIVA DE ÁMSTERDAM CONTRA LOS SINDICATOS REVOLUCIONARIOS

4. En el preciso momento en que cedían en toda la línea ante la presión burguesa, los dirigentes reformistas lanzaban su ofensiva contra los obreros revolucionarios.

Viendo que su mala voluntad para organizar la resistencia contra el capital había provocado una profunda reacción en las masas obreras y resueltos a limpiar a las organizaciones de los gérmenes revolucionarios, emprendieron contra el movimiento sindical revolucionario una ofensiva tendiente a disgregar y desmoralizar a la minoría revolucionaria por todos los medios a su alcance, y a facilitar la consolidación del poder de clase vulnerado de la burguesía.

5. Para conservar su autoridad, los dirigentes de la Internacional de Ámsterdam no vacilan en excluir no solamente a individuos y pequeños grupos sino a organizaciones enteras. Los jefes de Ámsterdam no quieren quedar en minoría y, en caso de amenaza de los elementos revolucionarios partidarios de la Internacional Sindical Roja y de la IC, están decididos a provocar la escisión, con tal de poder de ese modo conservar su control sobre el aparato administrativo y los recursos materiales.

Así procedieron los jefes de la CGT francesa. El mismo camino siguieron los reformistas de Checoslovaquia y los dirigentes de la Confederación Nacional de los Sindicatos alemanes. Los intereses de la burguesía exigen la escisión del movimiento sindical.

6. Al mismo tiempo que se desencadenaba la ofensiva reformista en los distintos países, las Federaciones internacionales adheridas a Ámsterdam expulsaban sistemáticamente o se negaban a admitir en su seno a las Federaciones nacionales revolucionarias. Los congresos mundiales de los mineros, de los obreros textiles, de los empleados, de los obreros del cuero y pieles, de los trabajadores de la madera, de la construcción y de los PTT se negaron a admitir a los sindicatos rusos y a los demás sindicatos revolucionarios porque estos últimos pertenecían a la Internacional Sindical Roja.

7. Esta campaña de los dirigentes de Ámsterdam contra los sindicatos revolucionarios es una expresión de la campaña del capital internacional contra la clase obrera. Persigue los mismos objetivos: consolidar el sistema capitalista sobre la miseria de las masas trabajadoras. El reformismo presiente su próximo fin y pretende, con ayuda de las expulsiones y de la escisión de los elementos más combativos, debilitar al máximo a la clase obrera e impedir que se adueñe del poder y de los medios de producción y de intercambio.

III. LOS ANARQUISTAS Y LOS COMUNISTAS

8. Simultáneamente fue lanzada una "ofensiva" muy similar a la de Ámsterdam por el ala anarquista del movimiento obrero contra la IC, los partidos comunistas y las células comunistas de los sindicatos. Cierto número de organizaciones anarcosindicalistas se declararon abiertamente hostiles a la IC y a la Revolución Rusa, pese a su solemne adhesión a la IC en 1920 y a sus muestras de simpatía al proletariado ruso y a la Revolución de Octubre. Así sucedió con los sindicatos italianos, los localistas alemanes, los anarco-sindicalistas de Francia, de Holanda y de Suecia.

9. En nombre de la autonomía sindical, ciertas organizaciones sindicalistas (Secretariado Obrero Nacional de Holanda, IWW [Industrial Workers of the World, Trabajadores Industriales del Mundo], Unión Sindical Italiana, etc.) excluyen a los partidarios de la Internacional Sindical Roja en general y a los comunistas en particular.

De ese modo, la divisa de autonomía, luego de haber sido archirrevolucionaria, se ha convertido en anticomunista, es decir en contrarrevolucionaria, y coincide con la de Ámsterdam, que lleva a cabo la misma política bajo la bandera de la independencia, aunque para nadie sea un secreto que depende totalmente de la burguesía nacional e internacional.

10. La acción de los anarquistas contra la IC, la Internacional Sindical Roja y la Revolución Rusa provocó la descomposición y la escisión en sus propias filas. Los mejores elementos obreros reaccionaron contra esta ideología. El anarquismo y el anarco-sindicalismo se escindieron en varios grupos y tendencias que sostienen una lucha encarnizada en favor o en contra de la Internacional Sindical Roja, de la dictadura proletaria, de la Revolución Rusa.

IV. NEUTRALISMO Y AUTONOMÍA

11. La influencia de la burguesía sobre el proletariado se refleja en la teoría de la neutralidad según la cual los sindicatos deberían plantearse exclusivamente objetivos corporativos, estrictamente económicos y no de clase. El neutralismo siempre fue una doctrina puramente burguesa contra la cual el marxismo revolucionario lleva a cabo una lucha a muerte. Los sindicalistas que no se plantean ningún objetivo de clase, es decir que no apuntan al derrocamiento del sistema capitalista son, pese a su composición proletaria, los mejores defensores del orden y del régimen burgués.

12. Este período del neutralismo siempre fue favorecido por el argumento de que los sindicatos obreros deben interesarse únicamente en los problemas

económicos sin mezclarse en política. La burguesía siempre tiende a separar la política de la economía, comprendiendo perfectamente que si logra insertar a la clase obrera en el marco corporativo, ningún peligro serio amenaza su hegemonía.

13. Esta misma delimitación entre economía y política es trazada también por los elementos anarquistas del movimiento sindical, para apartar al movimiento obrero de la vía política con el pretexto de que toda política está dirigida contra los trabajadores. Esta teoría, puramente burguesa en el fondo, es presentada a los obreros como la de la autonomía sindical, y se entiende a esta última como una oposición de los sindicatos al Partido Comunista y una declaración de guerra al movimiento obrero comunista.

14. Esta lucha contra "la política y el partido político de la clase obrera" provoca un retraimiento del movimiento obrero y de las organizaciones obreras así como una campaña contra el comunismo, conciencia concentrada de la clase obrera. La autonomía en todas sus formas, ya sea anarquista y anarco-sindicalista, es una doctrina anticomunista y debe oponérsele una decidida resistencia. Lo mejor que puede resultar de ella es una autonomía con relación al comunismo y un antagonismo entre sindicatos y partidos comunistas, o si no, una lucha encarnizada de los sindicatos contra el partido comunista, el comunismo y la revolución social.

La teoría de la autonomía, tal como es expuesta por los anarco-sindicalistas franceses, italianos y españoles, es, en suma, el grito de guerra del anarquismo contra el comunismo.

Los comunistas deben llevar a cabo en el seno de los sindicatos una decisiva campaña contra esta maniobra que trata de encubrir, bajo la consigna de la autonomía, una trampa anarquista para dividir el movimiento obrero en sectores hostiles entre sí, para retrasar u obstaculizar el triunfo de la clase obrera.

V. SINDICALISMO Y COMUNISMO

16. Los anarco-sindicalistas confunden sindicatos y sindicalismo presentando a su partido anarco-sindicalista como la única organización realmente revolucionaria y capaz de llevar a cabo la acción de clase del proletariado. El sindicalismo, que constituye un inmenso progreso en relación con el trade-unionismo, presenta sin embargo numerosos defectos y aspectos perjudiciales, ante los cuales es preciso resistir firmemente.

17. Los comunistas no pueden ni deben, en nombre de abstractos principios anarco-sindicalistas abandonar su derecho a organizar "células" en el seno de los sindicatos, cualquiera que sea la orientación de estos últimos. Nadie puede privarlos de ese derecho.

Es obvio que los comunistas militantes en los sindicatos sabrán coordinar su acción con la de aquellos sindicatos que han aprovechado la experiencia de la guerra y de la revolución.

18. Los comunistas deben tomar la iniciativa de crear en los sindicatos un bloque con los obreros revolucionarios de otras tendencias. Los más próximos al comunismo son los “sindicalistas comunistas”, que reconocen la necesidad de la dictadura proletaria y defienden contra los anarco-sindicalistas el principio del Estado obrero. Pero la coordinación de las acciones supone una organización de los comunistas. Una acción aislada e individual de los comunistas no podrá coordinarse con nadie porque no poseerá ninguna fuerza considerable.

19. Realizando del modo más enérgico y consecuente sus principios, combatiendo las teorías anticomunistas de autonomía y la separación de la política y de la economía, idea anarquista extremadamente perjudicial para el progreso revolucionario de la clase obrera, los comunistas deben esforzarse, en el seno de los sindicatos de cualquier tendencia, por coordinar su acción en la lucha práctica contra el reformismo y el verbalismo anarco-sindicalista, con todos los elementos revolucionarios que apoyan el derrocamiento del capitalismo y la dictadura del proletariado.

20. En los países donde existen importantes organizaciones sindicalistas revolucionarias (Francia) y donde bajo la influencia de toda una serie de causas históricas persista la desconfianza con respecto a los partidos políticos en ciertos sectores de obreros revolucionarios, los comunistas elaborarán en el lugar, de acuerdo con los sindicalistas y conforme a las particularidades del país y del movimiento obrero en cuestión, las formas y métodos de lucha común y de colaboración en todas las acciones defensivas y ofensivas contra el capital.

VI. LA LUCHA POR LA UNIDAD SINDICAL

21. La consigna de la IC (contra la escisión sindical) debe ser aplicada tan enérgicamente como antes, pese a las furiosas persecuciones a que los reformistas de todos los países someten a los comunistas. Los reformistas quieren prolongar la escisión valiéndose de las expulsiones. Persiguiendo sistemáticamente a los mejores elementos de los sindicatos, esperan desanimar a los comunistas, alejarlos de los sindicatos y hacerlos abandonar el plan profundamente meditado de la conquista de los sindicatos desde adentro pronunciándose por la escisión. Pero los reformistas no lo conseguirán.

22. La escisión del movimiento sindical, sobre todo en las condiciones actuales, representa el mayor peligro para el movimiento obrero en su conjunto. La escisión

en los sindicatos obreros haría retroceder a la clase obrera varios años, pues la burguesía podría entonces retomar fácilmente las conquistas más elementales de los obreros. Los comunistas deben impedir a cualquier precio la escisión sindical. Por todos los medios, con todas las fuerzas de su organización, deben obstaculizar la criminal ligereza con la que los reformistas rompen la unidad sindical.

23. En los países donde existen paralelamente dos centrales sindicales nacionales (España, Francia, Checoslovaquia, etc.), los comunistas deben luchar sistemáticamente por la fusión de las organizaciones paralelas. Dado el objetivo de la fusión de los sindicatos actualmente escindidos, no es conveniente apartar a los comunistas aislados y a los obreros revolucionarios de los sindicatos reformistas, transfiriéndolos a los sindicatos revolucionarios. Ningún sindicato reformista debe quedar desprovisto del fermento comunista. El trabajo activo de los comunistas en los dos sindicatos es una condición para el restablecimiento de la unidad destruida.

24. La preservación de la unidad sindical así como el restablecimiento de la unidad destruida sólo son posibles si los comunistas llevan adelante un programa práctico para cada país y cada sector de la industria. En el ámbito de un trabajo práctico, de una lucha práctica, es posible agrupar a los elementos dispersos del movimiento obrero y crear, en el caso de una escisión sindical, las condiciones propicias para asegurar su unificación orgánica. Cada comunista debe tener presente que la escisión sindical es no solamente una amenaza para las conquistas inmediatas de la clase obrera sino también una amenaza para la revolución social. Las tentativas de los reformistas de escindir los sindicatos deben ser sofocadas radicalmente, lo que sólo se podrá lograr con ayuda de un enérgico trabajo organizativo y político con las masas obreras.

VII. LA LUCHA CONTRA LA EXPULSIÓN DE LOS COMUNISTAS

25. La exclusión de los comunistas tiene por objeto desorganizar el movimiento revolucionario aislando a los dirigentes de las masas obreras. Por eso los comunistas no pueden limitarse a las formas y métodos de lucha puestos en práctica por ellos hasta ahora. El movimiento sindical mundial ha llegado a su momento más crítico. La voluntad escisionista de los reformistas se ha exacerbado mientras que nuestra voluntad de proteger la unidad sindical ha sido puesta en evidencia en numerosas oportunidades, y los comunistas deben demostrar en el futuro, también prácticamente, el valor que asignan a la unidad del movimiento sindical.

26. Cuanto más evidente se torna la línea escisionista de nuestros enemigos, es preciso demostrar mayor fuerza en el planteo del problema de la unidad sindical. Ni una fábrica, ni una reunión obrera deben ser olvidadas, en todas partes debe

hacerse oír la protesta contra la táctica de Ámsterdam. Es necesario que el problema de la escisión sindical sea planteado ante cada sindicato y no sólo en el momento en que la escisión es inminente sino cuando recién comienza a esbozarse. La cuestión de la expulsión de los comunistas del movimiento sindical debe ser discutida con todo el movimiento obrero de cada país. Los comunistas son lo suficientemente fuertes como para dejarse eliminar sin decir nada. La clase obrera debe saber quién está por la escisión y quién por la unidad.

27. La exclusión de los comunistas, luego de su elección para desempeñar funciones sindicales, por parte de las organizaciones locales no sólo debe suscitar protestas por la violencia ejercida contra la voluntad de los electores sino que debe provocar una resistencia organizada. Los miembros excluidos no tienen que permanecer dispersos. La tarea más importante de los partidos comunistas consiste en impedir la disgregación de los elementos excluidos. Deben organizarse en sindicatos de expulsados centrando su trabajo político en un programa concreto y la exigencia de su reintegración.

28. La lucha contra las exclusiones es en realidad una lucha por la unidad del movimiento sindical. En este caso, todas las medidas que tiendan al restablecimiento de la unidad destruida son buenas. Los expulsados no deben permanecer aislados, así como tampoco las organizaciones revolucionarias independientes existentes en el país en cuestión, con vistas a la organización común de la lucha contra las expulsiones y para la coordinación de la acción en la lucha contra el capital.

29. Las medidas prácticas de lucha pueden y deben ser completadas y modificadas de acuerdo con las condiciones y particularidades locales. Es importante que los partidos comunistas adopten claramente una posición anti-escisionista de combate y hagan todo lo posible para derrotar la política de las expulsiones que se fortaleció sensiblemente en relación con el comienzo de la fusión de las Internacionales II y II y ½. No existen medios y métodos universales y definitivos en la lucha contra las expulsiones. En este sentido, los partidos comunistas tienen la posibilidad de luchar con los medios que consideren como más efectivos para lograr su objetivo: la conquista de los sindicatos y el restablecimiento de la unidad sindical destruida.

30. Los comunistas deben desarrollar una lucha muy enérgica contra la expulsión de los sindicatos revolucionarios del seno de las Federaciones Internacionales por industria.

Los partidos comunistas no pueden permanecer como espectadores pasivos de la expulsión de los sindicatos revolucionarios por la única razón de que son revolucionarios. Los comités internacionales de propaganda por industria, creados

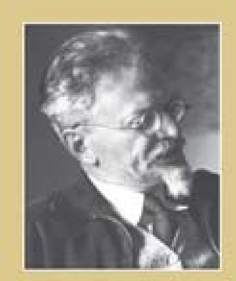
por la Internacional Sindical Roja, deben hallar el más firme apoyo en los partidos comunistas, de modo de agrupar todas las fuerzas revolucionarias existentes tras el objetivo de luchar por las federaciones internacionales únicas por industria. Toda esta lucha se llevará a cabo bajo la consigna de la admisión de todos los sindicatos sin distinción de tendencia, sin distinción de corrientes políticas, en una organización internacional única de industria.

CONCLUSIÓN

Prosiguiendo su camino hacia la conquista de los sindicatos y la lucha contra la política escisionista de los reformistas, el IV Congreso de la IC declara solemnemente que cuando los dirigentes de Ámsterdam no recurran a las expulsiones, cuando den a los comunistas la posibilidad de luchar ideológicamente por sus principios en el seno de los sindicatos, los comunistas lucharán como miembros disciplinados en las filas de la organización única, marchando siempre adelante en todos los enfrentamientos y en todos los conflictos con la burguesía.

El IV Congreso de la IC declara que todos los partidos comunistas deben extremar todos sus esfuerzos para impedir la escisión en los sindicatos, hacer todo lo posible para reconstruir la unidad sindical destruida en ciertos países y obtener la adhesión del movimiento sindical de sus países a la Internacional Sindical Roja.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Febrero de 2010,
en Primera Clase Impresores,
California 1231, Buenos Aires, Argentina.





En la época actual, la del capitalismo imperialista, los sindicatos, a pesar de los límites que impone hoy la burocracia (excluyendo a los desocupados, a los trabajadores en negro y precarizados, representando a una minoría de la clase obrera), continúan siendo las organizaciones más extensivas de la clase. Por ello, intervenir en ellas es una tarea de primer orden para los revolucionarios, expulsando a la burocracia sindical y recuperándolas para los trabajadores. Para Trotsky, esta tarea tiene como objetivo central ganar, a través de los sindicatos, influencia en la mayoría del movimiento obrero.

Trotsky polemiza con distintas corrientes reformistas sobre la base de que los sindicatos o tienden a integrarse cada vez más o se independizan completa e incondicionalmente del Estado capitalista, practicando la democracia obrera e impulsando programas transicionales y organizaciones cada vez más amplias que ayuden a las masas a convencerse de la necesidad de terminar con la explotación y opresión capitalista, luchando por el socialismo.



